

Michiko Kakutani

La muerte de la verdad

Notas sobre la falsedad en la era Trump



Galaxia Gutenberg



Título de la edición original: *The Death of Truth. Notes on Falsehood in the Age of Trump*
Traducción del inglés: Amelia Pérez de Villar Herranz

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: febrero de 2019

© Michiko Kakutani, 2019
© de la traducción: Amelia Pérez de Villar, 2019
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2019
Diseño de portada: © HarperCollinsPublishers Ltd, 2018
Imagen: © Getty Images

Conversión a formato digital: Maria Garcia
ISBN: 978-84-17747-44-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Dedicado a los periodistas que trabajan,
en todas partes, para llevar la noticia*

Índice

Introducción

1. Decadencia y caída de la razón
2. Las nuevas guerras culturales
3. «Moi» y el auge de la subjetividad
4. La desaparición de la realidad
5. La cooptación del lenguaje
6. Filtros, silos y tribus
7. Déficit de atención
8. La manguera de la falsedad: propaganda y noticias falsas
9. El regodeo de los troles

Epílogo

Bibliografía

Notas

LA MUERTE DE LA VERDAD

Introducción

Dos de los regímenes más monstruosos de la historia de la humanidad subieron al poder en el siglo XX. Ambos se afianzaron sobre la violación y el saqueo de la verdad y sobre la premisa de que el cinismo, el hastío y el miedo suelen volver a la gente susceptible a las mentiras y a las falsas promesas de unos líderes políticos empecinados en el poder absoluto. Como escribió Hannah Arendt en su obra *Los orígenes del totalitarismo* (1951), «el sujeto ideal para un gobierno totalitario no es el nazi convencido ni el comunista convencido, sino el individuo para quien la distinción entre hechos y ficción (es decir, la realidad de la experiencia) y la distinción entre lo verdadero y lo falso (es decir, los estándares del pensamiento) han dejado de existir».¹

Lo que resulta alarmante para el lector contemporáneo es que las palabras de Arendt suenan cada vez menos a mensaje de otro siglo y más a espejo que refleja, y de un modo aterrador, el paisaje político y cultural que habitamos hoy en día: un mundo en el que las noticias falsas y las mentiras se propagan gracias a las fábricas rusas de troles, que las emiten en cantidades industriales por boca del Twitter del presidente de los Estados Unidos y las envían a cualquier parte del mundo, adonde llegan a la velocidad de la luz gracias a las redes sociales. Nacionalismo, tribalismo, deslocalización, miedo al cambio social y odio al que viene de fuera son factores que van en aumento a medida que la gente, atrincherada en sus silos y en sus burbujas filtradas, va perdiendo el sentido de la realidad compartida y la capacidad de comunicarse trascendiendo las líneas sociales y sectarias.

Con esto no se pretende establecer una analogía directa entre las circunstancias actuales y los espantosos horrores de la Segunda Guerra Mundial, sino echar un vistazo a algunas de las situaciones y actitudes –lo que Margaret Atwood ha llamado «las banderas de peligro»² y que aparecen en *1984* y *Rebelión en la granja*, de Orwell– que hacen a la gente vulnerable a la demagogia y a la manipulación política y convierten a las naciones en presa fácil de los aspirantes a autócratas. Y también estudiar hasta qué punto el desprecio de los hechos, el desplazamiento de la razón por parte de la emoción y la corrosión del lenguaje están devaluando la verdad, y lo que eso representa para los Estados Unidos y para el mundo.

«El historiador sabe lo vulnerable que es el tejido de hechos sobre el que construimos nuestra vida diaria, que siempre corre el riesgo de quedar perforado por mentiras aisladas o reducido a jirones por mentiras organizadas y controladas por grupos o clases; o bien negado, distorsionado, perfectamente cubierto a veces por toneladas de falsedades o, simplemente, abandonado al olvido. Los hechos necesitan testimonios para permanecer en el recuerdo, y testigos fiables que los coloquen en lugares seguros dentro del ámbito de los asuntos humanos»,³ escribió Arendt en su ensayo «La mentira en política», publicado en 1971.

La expresión «decadencia de la verdad» (empleada por la Rand Corporation para describir «el papel, cada vez menor, de los hechos y el análisis»⁴ en la vida pública estadounidense) se ha incorporado al diccionario de la posverdad que ahora también incluye otras expresiones ya conocidas como «noticias falsas» o «hechos alternativos». Y no se trata solo de noticias falsas: también hay ciencias falsas (fabricadas por los negacionistas del cambio climático o los antivacunas), una historia falsa (promovida por los revisionistas del Holocausto y los supremacistas blancos), perfiles de «americanos falsos» en Facebook (creados por troles rusos) y seguidores o «me gustas» falsos en las redes sociales (generados por unos servicios de automatización llamados «bots»).

Trump, el presidente número cuarenta y cinco de los Estados Unidos, miente de un modo tan prolífico y a tal velocidad que *The Washington Post* calculó que durante su primer año en el cargo podía haber emitido 2.140 declaraciones que contenían falsedades o equívocos: una media de 5,9 diarias.⁵ Sus embustes sobre absolutamente todo, desde la investigación de las injerencias rusas en la campaña electoral hasta el tiempo que él mismo pasa viendo la televisión, no son más que la luz roja que avisa de sus constantes ataques a las normas e instituciones democráticas. Ataca sin cesar a la prensa, al sistema judicial y a los funcionarios que hacen que el Gobierno marche.

Por otra parte, estos asaltos a la verdad no se circunscriben al territorio de los Estados Unidos: en todo el mundo se han producido oleadas de populismo y fundamentalismo que están provocando reacciones de miedo y de terror, anteponiendo estos al debate razonado, erosionando las instituciones democráticas y sustituyendo la experiencia y el conocimiento por la sabiduría de la turba. Las afirmaciones falsas sobre la relación financiera del Reino Unido con la Unión Europea⁶ –bien resaltadas en un autobús de la campaña «Vote Leave» («Vota Salir»)– contribuyeron a desviar la intención de voto y orientarla hacia el Brexit, y Rusia se lanzó a la siembra de *dezinformatsiya* en las campañas electorales de Francia, Alemania, Holanda y otros países, como parte de un proyecto propagandístico organizado y encaminado a desacreditar y desestabilizar los sistemas democráticos.

Ya nos los recordó el papa Francisco: «No existe la desinformación inocua; confiar en las falsedades puede tener consecuencias nefastas».⁷ El anterior presidente, Barack Obama, observó que «uno de los mayores retos a los que se enfrenta nuestra democracia es que no tenemos una base común de hechos»,⁸ porque hoy en día la gente «se mueve en universos de información completamente diferentes». El senador republicano Jeff Flake pronunció un discurso donde advertía de que «2017 había sido un año en el que la verdad –objetiva, empírica y basada en la evidencia– se había visto apaleada y vilipendiada en mayor medida que en ningún otro momento de la historia del país, a manos de la figura más poderosa del Gobierno».⁹

¿Cómo ha podido suceder algo así? ¿Cuáles son las raíces de la falsedad en la era Trump? ¿Cómo se habían convertido la verdad y la razón en especies amenazadas y qué augura su agonía para nuestro discurso público y el futuro de nuestras políticas y nuestra gobernanza? Ese será el tema de este libro.

Resulta muy simplista ver a Trump, un candidato que impulsó su carrera política sobre el pecado

original del llamado *birtherism*,¹⁰ como el cisne negro que ascendió a la presidencia después de una tormenta perfecta: un electorado frustrado y herido aún por las consecuencias de la crisis financiera de 2008, la injerencia rusa en las elecciones y una avalancha de historias y noticias falsas a favor de Trump que se difundieron en redes sociales; un adversario que simbolizaba la élite de Washington, censurada por los populistas, y cuya figura era de naturaleza altamente polarizadora; y unos cinco mil millones de dólares –estimados– en cobertura gratuita para su campaña,¹¹ gracias a reductos informativos obsesionados con el número de visitas y clics que generaría una antigua estrella mediática.

Si un novelista hubiera concebido un villano como Trump, un avatar de dimensiones superiores a las de la realidad y situado por encima de ella, narcisista, mendaz, ignorante y lleno de prejuicios, rudeza, demagogia e impulsos tiránicos, por no hablar de los hábitos de consumo de alguien que toma una docena diaria de coca-colas *light*,¹² se hubiera dicho que ese personaje era inverosímil y excesivamente artificial. De hecho, el presidente de los Estados Unidos es la mayoría de las veces una mezcla (hecha en la coctelera frenética de algún creador de tiras cómicas) de Ubú Rey, Triumph (el perro cómico que insulta) y un personaje descartado por Molière, más que un personaje convincente.

Pero aunque todos estos rasgos del personaje de Trump nos resulten muy cómicos, eso no debería impedirnos ver las consecuencias, de tamaño monumental, que tendrán sus ataques sistemáticos a la verdad y al Estado de derecho, así como la vulnerabilidad de nuestras instituciones y de las comunicaciones digitales, que ha dejado a la vista de todos. Que un candidato que ha quedado expuesto de tal modo durante su campaña electoral, con un historial de mentiras y prácticas empresariales inadecuadas, obtenga un apoyo popular tan grande sólo se explica por el hastío que existe respecto a la cuestión de la verdad, que se ha apoderado de grandes sectores del público, y porque existen problemas más profundos, de índole estructural, sobre las vías por las que se informa la gente y por el modo en que esta ha llegado a pensar en términos –cada vez más– partidistas.¹³

Con Trump lo personal es político y, en muchos aspectos, el personaje no es tanto una anomalía de cómic como una apoteosis extrema, digna de Bizarro World, de actitudes que se entrelazan y logran debilitar los cimientos de la verdad con tretas como la de combinar noticias y política con entretenimiento, aprovechar la polarización tóxica que se ha apoderado del panorama político estadounidense y asumir esa actitud de desprecio populista, cada vez mayor, hacia la experiencia y el conocimiento.

Estos rasgos son también emblemáticos de una dinámica que se ha estado cocinando bajo la superficie de la vida diaria durante años, creando el ecosistema perfecto en el que Veritas, la diosa de la verdad (tal y como la pintó Goya en su famoso aguafuerte titulado *Murió la verdad*), puede caer mortalmente enferma.

Son ya décadas lo que lleva la objetividad –o incluso la idea de que la gente puede aspirar a obtener acceso a «la mejor verdad disponible»– perdiendo el favor generalizado. Así lo expuso Daniel Patrick Moynihan en una afirmación suya bien conocida («Todo el mundo tiene derecho a su propia opinión, pero no a sus propios hechos»)¹⁴ que hoy en día está más vigente que nunca: la polarización ha llegado a tal extremo que los votantes de los llamados «estados rojos» (de

gobierno republicano) y los «estados azules» (de gobierno demócrata) de los Estados Unidos encuentran difícil ponerse de acuerdo incluso cuando hablan de los mismos hechos. Esto sucede desde que un sistema solar configurado por páginas de noticias de derechas, que orbitan en torno a Fox News y a Breitbart News, consolidó su campo gravitatorio en torno a una base republicana, situación que han contribuido a acelerar las redes sociales al conectar a sus usuarios con otros miembros que piensan como ellos y ofrecerles un flujo de información personalizado que refuerza sus ideas preconcebidas, permitiéndoles vivir en un ecosistema cada vez más restringido: un silo sin ventanas.

Por esta razón, desde que comenzaron las guerras culturales en los años sesenta, el relativismo ha ido en ascenso. En aquel momento lo abrazaron los componentes de la llamada Nueva Izquierda, interesada en dejar a la vista el sesgo del pensamiento occidental, burgués y predominantemente masculino, y los académicos que promocionaban el evangelio de la posmodernidad, que afirmaban que no existía una sola verdad universal sino una serie de verdades individuales, menores: percepciones configuradas por las fuerzas culturales y sociales de la época de cada uno. Después de aquello los argumentos relativistas han quedado secuestrados por la derecha populista, en la que se incluyen los creacionistas y los negacionistas del cambio climático, que insisten en que sus puntos de vista tienen que enseñarse en las escuelas junto a las teorías «basadas en la ciencia».

Naturalmente, el relativismo se sincronizaba perfectamente con el narcisismo y la subjetividad que iban avanzando desde «La década del yo», de Tom Wolf, y han llegado hasta la era de la autoestima del *selfie*. No nos sorprenderá entonces que el efecto Rashomon –ese punto de vista que afirma que todo depende de nuestro punto de vista– haya calado tanto en nuestra cultura, desde las novelas populares del tipo de *En manos de las furias* hasta la serie de televisión *The Affair*, que estudian la idea de conflicto entre diversas realidades o del narrador que no es de fiar.

Yo llevo décadas leyendo y escribiendo sobre muchos de estos temas, remontándome al auge de la deconstrucción y de las batallas sobre el canon literario en los campus universitarios, a los debates sobre el relato novelado de la historia en películas como *JFK*, de Oliver Stone, o *La noche más oscura*, de Kathryn Bigelow, a los esfuerzos que hicieron las administraciones de Clinton y Bush para evitar la transparencia y definir la realidad con arreglo a sus propios términos, la guerra de Donald Trump con el lenguaje y sus esfuerzos por normalizar lo anormal, y las consecuencias que ha tenido la tecnología en la forma en que procesamos y compartimos la información. En estas páginas espero exponer lo que han supuesto mis lecturas y los acontecimientos actuales para unir algunos puntos del ataque a la verdad y situarlos en un contexto con dinámicas sociales y políticas más amplias, que llevan años empapando nuestra cultura. Y espero también destacar algunos de los libros y escritos más preclaros de otras épocas, que han arrojado luz sobre nuestra situación actual.

La verdad es una de las piedras angulares de nuestra democracia. Como dijo la anterior fiscal general Sally Yates, la verdad es una de las cosas que nos separan de la autocracia: «Podemos debatir políticas y asuntos, y deberíamos hacerlo. Pero esos debates han de basarse en los hechos que compartimos, y no en simples llamadas a la emoción y al miedo valiéndonos de una retórica y una serie de invenciones que sólo conducen a la polarización. Existe una única verdad objetiva,

desde luego, aunque no consiga poner de relieve la situación en que se encuentra la verdad. No podemos controlar si nuestros funcionarios nos mienten o son sinceros, pero podemos decidir si queremos hacerlos responsables de sus mentiras o, si llevados por el agotamiento o por un afán de proteger nuestros propios objetivos políticos, preferimos mirar hacia otro lado y convertir la indiferencia hacia la verdad en algo corriente».¹⁵

Decadencia y caída de la razón

Esto es una manzana.
 Habrá quien te intente convencer de que es un plátano.
 Puede incluso que griten: «Plátano, plátano, plátano», una y otra vez.
 Puede que lo escriban todo en mayúscula: PLÁTANO.
 Y puede que tú empieces a creer que es un plátano.
 Pero no lo es.
 Esto es una manzana.¹⁶

–Anuncio publicitario de la CNN que muestra
 la fotografía de una manzana.

En el discurso pronunciado ante los estudiantes del Liceo de Springfield, en 1838, el joven Abraham Lincoln habló de cómo a medida que los recuerdos de la Revolución se iban perdiendo en el pasado, la libertad de la nación se veía amenazada por el desprecio hacia las instituciones del Gobierno, que protegen las libertades civiles y religiosas que fueron legado de los fundadores. Para proteger el Estado de derecho y evitar el ascenso de un futuro tirano que pudiera «surgir de entre nosotros», según Lincoln, lo que hacía falta era razón pura: «razón fría, calculadora y desapasionada». Y para mantenerse «libre hasta las últimas consecuencias» –exhortó Lincoln a la audiencia–, el pueblo estadounidense tenía que abrazar la razón, combinada con «una sólida moral y, sobre todo, respeto absoluto por la constitución y las leyes».¹⁷

Como bien sabía Lincoln, los fundadores construyeron la joven república basándose en los principios de razón, libertad, progreso y tolerancia religiosa que postulaba la Ilustración. Y la Constitución de la que fueron arquitectos se apoyaba en un sistema racional de controles y equilibrios que impedía, en palabras de Alexander Hamilton, que un día surgiera «un hombre carente de principios en su vida privada y de temperamento osado» que pudiera «montar el caballito de la popularidad y caer rendido ante los dislates de los fanáticos del momento», avergonzando así al Gobierno y «dejándolo todo sumido en la confusión, llevado por la idea de que él es capaz de “gobernar el torbellino y salir airoso del trance”».¹⁸

El sistema distaba mucho de ser perfecto, pero ha resistido más de dos siglos gracias a su propia resiliencia y a su capacidad de adaptarse a los cambios esenciales. Líderes como Lincoln, Martin Luther King Jr. y Barack Obama siempre han contemplado a los Estados Unidos de América como una obra en curso: un país que está en proceso de perfeccionamiento. Y han intentado acelerar ese proceso siempre conscientes de que –son palabras del Dr. King– «el progreso no es ni automático ni inevitable»,¹⁹ sino algo que requiere dedicación y lucha incesante. Lo que se ha conseguido después de la guerra civil y del movimiento de derechos civiles nos

recuerda todo lo que queda aún por hacer, pero también es una prueba de la fe del presidente Obama en que sus compatriotas «pueden reinventarse constantemente para acomodarse a unos sueños cada vez más ambiciosos»,²⁰ y la fe que tenía la Ilustración en lo que George Washington llamó «el gran experimento que se ha confiado al pueblo estadounidense».²¹

Junto con esta visión optimista de Estados Unidos como nación que puede convertirse en «una ciudad que brilla en lo alto de una colina» existe otra, que es la cara oscura e irracional de la historia del país, reafirmada actualmente hasta tal punto que la razón no sólo queda en entredicho: parece incluso que ha sido defenestrada junto con los hechos, el debate informado y la política deliberativa. La ciencia está sometida a constantes ataques, al igual que la experiencia y el conocimiento de todo tipo: en materia de política exterior, de seguridad nacional, de economía o de educación.

Philip Roth llamó a esta contranarrativa «la fiera indígena norteamericana»,²² y el historiador Richard Hofstadter se refirió a ella con una famosa expresión: «el estilo paranoide», una idea animada por la «exageración extrema, la suspicacia y las fantasías conspiratorias»²³ que se centra en una serie de amenazas –o lo que se percibe como tal– contra «una nación, una cultura y un modo de vida».²⁴ El ensayo de Hofstadter, publicado en 1964, contó con el estímulo de la campaña de Barry Goldwater y del movimiento de derechas que la rodeó, del mismo modo que otro libro suyo, *Anti-intellectualism in American Life* (1963) surgió como respuesta a las famosas cazas de brujas del senador Joseph McCarthy y, en general, el trasfondo político y social de los años cincuenta.

Goldwater perdió la carrera presidencial y McCarthy cayó en desgracia cuando Joseph Welch, abogado del ejército norteamericano, tuvo el valor de hacerle frente al preguntarle: «¿Es que, después de todo, no tiene usted el menor sentido de la decencia, señor? ¿No le queda un ápice de decencia?»²⁵

El malvado McCarthy, que había estado lanzando acusaciones de deslealtad por todo Washington («el Departamento de Estado da cobijo a un nido de comunistas y simpatizantes suyos»,²⁶ dijo al presidente Truman en 1950) sufrió la reprobación del Senado en 1954. En 1957, cuando los soviéticos lanzaron el Sputnik, el amenazador antirracionalismo del momento empezó a remitir y dejó paso a la carrera espacial y a un esfuerzo concertado que se centró en mejorar los programas científicos de la nación.

Hofstadter observó que el estilo paranoide tiende a manifestarse en «episodios similares a las mareas».²⁷ El partido Know-Nothing, anticatólico y antiinmigración, alcanzó su cota máxima de éxito en 1855, cuando cuarenta y tres congresistas declararon abiertamente su adhesión a él.²⁸ Su poder comenzó a disiparse pronto, al año siguiente, después de que se abrieran una serie de grietas en su seno. Pero la intolerancia que representaba persistiría como un virus inoculado en el sistema político, esperando agazapado el momento de resurgir.

En cuanto a la derecha moderna Hofstadter afirmaba que tendía a movilizarse impulsada por una sensación de agravio y de desposesión. «Su país les ha sido, en gran medida, arrebatado: sienten que no tienen acceso a la negociación en política ni a la toma de decisiones».²⁹

En el caso de la población milenial –y no sólo en Estados Unidos, sino también en Europa occidental– esos agravios se exacerbaban con los cambios experimentados en la demografía y los

usos sociales, que han hecho que algunos miembros de la clase trabajadora blanca se sientan cada vez más marginados, pero también con el aumento de las diferencias salariales (que la crisis de 2008 contribuyó a acelerar) y por factores como la globalización y la tecnología, que están destruyendo muchos puestos de trabajo en el sector de la fabricación y llenando de incertidumbre y angustia la vida cotidiana de la gente.

Trump, igual que los líderes nacionalistas que se oponen a la inmigración y que se sitúan en la derecha política europea,³⁰ como Marine Le Pen en Francia, Geert Wilders en Holanda o Matteo Salvini en Italia, contribuye a inflamar esa sensación de miedo, de ira y de privación de derechos y lo que ofrece, en lugar de soluciones, son simplemente víctimas propiciatorias. Mientras, liberales y conservadores, preocupados por el aumento del nativismo y por la política del prejuicio, avisan a las instituciones de la amenaza que se ve venir. El poema de Yeats «La segunda venida», escrito en 1919 (en mitad del desastre de la Primera Guerra Mundial), vivió un extraordinario renacimiento en 2016: durante la primera mitad de ese año se citó en numerosos artículos,³¹ más de lo que lo había sido en tres décadas, pues comentaristas de todo signo político recuperaban una y otra vez sus versos: «Todo se desmorona; el centro se doblga; / arrecia sobre el mundo la anarquía».³²

Esos ataques a la verdad y la razón que alcanzaron sus máximas cotas en Estados Unidos durante el primer año del mandato de Trump llevaban años larvándose en la extrema derecha. Los opositores a Clinton –que estuvieron fabricando acusaciones absurdas sobre la muerte de Vince Foster en los años noventa– y los paranoicos del Tea Party³³ –que decían que los ecologistas querían controlar la temperatura de nuestras casas y el color de los coches que comprábamos– conectaron, durante la campaña electoral de 2016, con los blogueros de Breitbart y los troles de la *alt-right*, la derecha alternativa. Y al ser Trump elegido, primero candidato republicano y presidente después, se generalizaron las opiniones extremistas de sus partidarios más radicales: intolerancia racial y religiosa, animadversión hacia el Gobierno, inclinación al pensamiento conspiranoico y a la desinformación.

Según un sondeo realizado en 2017 por *The Washington Post*, el 47 % de los republicanos creyó, erróneamente, que Trump había ganado el voto popular, y el 68 % pensaba que en 2016 habían votado millones de inmigrantes ilegales;³⁴ además, más de la mitad de los republicanos manifiestan su disposición a que las elecciones presidenciales del año 2020 se pospongan hasta que se resuelvan los problemas del voto ilegal. Según otro estudio, realizado por politólogos de la Universidad de Chicago, un 25 % de los ciudadanos estadounidenses cree que la crisis financiera de 2008 la orquestó, en secreto, una reducida camarilla de banqueros, el 19 % está convencido de que el Gobierno estadounidense tuvo algo que ver en los ataques terroristas del 11-S y el 11 % creyó a pies juntillas una teoría elaborada para el estudio por los propios investigadores: que las lámparas fluorescentes compactas son parte de un complot del Gobierno para que la gente sea más pasiva y fácil de controlar.³⁵

Trump, que impulsó su carrera política promoviendo descaradamente el *birtherism* y que ha hablado en defensa de Alex Jones, locutor de radio que apoya la teoría de la conspiración y que insulta constantemente a los oyentes, preside una Administración que en su primer año de existencia se convirtió en la encarnación misma de unos principios que están en las antípodas de

la Ilustración, y que repudió los valores del racionalismo, la tolerancia y el empirismo tanto en su política como en su *modus operandi*:³⁶ un reflejo del estilo errático e impulsivo que el comandante en jefe exhibe en su toma de decisiones y que no se basa en el conocimiento, sino en el instinto, en el capricho y en las nociones preconcebidas (y a menudo engañosas) de cómo funciona el mundo.

Cuando llegó a la Casa Blanca Trump no hizo esfuerzo alguno por rectificar su ignorancia en materia de política, interior o exterior. Su anterior jefe de estrategia, Stephen Bannon,³⁷ ha declarado que Trump «lee sólo para reafirmarse en su opinión»;³⁸ y el presidente ha seguido insistiendo en negar, subestimar y restar importancia a la información que los servicios de inteligencia aportaron sobre las injerencias rusas en las elecciones de 2016. Y como la sola mención de este tema suele provocar su ira y puede perturbar las sesiones informativas que celebra con los servicios de inteligencia, los funcionarios del Gobierno declararon a *The Washington Post* que a veces incluían estos informes, en versión escrita, en la carpeta que entregan diariamente al presidente y que él, a su vez, ha dicho que sólo lee en contadas ocasiones.³⁹

Para informarse el presidente prefiere, en lugar de todo esto, recurrir a Fox News, y muy especialmente al programa matinal de adulación *Fox & Friends* («Fox y amigos») o a fuentes como Breitbart News y el *National Enquirer*.⁴⁰ Ha confesado pasar hasta ocho horas al día viendo la televisión,⁴¹ hábito que sin duda recordará a muchos lectores a Chauncey Gardiner, un jardinero adicto a la televisión que se convierte en celebridad y estrella de la política y que protagoniza la novela *Desde el jardín* (1970), de Jerzy Kosinski. Vice News también informó de que Trump recibía una carpeta dos veces al día, llena de recortes de prensa aduladores que incluían «tuits de admiración, transcripciones de entrevistas televisivas y noticias donde le ponían por las nubes y, algunas veces, simplemente fotografías suyas, imágenes televisivas en las que aparecía en actitud de poder».⁴²

Estos detalles absurdos sobrepasan lo meramente cómico y resultan inquietantes, porque no se trata de un caso de *Twilight Zone* en el que un autor de literatura fantástica vive en una enorme casa blanca de Washington D. C. Y es que la tendencia de Trump al caos no se ha visto refrenada por los que le rodean, al contrario: ha conseguido contagiar a toda la Administración. Cuando se trata de hacer política afirma que él es «el único que importa»,⁴³ y dado el desdén que siente por el conocimiento institucional, suele ignorar el consejo de los miembros de su gabinete y de las agencias; eso cuando no los deja fuera, sin más.

Irónicamente, la disfunción que estos hábitos contribuyen a crear tiende a ratificar la desconfianza que sus partidarios sienten hacia Washington (una de las principales razones por las que votaron a Trump), provocando una especie de profecía autocumplida que, a su vez, alimenta más el cinismo y la negativa a participar en el proceso político. Cada vez más votantes sienten que hay una enorme desconexión entre sus puntos de vista y las políticas del Gobierno. Algunas medidas políticas de sentido común –como la comprobación del historial de un individuo que va a comprar un arma– que apoyan más de nueve de cada diez estadounidenses se han encontrado con la oposición del Congreso, que está lleno de individuos que dependen de las donaciones de la Asociación Nacional del Rifle.⁴⁴ Un 87 % de los ciudadanos del país declaró en un sondeo

realizado en 2018 que, en su opinión, deberían permitir a los llamados *dreamers*, «soñadores», quedarse en territorio estadounidense, pero que la DACA se ha convertido en una especie de partido de fútbol político.⁴⁵ Y un 83 % (de ellos, un 75 % de republicanos), dicen apoyar la neutralidad de la red, que la FCC (Comisión Federal de Comunicaciones) de Trump tiró por tierra.⁴⁶

El papel, cada vez menos importante, del discurso racional –y del sentido común, y de la política basada en los hechos– no empezó con Donald J. Trump. Él representa más bien la culminación de una serie de tendencias que se diagnosticaron en la obra preclara de Al Gore, Farhad Manjoo y Susan Jacoby, una serie de libros publicados casi una década antes de que Trump se mudara a vivir al 1600 de la Avenida Pensilvania. Entre las causas de ese declive, Jacoby (*The Age of American Unreason*) citaba una «adicción al *infotainment*»,⁴⁷ el fortalecimiento del fundamentalismo religioso, «la ecuación popular de intelectualidad con un liberalismo que, supuestamente, no concordaba con los valores nacionales tradicionales»,⁴⁸ y con un sistema educativo que «no sólo no está consiguiendo enseñar a los alumnos las destrezas más básicas, sino la lógica subyacente a esas destrezas».⁴⁹

Gore, por su parte, subrayó en *El ataque contra la razón* la mala situación en que se encontraba la democracia participativa estadounidense (menor número de votantes, un electorado mal informado, campañas dominadas por el dinero y manipulación de medios de comunicación) y «un apoyo continuo y sostenido en la falsedad, que ha servido de base a la política incluso cuando se ha visto que hay pruebas irrefutables de lo contrario».⁵⁰

Uno de los primeros ejemplos de la teoría de Gore fue la desastrosa decisión de la Administración Bush de invadir Irak, y el cinismo con el que vendió la guerra a la opinión pública, distorsionando «la realidad política estadounidense al crear una situación nueva de miedo a Irak que resultó completamente desproporcionada en comparación con el peligro real»⁵¹ y tomándola con un país que no atacó a los Estados Unidos el 11-S y que carecía de las aterradoras armas de destrucción masiva con que los halcones de la Administración metieron el miedo en el cuerpo a los ciudadanos, induciéndoles a pensar que sí las tenía.

De hecho, la guerra de Irak sigue siendo una lección y un ejemplo de las calamidades que pueden producirse cuando se toman decisiones en caliente que pueden afectar al mundo entero y que no se basan en la racionalidad que ha de acompañar al proceso de toma de decisiones políticas y a la consideración objetiva y juiciosa de la información, con el análisis realizado por expertos, y que, en lugar de todo eso, se apoyan únicamente en la certeza ideológica y en seleccionar a los consejeros como quien recoge fruta: eligiendo aquellos que te permitirán afianzar unas ideas preconcebidas.⁵²

Desde el principio, los halcones de la Administración –comandados por el vicepresidente Dick Cheney y el secretario de defensa Donald Rumsfeld– presionaron para que la inteligencia actuara adelantándose a los hechos y se planteara la opción de la guerra.⁵³ Se instituyó incluso una agencia de operaciones algo turbia, a la que llamaron «Oficina de Planes Especiales» (según un consejero del Pentágono al que citaba Seymour M. Hersh en *The New Yorker*) y que encontraría

pruebas de algo que Rumsfeld y el subsecretario de Defensa, Paul Wolfowitz, creyeron desde el principio: que Saddam Hussein tenía vínculos con al-Qaeda y que Irak poseía un inmenso arsenal de armas biológicas, químicas y, posiblemente, incluso nucleares.

Entre tanto, los planes de guerra que se hacían sobre el terreno ignoraron las advertencias más sensatas, procedentes de expertos como el jefe del Estado Mayor del Ejército, Eric K. Shinseki, que declaró que Irak, en la posguerra, necesitaría «algo así como varios cientos de miles de soldados». Pero esa recomendación se ignoró como se ignoraron los informes de la Rand Corporation y de la Escuela de Guerra del Ejército, ambos muy preocupados por la seguridad en tiempos de posguerra y la reconstrucción de Irak, factores que harían necesario un gran número de tropas durante un periodo de tiempo muy prolongado. Todas estas valoraciones cayeron en saco roto –algo que tuvo consecuencias devastadoras– porque no encajaban con las promesas optimistas de la Administración: que el pueblo iraquí daría la bienvenida a las tropas estadounidenses, sus libertadoras, y que la resistencia sería moderada. En palabras de un partidario de Rumsfeld, «un paseíto».⁵⁴

Y se produjeron otros errores: no se enviaron tropas suficientes para asegurar la zona y restablecer la ley y el orden; a causa de las tensiones con el Pentágono se dejó a un lado el proyecto «Futuro de Irak», del Departamento de Estado; se tomaron sobre la marcha algunas decisiones erróneas para disolver el ejército iraquí y vetar a todos los miembros veteranos del Partido Baaz. Todas estas meteduras de pata tan desastrosas, que podían haberse evitado, desembocaron en una ocupación estadounidense de lo más chapucera que un soldado asignado a la Autoridad Provisional de la Coalición comparó con «el intento de crear un pato pegando un montón de plumas».⁵⁵ De hecho, la guerra de Irak acabaría convirtiéndose en uno de los acontecimientos más catastróficos del joven siglo, porque dinamitó la estabilidad geopolítica de la región, hizo posible la aparición del ISIS y dio lugar a un conjunto de desastres que aún no han dejado de sucederse: para los habitantes de aquel país, de aquella región y de todo el mundo.

Aunque Trump criticó en más de una ocasión la decisión de invadir Irak durante la campaña electoral de 2016, su equipo de la Casa Blanca no ha aprendido nada de la Administración Bush en cuanto a la gestión de aquella guerra trágica e innecesaria, y se ha limitado a duplicar la toma de decisiones políticas por el método de la ingeniería inversa, es decir, siguiendo el camino contrario al habitual, y a rechazar la intervención de expertos.⁵⁶

Un ejemplo: el Departamento de Estado ha sido ninguneado tras la promesa de Steve Bannon, que afirmó que lucharía por «la deconstrucción del Estado administrativo», y de la sospecha de la Casa Blanca de que existen profesionales del llamado «Estado profundo».⁵⁷ Al yerno del presidente, Jared Kushner, un promotor inmobiliario de treinta y seis años y sin experiencia en el gobierno, se le entregó la cartera de Oriente Medio, mientras el Departamento de Estado quedaba cada vez más reducido y marginado. Al final del primer año de Trump en el cargo quedaban sin cubrir muchos puestos importantes, en parte por el afán de reducir departamentos y por el abandono de una serie de obligaciones, en parte porque no se quería designar para los cargos a diplomáticos que hubieran expresado alguna reserva sobre las políticas del presidente, como

sucedió en el caso del embajador en Corea del Sur, cuyo papel es fundamental.⁵⁸ Y en parte, también, porque se ha producido una fuga de talentos que abandonaron el Departamento de Asuntos Exteriores porque la nueva dirección no valoraba sus capacidades diplomáticas, sus conocimientos sobre política ni su experiencia en zonas remotas del mundo. Todo ello, combinado con la ruptura de antiguas alianzas y acuerdos de comercio por parte del presidente, sus ataques continuados hacia los ideales demócratas o el descuido con el que su Administración acometió la política exterior, condujo a que el liderazgo estadounidense cayera en picado, hasta un 30 %, en 2017 y quedara por debajo de China y apenas por encima de Rusia, según el sondeo realizado por Gallup.⁵⁹

En algunos aspectos el desdén que la Casa Blanca de Trump manifiesta hacia el conocimiento y la experiencia es el reflejo de otras actitudes que han ido empapando la sociedad norteamericana. En su libro *The Cult of the Amateur* (2007) Andrew Keen, empresario de Silicon Valley, avisó de que Internet no sólo había democratizado la información más allá de lo que cualquiera podría imaginar en sus sueños más locos: estaba, además, sustituyendo el verdadero conocimiento por la llamada «wisdom of the crowd», «sabiduría de la turba», que borra peligrosamente las fronteras entre hechos y opiniones, entre los argumentos informados y la especulación jactanciosa.⁶⁰

Una década después el académico Tom Nichols escribió en *The Death of Expertise* que tanto en la derecha como en la izquierda se estaba fraguando una terca hostilidad hacia el conocimiento establecido, y que la gente defendía con agresividad el argumento de que «cualquier opinión, sobre cualquier asunto, es tan buena como cualquier otra».⁶¹ La ignorancia se ha puesto de moda.

«Si los ciudadanos no se molestan en adquirir información básica sobre las cuestiones que afectan a sus vidas –escribió Nichols–, renuncian a todo control sobre esas cuestiones, les guste o no. Y cuando los votantes pierden el control de estas decisiones importantes se arriesgan a que su democracia quede secuestrada a manos de demagogos ignorantes, o a la decadencia gradual y silenciosa de sus instituciones democráticas, que se convierten en una tecnocracia autoritaria».⁶²

La Casa Blanca de Trump prefiere la lealtad y el gregarismo ideológico antes que el conocimiento, y eso se percibe en toda la Administración. Ya quedó patente en la forma en que se nombró a jefes de agencias y a jueces no cualificados por puro amiguismo, por sus conexiones políticas o por la decisión de invalidar instituciones que se interponían en el camino de Trump y en sus planes de desregulación a gran escala, que buscaban favorecer la industria del combustible fósil y a los donantes ricos de las corporaciones.⁶³ Rick Perry, famoso por su empeño en abolir el Departamento de Energía, fue designado para encabezarlo: se dedicó a imponer recortes a los programas de energías renovables.⁶⁴ Y el nuevo responsable de la EPA, Scott Pruitt, que se había dedicado a demandar a la Agencia Medioambiental durante años, comenzó a desmantelarla poco a poco y a entorpecer cualquier legislación destinada a proteger la naturaleza.⁶⁵

Se ignoró por completo a la opinión pública –que se oponía a la ley tributaria del Partido Republicano– cuando se manifestó en contra de los objetivos de la Administración Trump o del Congreso republicano. Y cuando los expertos de un determinado campo, como el cambio

climático, la política fiscal o la seguridad nacional, empezaron a hacer preguntas incómodas, se les hizo el vacío o algo peor. Eso mismo sucedió con la llamada Oficina de Presupuestos del Congreso (CBO)⁶⁶, creada hace décadas por un experto en diseño de presupuestos independiente e imparcial, cuando se informó de que la ley de sanidad que proponía el Partido Republicano dejaría a millones de personas –más aún– sin cobertura. Los republicanos comenzaron a atacar a la agencia y al hecho mismo de que existiera, y no sólo al informe. Y cuando Mick Mulvaney, el director de la Agencia de Gestión y Presupuestos designado por Trump, preguntó si no se había pasado ya el momento de la CBO, otros republicanos propusieron un recorte de los fondos destinados a la agencia y la eliminación de 89 miembros de su personal, que eran 235 en total.

Trump se saltó sistemáticamente el engranaje habitual de elaboración de programas políticos y el proceso normal de análisis y revisión, y su Administración violó estas normas con la esperada obstinación. También aquí muchos movimientos fueron el resultado irracional de una especie de ingeniería inversa: se decidía algo en función de lo que la Casa Blanca o el Congreso de mayoría republicana querían que sucediera, y luego trataban de dar su explicación o mostrar las ventajas de la decisión. Este método es diametralmente opuesto al científico, en virtud del cual se recogen de forma sistematizada unos datos que luego se valoran y se formula una hipótesis, que se somete a prueba. Pero la Administración sentía un claro desprecio por este método, dadas las órdenes que envió a los analistas de la CDC (agencia nacional para la asistencia sanitaria), donde les instaba a evitar las expresiones «según demuestran las pruebas» o «según ha quedado científicamente probado».⁶⁷ Esto nos recuerda la distopía de Orwell, *1984*, donde no hay una palabra que signifique «ciencia» simplemente porque «el método empírico del pensamiento, en el que se basaban todos los logros científicos del pasado», representaba una realidad objetiva que amenazaba el poder del Gran Hermano a la hora de decidir qué era verdad.⁶⁸

Por otra parte, al anunciar que se retiraban del Acuerdo de París sobre cambio climático⁶⁹ (después de unirse Siria, Estados Unidos fue el único país que abandonó dicho acuerdo global), la Administración Trump prometió que liquidaría el Plan de Energías Limpias del presidente Obama⁷⁰ y que invalidaría el veto a las perforaciones marinas para obtener petróleo y gas, expulsó a los científicos de todos los consejos asesores del Gobierno y preparó el recorte de fondos que estaban destinados a una serie de programas ya en marcha en el campo de la medicina, las ciencias medioambientales, la ingeniería y el análisis de datos.⁷¹ Sólo la EPA sufrió un recorte de 2.500 millones de dólares anuales de su presupuesto anual: una reducción de más del 23%.⁷²

En abril de 2017 se organizó en Washington la Marcha por la Ciencia para protestar contra las políticas contra la ciencia de la Administración Trump y que daría lugar, posteriormente, a la celebración de más de cuatrocientas marchas en más de treinta y cinco países.⁷³ Los participantes desfilaron llevados por la solidaridad con sus colegas estadounidenses, pero también para mostrar su preocupación por el estado de la ciencia y la razón en sus propios países. A fin de cuentas, las decisiones tomadas por el Gobierno estadounidense en materia de cambio climático y otros problemas globales tienen un efecto dominó en todo el mundo y afectan a empresas de titularidad conjunta y a programas colaborativos de investigación, o a proyectos de calado internacional

destinados a buscar soluciones a crisis que afectan al planeta entero.

Los científicos británicos, por ejemplo, se preocupaban por cómo afectaría el Brexit a las universidades y a las instituciones destinadas a la investigación en el Reino Unido y a la posibilidad de que los estudiantes británicos estudiaran en Europa.⁷⁴ Científicos de todos los países, de Australia a Alemania o a México, mostraban su inquietud por el modo en que se estaba extendiendo una actitud de desprecio hacia la ciencia, la evidencia y la revisión a cargo de pares. Y los médicos de América Latina o de África, por el hecho de que las noticias falsas sobre el zika o el ébola pudieran extender aún más la desinformación y sembrar el pánico.

Mike MacFerrin, licenciado en glaciología que trabaja en Kangerlussuaq, un pueblo de quinientos habitantes que se encuentra en Groenlandia, dijo a la revista *Science* que los residentes de ese lugar tenían razones de peso para preocuparse por el cambio climático, porque el desprendimiento del hielo había barrido parcialmente un puente del pueblo. «Yo equiparo los ataques contra la ciencia con el acto de apagar los faros del coche: una persona va conduciendo a toda velocidad y apaga los faros porque no quiere ver lo que se avecina... Pues nosotros, los científicos, somos los faros.»⁷⁵

Entre los relatos más estremecedores de lo rápido que «la norma de la razón» –o lo que es lo mismo, la fe en la ciencia, el humanismo, el progreso y la libertad– puede dejar paso a «su opuesto: el terror y la emoción de las masas»,⁷⁶ lo encontramos en las memorias del escritor austríaco Stefan Zweig, *El mundo de ayer*, que escribió en 1942. Zweig fue testigo de todas las calamidades que sacudieron al mundo mientras vivió: la Primera Guerra Mundial, seguida por un breve respiro, el cataclismo del ascenso de Hitler al poder y su posterior hundimiento, con la Segunda Guerra Mundial. En esta obra Zweig levanta acta de cómo Europa se autodestruyó de un modo suicida en dos ocasiones, separadas por unas décadas: es la historia de «la derrota de la razón» y el «triumfo salvaje de la brutalidad». Y una lección, esperaba el autor, para futuras generaciones.

Zweig escribió sobre otras cosas: cómo es crecer en un lugar y en un momento histórico en el que los milagros de la ciencia –la derrota de la enfermedad, «la transmisión de la palabra en sólo un segundo, por todo el globo»–⁷⁷ hacían que el progreso pareciera algo inevitable y que, incluso, problemas como la pobreza «ya no se nos antojaran irresolubles». El optimismo que caracterizó a la generación de su padre (y que a algunos lectores tal vez les recuerde la esperanza que recorrió Occidente tras la caída del muro de Berlín en 1989), según narra Zweig, les llevó a «creer sinceramente que las divergencias y las fronteras entre países y sectas acabarían por borrarse, dando lugar a una comunidad humana donde la paz y la seguridad serían los tesoros más preciados, compartidos por todos los seres humanos».

De joven Zweig pasaba horas sentado en los cafés con sus amigos, hablando de arte y de sus preocupaciones personales: «Sentíamos verdadera pasión por ser los primeros en descubrir lo último, lo más nuevo, lo más extravagante, lo inusual»⁷⁸. En aquellos años flotaba en el aire una sensación de seguridad para las clases altas y medias: «Las casas estaban aseguradas contra robo e incendio, los campos contra el granizo y las tormentas, las personas contra la enfermedad y los

accidentes».

La gente tardó en darse cuenta del peligro que entrañaba Hitler. «Los pocos escritores que se habían tomado la molestia de leer el libro de Hitler ridiculizaron la grandilocuencia de su prosa atildada en lugar de centrarse en el programa»,⁷⁹ escribió Zweig. Los periódicos afirmaban en sus líneas que el movimiento nazi no tardaría en venirse abajo. Y muchos asumieron que si «un agitador antisemita» llegara de verdad a ser canciller, acabaría «por olvidarse de cosas tan absurdas».

Sin embargo, empezaban a sucederse señales ominosas. Cerca de la frontera alemana grupos de jóvenes con actitud amenazante «predicaban su evangelio acompañándolo con advertencias que se materializarían después, contra quien no coreara sus consignas». ⁸⁰ Y «todas las grietas y fisuras subterráneas que se abrieron entre clases y razas y que la era de la conciliación había logrado suturar con tanto esfuerzo» se estaban volviendo a abrir y no tardarían en agrandarse «hasta parecer abismos y desfiladeros».

Pero los nazis se cuidaron mucho, recordaba Zweig, de no mostrar a la primera de cambio cuán largo era su brazo: «Pusieron en práctica su método con gran cautela: para empezar, sólo una pequeña dosis seguida de una breve pausa. Sólo una píldora en cada aparición, y luego un momento de espera para ver el efecto de su potencia». ⁸¹ Para ver si la conciencia del público y del mundo «podía digerir aquella dosis».

Y como todos eran reacios a abandonar la vida a la que estaban acostumbrados, sus rutinas diarias y sus hábitos –escribió Zweig– ninguno quiso creer lo rápido que se estaban perdiendo las libertades. La gente preguntaba qué podría el nuevo líder de Alemania «implantar por la fuerza en un Estado donde la ley estaba garantizada, la mayoría parlamentaria estaba contra él y donde todos sus ciudadanos creían que sus libertades individuales y sus derechos igualitarios eran inamovibles en virtud de una constitución asentada con total solidez». ⁸² Y tal erupción de locura, se dijeron, «no llegaría a nada en pleno siglo XX».

Las nuevas guerras culturales

La muerte de la objetividad «me libera de la obligación de estar en lo cierto».
Lo único que «me exige es ser interesante».⁸³

–STANLEY FISH

En un preclaro artículo de 2005 David Foster Wallace escribió que la proliferación de nuevos soportes informativos –prensa, TV e Internet– había creado «un caleidoscopio de opciones para informarse».⁸⁴ Wallace apuntaba que una de las ironías de ese peculiar paisaje de medios de comunicación que había configurado la proliferación de nuevos canales de información ideológicos (incluidos los de la derecha, como Fox News y *The Rush Limbaugh Show*) era que había materializado «exactamente el tipo de relativismo que censuraban los conservadores de la cultura: una especie de barra libre epistemológica donde “la verdad” es siempre cuestión de perspectiva y de programa».

Esas palabras se escribieron diez años antes de las elecciones de 2016, y plasmaban con asombrosa clarividencia el panorama cultural post-Trump donde, cada vez más, la verdad parece estar en la mirada del observador, los hechos son fungibles y se construyen a escala social, y nosotros nos sentimos casi siempre como si nos hubieran depositado en un mundo al revés en el que los supuestos y las alineaciones que durante años han funcionado de una manera se ven, de pronto, patas arriba.

El Partido Republicano, antaño bastión de los guerreros de la Guerra Fría, y Trump, que dirigía una plataforma de ley y orden, menospreciaron los peligros de que Rusia se inmiscuyera en las elecciones estadounidenses;⁸⁵ los miembros republicanos del Congreso hablaban de camarillas secretas en el seno del FBI y el Departamento de Justicia. Al igual que algunos miembros de la contracultura de los sesenta, muchos de estos nuevos republicanos rechazaban la racionalidad y la ciencia. Durante la primera ronda de las guerras culturales muchos simpatizantes de la nueva izquierda rechazaban los ideales de la Ilustración por considerarlos vestigios del viejo pensamiento patriarcal e imperialista. Hoy, esos ideales de razón y progreso también sufren el acoso de la derecha, como parte de una trama destinada a minar los valores tradicionales y todo lo que huelga a elitismo intelectual de la Costa Este. Por este motivo es cada vez más patente que la paranoia ante el Gobierno ha migrado de la izquierda, que culpaba al complejo militar-industrial de lo que sucedió en Vietnam, a la derecha, la zona ideológica donde los troles de la derecha alternativa y los miembros republicanos del Congreso culpan ahora al llamado «Estado profundo» de conspirar contra el presidente.

La campaña de Trump se mostraba como una fuerza insurgente, revolucionaria, que luchaba en

nombre de una circunscripción electoral marginada utilizando, sin rastro de ingenuidad, un lenguaje que recordaba extrañamente el que emplearon los radicales de los sesenta. «Estamos intentando romper la conexión entre donantes ricos, grandes corporaciones y ejecutivos de los medios de comunicación»,⁸⁶ declaró Trump en un mitin. En otro instó a cambiar todo este «sistema político fallido y corrupto».⁸⁷

Más irónica aún es la apropiación populista que hizo la derecha de los argumentos posmodernos, y su aceptación del rechazo filosófico de la objetividad: escuelas de pensamiento asociadas, durante décadas, a la izquierda y a los círculos académicos de élite a los que desprecian Trump y sus partidarios. ¿Por qué tenemos que preocuparnos de los argumentos de los académicos, que normalmente suenan arcanos? Baste decir que Trump jamás ha ojeado la obra de Derrida, Baudrillard o Lyotard, si es que ha oído hablar de ellos. Y tampoco se puede culpar a los posmodernos de todo el nihilismo que flota por ahí. Pero algunos corolarios de su pensamiento han calado en la cultura popular –simplificados, eso sí– y han sido secuestrados por los defensores del presidente, que quieren utilizar sus argumentos relativistas para justificar las mentiras de Trump, y por los partidarios de la derecha en general, que quieren cuestionar la evolución, negar la realidad del cambio climático o promocionar los llamados «hechos alternativos». Hasta Mike Cernovich, conocido trol de la derecha alternativa estadounidense y partidario de la teoría de la conspiración, mencionó la posmodernidad en una entrevista concedida en 2016 a *The New Yorker*: «Mire, yo leí la teoría de la posmodernidad cuando era universitario. Si todo es narrativa, tenemos que buscar alternativas que contrarresten la narrativa dominante», dijo.⁸⁸ Y añadió: «¿Tengo yo pinta de leer a Lacan?».

Desde los años sesenta hasta la actualidad se ha producido una pérdida progresiva de la fe en las instituciones y en la narrativa oficial. Parte de ese escepticismo ha sido una contrapartida necesaria, una reacción racional ante las calamidades de Vietnam e Irak, del Watergate y la crisis financiera de 2008, y de las corrientes culturales que llevan ya mucho tiempo infectándolo todo, desde la enseñanza de la Historia en las escuelas elementales hasta las injusticias del sistema de justicia. Pero la liberadora democratización de la información que llegó de la mano de Internet no sólo incentivó un panorama impresionante de innovación y emprendeduría: condujo, además, a una cascada de información y relativismo que queda patente en la epidemia actual de las noticias falsas.

En el desmembramiento de los discursos oficiales del mundo académico tuvo mucho que ver la constelación de ideas que quedaba bajo el amplio paraguas de la posmodernidad y que llegó a las universidades americanas en la segunda mitad del siglo XX a través de teóricos franceses como Foucault o Derrida, cuyas ideas están en deuda con la filosofía de los alemanes Heidegger y Nietzsche. En literatura, cine, arquitectura, música y pintura los conceptos posmodernos (la ruptura de las tradiciones narrativas y el derribo de fronteras entre géneros y entre cultura popular y arte elevado) resultarían liberadores y, en algunos casos, transformadores: darían lugar a una serie de obras innovadoras de artistas como Thomas Pynchon, David Bowie, David Lynch, Paul Thomas Anderson y Frank Gehry. Pero cuando las teorías posmodernas se aplicaron a las ciencias

sociales o a la historia tuvieron algunas implicaciones filosóficas –buscadas o no– que acabarían por golpear, como una bola loca, a todo nuestro panorama cultural.

La posmodernidad tiene muchas corrientes y muchas interpretaciones distintas, pero en términos generales sus argumentos niegan la existencia de una realidad objetiva independiente de la percepción humana y sostienen que el conocimiento siempre acaba filtrado por los puntos de vista de clase, raza, género y otras variables. Al rechazar la posibilidad de que exista una realidad objetiva, al sustituir las nociones de perspectiva y tomar partido por la idea de la verdad, la posmodernidad consagró el principio de subjetividad. El lenguaje se percibe como algo inestable, nada fiable: es parte de una brecha imposible de salvar entre lo que se dice y lo que se quiere decir; se descarta incluso la idea de que una persona actúe como ser completamente racional y autónomo, porque cada uno de nosotros ha sido conformado, consciente o inconscientemente, por un tiempo y una cultura determinados.

Así que se acabó la idea de consenso. Se acabó el ver la historia como un relato lineal. Se acabaron las grandes metanarrativas universales o trascendentes. La Ilustración, por ejemplo, es un concepto que desprecian muchos posmodernos de izquierda, porque consideran que hace una interpretación hegemónica y eurocéntrica de la Historia, destinada a promover las nociones colonialistas y capitalistas de razón y progreso. La narrativa cristiana de la redención también se rechaza, o el camino del marxismo hacia la utopía comunista. Para algunos posmodernos, según observa el intelectual Christopher Butler, hasta los argumentos de los científicos pueden verse como «poco más que cuasi-narrativas que buscan ser aceptadas entre otras muchas. No se ajustan al mundo de manera exclusiva ni fiable, y desde luego no tienen correspondencia con la realidad. Son sólo otra forma de ficción».⁸⁹

La migración de las ideas posmodernas del entorno académico al entorno político nos recuerda la mutación inesperada que sufrieron las guerras culturales, que es como se llamó a los debates a voces sobre raza, religión, género y planes de estudio que tuvieron lugar en los ochenta y los noventa. Se pensó que con los ataques terroristas del 11-S y la crisis financiera de 2008 estos debates habían pasado a un segundo plano, y durante el segundo mandato del presidente Barack Obama se albergó la esperanza de que las guerras culturales –al menos en su forma más virulenta– se empezaran a enfriar. La legislación en materia de asistencia sanitaria, el Acuerdo de París sobre cambio climático, la estabilización de la economía después de la crisis de 2008, el matrimonio homosexual, el esfuerzo por abordar las desigualdades del sistema judicial... muchos estadounidenses pensaron que su país había entrado en la senda del progresismo, aunque aún queden pendientes muchas reformas fundamentales.

En su libro *A War for the Soul of America* (2015) el historiador Andrew Hartman escribió que los tradicionalistas que «se resistían a los cambios culturales que habían comenzado en los sesenta» y que «se identificaban con el “americanismo normativo” de los cincuenta» parecían haber perdido las guerras culturales de los ochenta y los noventa.⁹⁰ Según Hartman, en el siglo XXI ya había «una amplia mayoría de estadounidenses que aceptaba, de buena gana incluso, lo que en ese momento parecía un país totalmente nuevo. Bajo ese prisma, las guerras culturales de finales

del siglo XX se veían como una etapa de ajustes: la nación había atravesado un periodo de cambios culturales para llegar a esos avances. Las guerras culturales habían impulsado a los estadounidenses, incluso a los conservadores, a reconocer que la vida había cambiado y, aunque ese reconocimiento llegó en ocasiones en forma de rechazo, fue también un primer paso para la resignación, incluso para la aceptación definitiva».

Según parece, esta valoración optimista fue excesivamente prematura. Tanto como el ensayo que Francis Fukuyama publicó en 1989, titulado «¿El final de la historia?», donde exponía que con la implosión del comunismo soviético había triunfado la democracia liberal, que acabaría convirtiéndose en «la forma definitiva de gobierno humano».⁹¹ Un informe de Freedom House concluía que «con los notables avances experimentados por las fuerzas populistas y nacionalistas en los estados democráticos, el año 2016 marcaba el undécimo año consecutivo de declive en las libertades globales».⁹² En 2017 Fukuyama dijo que estaba preocupado por «la lenta erosión de las instituciones»⁹³ y las normas democráticas bajo el mandato del presidente Trump. Veinticinco años atrás, dijo, «yo no tenía ni opiniones ni teorías sobre cómo puede una democracia dar marcha atrás», pero en ese momento había comprobado «que podía hacerlo, no había duda».

En cuanto a las guerras culturales... volvieron rápidamente, rugiendo de nuevo. Los segmentos más correosos de la base republicana –el Tea Party, los *birthers*, los evangelistas de derechas, los nacionalistas blancos– se habían empezado a movilizar contra el presidente Obama y sus políticas. Y Trump, primero como candidato y después como presidente, echaría más gasolina a esas fracturas políticas y sociales para lograr dos objetivos:⁹⁴ consolidar su base de votantes y distraer la atención de sus errores políticos y sus numerosos escándalos. Aprovechó la división que existe en la sociedad estadounidense entre partidarios de uno y otro grupo, apeló a los miedos de los votantes blancos de clase trabajadora sobre el mundo cambiante y les puso en bandeja a los chivos expiatorios que ellos mismos habían elegido –inmigrantes, afroamericanos, mujeres, musulmanes– y que les sirvieron de blanco para aplacar su ira. No es casualidad que los troles rusos –que trabajaron para que saliera elegido Trump, al tiempo que intentaban minar la fe en el sistema democrático estadounidense– estuvieran, al mismo tiempo, utilizando perfiles falsos en redes sociales para aumentar aún más la división entre los estadounidenses. Por ejemplo, se descubrió que los troles rusos utilizaron en mayo de 2016 un perfil falso de Facebook llamado «Heart of Texas» («Corazón de Texas») para organizar una protesta bajo el lema «Detengamos la islamización de Texas», y otra llamada «United Muslims of America» («Musulmanes Unidos de América») para articular un contraprotesta que tendría lugar al mismo tiempo y en el mismo lugar.⁹⁵

Algunos de los críticos más elocuentes de la política de Trump, basada en el miedo y en la división, han sido conservadores: Steve Schmidt, Nicolle Wallace, Joe Scarborough, Jennifer Rubin, Max Boot, David Frum, Bill Kristol, Michael Gerson y los senadores republicanos John McCain y Jeff Flake. Pero la mayor parte del Partido Republicano respaldó a Trump durante los mítines, racionalizó sus mentiras y justificó su desprecio por la experiencia y su desdén hacia los ideales sobre los que se construyó el país. Para estos artífices de Trump el partido estaba por encima de todo: la moralidad, la seguridad nacional, la responsabilidad fiscal, el sentido común y la decencia. Y cuando salieron a la luz historias como el supuesto *affaire* de Trump con la actriz

porno Stormy Daniels, los evangelistas acudieron en su defensa: Jerry Falwell Jr. dijo que «todo eso había pasado hacía mucho tiempo» y Tony Perkins, presidente del Family Research Council, dijo que él y sus partidarios estaban dispuestos a dar a Trump un voto de confianza a pesar de su conducta en la esfera privada.⁹⁶

Un avance irónico, si se tiene en cuenta la posición de los conservadores durante la primera oleada de las guerras de la cultura, en los años ochenta y noventa. En aquel momento fueron los conservadores quienes se erigieron en guardianes de la tradición, la experiencia y el Estado de derecho, oponiéndose a lo que veían como el declive de la razón y el repudio de los valores occidentales. En su libro *El cierre de la mente moderna* (1987) el filósofo político y profesor Allan Bloom la emprendió contra el relativismo y condenó las protestas universitarias de los sesenta, en las que según él «se entendía el compromiso como algo más profundo que la ciencia, la pasión y la razón».⁹⁷ Y la intelectual Gertrude Himmelfarb advirtió que tanto quienes habían escrito la historia como la forma de enseñarla estaban politizados gracias a una nueva generación de posmodernos: al contemplar el pasado a través de las lentes de variables como el género o la raza, decía Himmelfarb, los posmodernos sugerían no sólo que todas las verdades son contingentes, sino que «aspirar a ellas es, además de fútil, decididamente nocivo».⁹⁸

Algunos críticos intentaron, injustamente, aglutinar los impulsos pluralistas del multiculturalismo con los argumentos de los posmodernos radicales que se burlaban de la posibilidad misma de enseñar Historia (o escribirla) con la debida equidad. Los primeros ofrecían un antídoto crucial a la narrativa tradicional de la excepcionalidad estadounidense y el triunfalismo occidental, y lo hacían abriendo las puertas de la historia, antaño angostas, a colectivos a los que de pronto se daba voz: las mujeres, los afroamericanos, los nativos norteamericanos, los inmigrantes y otros, silenciados hasta el momento. El multiculturalismo subrayaba lo incompleto de la historia, al menos de gran parte de ella, y la parcialidad en la forma de escribirla –como exponían Joyce Appleby, Lynn Hunt y Margaret Jacob en su libro *La verdad sobre la historia*, tan incisivo como pleno de sentido común–, y ofrecía la posibilidad de contar con una perspectiva más inclusiva, coral. Pero también avisaron de que los puntos de vista extremos podían conducir a la idea, reductiva y muy peligrosa, de que «el conocimiento del pasado no es más que un constructo ideológico destinado a servir a una serie de intereses particulares que convierten la historia en un conjunto de mitos destinados a establecer o reforzar la identidad de grupo».⁹⁹

También la ciencia sufrió los ataques de los posmodernos radicales, que argumentaban que las teorías científicas son un constructo social, porque las conforma la identidad de la persona que ofrece la teoría y los valores de la cultura en la que se establecen. Por esa razón la ciencia no puede jactarse nunca de ser neutral ni de encerrar una verdad universal.

«El punto de vista posmoderno encaja bien con la ambivalencia de opiniones sobre la ciencia que surgió tras la bomba atómica y se extendió durante la Guerra Fría»,¹⁰⁰ escribió Shawn Otto en *The War on Science*. Entre los intelectuales de izquierdas de los departamentos de humanidades de las universidades, continuaba diciendo Otto, «la ciencia empezó a considerarse provincia de una estructura de poder militarista, de derechas, proempresarial y, por ende, contaminante, descuidada, avariciosa, mecanicista, sexista, racista, imperialista, homófoba, opresiva e

intolerante. Una ideología sin corazón a la que le importaba poco el bienestar espiritual u holístico de nuestras almas, nuestros cuerpos o nuestra Madre Tierra».

Era ridículo, desde luego, defender que el trasfondo cultural de un investigador pudiera afectar a unos hechos científicos, verificables. Y como ya había dicho Otto, aunque sucintamente, «el CO₂ de la atmósfera es el mismo si el científico que lo mide es una mujer somalí o un hombre argentino».¹⁰¹ Pero estos argumentos posmodernos despejarían el camino para los antivacunas actuales y los negacionistas del cambio climático, que se niegan a aceptar la opinión consensuada de la abrumadora mayoría de los científicos.

Y eso sucede con otros muchos temas: Orwell ya vio los peligros de este tipo de pensamiento hace décadas. En un ensayo de 1943 escribió: «Es característico de nuestra era desechar la idea de que la historia podría haberse escrito de manera fidedigna. Antes la gente mentía deliberadamente, o sin pretenderlo añadían colorido a aquello de lo que escribían, o perseguían la verdad a sabiendas de que cometerían muchos errores. Pero en todos los casos creyeron que existían unos hechos que podrían descubrirse, con mayor o menor dificultad».¹⁰²

Y continuaba así: «Es precisamente esa base común de consenso, que implica que los seres humanos son todos de la misma especie animal, lo que el totalitarismo anula. La teoría nazi, en particular, niega que exista algo que pueda llamarse “la verdad”. No existe, por ejemplo, eso que se etiqueta como “ciencia”. Existe sólo una “ciencia alemana”, una “ciencia judía”, etc.». Cuando la verdad está tan fragmentada, cuando es algo tan relativo, apuntaba Orwell, se allana el camino para que «algún líder o alguna camarilla dominante» dicten lo que hay que creer: «Si el líder dice que tal o cual cosa nunca sucedió, pues nunca sucedió».

Quienes intentan dar lustre a teorías que no tienen crédito alguno –o «blanquear» capítulos enteros de la historia, como hacen los revisionistas del Holocausto– han exprimido el argumento posmoderno de que la verdad es siempre parcial. La historia deconstructivista, según expuso la historiadora Deborah E. Lipstadt en *Denying the Holocaust*, tiene «la capacidad de alterar por completo la forma en que se transmite la verdad establecida de generación en generación».¹⁰³ Y no puede fomentar un clima intelectual en el que «ningún hecho, ningún suceso y ningún aspecto de la historia tiene un significado o un contenido fijo. Cualquier verdad puede someterse a revisión. Cualquier hecho puede ser refundido. No existe una realidad histórica definitiva».

La posmodernidad no sólo rechazaba toda narrativa: también ponía de manifiesto la inestabilidad del lenguaje. Uno de los padres fundadores de la doctrina, Jacques Derrida –que lograría estatus de celebridad en cualquier campus estadounidense durante los setenta y los ochenta gracias, en parte, a discípulos como Paul de Man y J. Hillis Miller– utilizó la palabra «deconstrucción» para describir el tipo de análisis textual del que fue pionero y que se aplicaría no sólo a la literatura, sino a la historia, a la arquitectura y a las ciencias sociales.

La deconstrucción planteaba que todos los textos son inestables e irreductiblemente complejos y que sus significados, siempre cambiantes, dependen de los lectores y observadores. Al poner el foco en las posibles contradicciones y ambigüedades de un texto (y articular dichos argumentos a través de una prosa deliberadamente complicada y pretenciosa) promulgaba un relativismo

extremo que resultaba nihilista en sus implicaciones: todo podía significar cualquier cosa, la intención de un autor no importaba ni podía discernirse y no existía nada que pudiera considerarse lectura «obvia» o de sentido común, dado que absolutamente todo tenía infinidad de significados. En definitiva: no existía eso que se llama «verdad».

Como expuso David Lehman en su aguda obra *Sign of the Times*, las peores sospechas de los críticos de la deconstrucción se confirmaron cuando explotó el escándalo de Paul de Man en 1987 y se presentaron las bases de la deconstrucción para defender lo indefendible.¹⁰⁴

De Man, profesor de Yale y una de las estrellas rutilantes de la deconstrucción, había alcanzado un predicamento casi de culto en los círculos académicos.¹⁰⁵ Estudiantes y colegas le describían como un intelectual brillante, carismático y encantador que había huido de la Europa ocupada por los nazis donde, se suponía, había sido miembro de la Resistencia belga. Un retrato muy diferente se desprendía de la biografía que escribió sobre él Evelyn Barish, *The Double Life of Paul de Man*: contumaz estafador, oportunista, bígamo y narcisista tóxico que había sido condenado en Bélgica por fraude, falsificación y manipulación de documentos.¹⁰⁶

Una serie de noticias de lo más impactante habían revelado en 1987 (cuatro años después de su muerte) que un joven investigador belga descubrió que, durante la Segunda Guerra Mundial, De Man había escrito al menos un centenar de artículos para una publicación pro-nazi de Bélgica, *Le Soir*.¹⁰⁷ Esta publicación, partidaria del antisemitismo más virulento, declaraba en un editorial que estaban «dispuestos a imponerse la prohibición de todo tipo de mestizaje con ellos y a liberarse espiritualmente de su influencia desmoralizante en el ámbito del pensamiento, la literatura y las artes».¹⁰⁸

En el más célebre de estos artículos suyos en *Le Soir* De Man exponía que «los escritores judíos siempre han sido de segunda fila»¹⁰⁹ y, por tanto, nunca han logrado ejercer «una influencia preponderante» en la evolución de la civilización europea contemporánea. «Así puede verse que una solución al problema judío que supusiera la creación de una colonia judía aislada de Europa no tendría consecuencias decisivas para la vida literaria de Occidente, que perdería, nada más, algunas personalidades de valor mediocre y continuaría desarrollándose como en el pasado, con arreglo a sus propias leyes evolutivas».

Cuando empezaron a inundar el mundo académico las noticias de estos escritos y del alarmante colaboracionismo de De Man, algunos estudiosos se preguntaron si el pasado vergonzante y secreto de De Man había contribuido a conformar sus teorías sobre la deconstrucción. Por ejemplo, su opinión de que «las consideraciones de la existencia real e histórica de escritores son una pérdida de tiempo».¹¹⁰

Más perturbadores aún fueron los esfuerzos de algunos de los defensores de De Man, como Derrida, que empleó los principios de la deconstrucción para intentar explicar el porqué de los escritos antisemitas de De Man, sugiriendo que sus palabras subvertían lo que parecían decir o que había en ellas una ambigüedad excesiva como para atribuirle cualquier tipo de responsabilidad moral.¹¹¹

Un admirador de De Man, citado por Lehman, intentó demostrar que las afirmaciones de De Man sobre los escritores judíos eran pura ironía fallida; llegó a afirmar que el tono del ensayo era de «burla distante en las secciones que trataban de los judíos, y queda claro que no son los judíos

el objeto de la burla, sino los antisemitas».¹¹² En otras palabras, el escritor sugería que De Man había pretendido justo lo contrario de lo que afirmaban sus columnas en *Le Soir*.

Aunque a los deconstructivistas les encanta utilizar una prosa llena de jerga y una sintaxis plena de perversas acrobacias, algunas de las expresiones que emplean, como «indeterminación de los textos», «formas alternativas de conocimiento» o «inestabilidad lingüística del lenguaje», parecen versiones pretenciosas de frases recientemente utilizadas por los acólitos de Trump para justificar sus mentiras, cambios de opinión y promesas de mala fe. Por ejemplo, un representante de Trump dijo a un asesor del primer ministro japonés, Shinzo Abe, que «no tenían que tomarse al pie de la letra cada palabra que decía el señor Trump»,¹¹³ y uno de sus antiguos directores de campaña, Corey Lewandowski, afirmó ante los periodistas: «Vosotros os tomáis al pie de la letra todo lo que dijo Donald Trump, chicos. Pero los estadounidenses, no».¹¹⁴

«Moi» y el auge de la subjetividad

Nuestra subjetividad es absolutamente personal e intransferible.¹¹⁵

–SPIKE JONZE

En paralelo a la aceptación de la posmodernidad por parte del mundo académico tuvo lugar la eclosión, en los años setenta, de lo que Christopher Lasch llamó «la cultura del narcisismo» y que Tom Wolfe etiquetó, magistralmente, con la expresión «la década del “mí”»: una marea de actitudes centradas en mirarse el ombligo, en la propia gratificación y en la necesidad de atención que estos dos autores atribuyeron a causas muy diversas.

Lasch contemplaba el narcisismo como una reacción defensiva ante los cambios sociales y la inestabilidad: la búsqueda del número uno en un entorno hostil y amenazador. En su libro *La cultura del narcisismo* (1972) Lasch exponía cómo esa «ética de la propia salvación y la supervivencia psíquica»,¹¹⁶ tremendamente cínica, había llegado a afligir a los estadounidenses: era el síntoma de un país que luchaba contra la derrota de Vietnam, un estado de ánimo cada vez más pesimista, una cultura de masas centrada en la celebridad y la fama y una serie de fuerzas centrífugas que estaban destruyendo el papel que desempeñaba la familia en la transmisión de la cultura.

El paciente narcisista, que se había convertido en emblemático –cada vez más– de esta era centrada en el yo, solía experimentar según Lasch «sensaciones de rabia intensa» o de «vacío interior», «fantasías de omnipotencia y una profunda creencia en [su] derecho a explotar a los demás».¹¹⁷ Un paciente así puede ser «caótico» y actuar «llevado por los impulsos», «sentir hambre de admiración, pero desprecio por aquellos a los que manipula para que se la proporcionen», y cierta inclinación a acatar «las normas sociales más por miedo al castigo que por un sentimiento de culpa».

En contraste con Lasch, Tom Wolfe vio la explosión del «mí, mí, mí...» de los setenta como un logro hedonista y feliz: un acto de liberación del sistema de clases cuyo combustible fue el auge económico de la posguerra, que había proporcionado a las clases media y trabajadora tiempo de ocio e ingresos disponibles para dedicarse a todo tipo de actividades vanas, las que en otro tiempo estuvieron reservadas a la aristocracia: «la reinención, remodelación, elevación y pulido» del propio, y glorioso, «yo».¹¹⁸

En materia de economía los tiempos se pondrían mucho más oscuros en el siglo XXI, pero ese egocentrismo que describieron Wolfe y Lasch permanecería como rasgo distintivo y duradero del estilo de vida occidental, de la «década del “mí”», que trascendió la década de los setenta y se ha extendido a la «era del *selfie*» de Kim y Kanye. Las redes sociales contribuirían a acelerar el

ascenso de lo que Tim Wu, profesor de la Facultad de Derecho de Columbia, describió como «el yo que se pavonea» y el afán de «captar la atención de otros con el espectáculo del “yo”». ¹¹⁹

Con esta aceptación de la subjetividad llegó la disminución de la verdad objetiva: la celebración de la opinión sobre el conocimiento, de los sentimientos sobre los hechos. Una situación que reflejaba, y que contribuiría a hacer posible, el ascenso de Trump.

Tres ejemplos. Uno: Trump, al que se acusó de «inflar» sus riquezas, fue interrogado en 2007. Compareció ante un tribunal para responder por su patrimonio y dijo que «dependía»: «Mi patrimonio fluctúa. Sube y baja según los mercados, las actitudes y los sentimientos... incluso los míos». Y añadió que variaba también en función de «su actitud general en el momento en que le hicieran esa pregunta». ¹²⁰

Segundo ejemplo: cuando le preguntaron si cuestionaba a Vladimir Putin respecto a la injerencia rusa en las elecciones, Trump respondió: «Creo que siente que ni él ni Rusia han interferido en las elecciones». ¹²¹

Y el tercer ejemplo: durante la Convención Nacional Republicana de 2016 la presentadora de la CNN Alisyn Camerota preguntó a Newt Gingrich por el discurso de ley y orden de Trump, nativista y oscuro, que daba una imagen errónea de Estados Unidos: un país sometido a la violencia y al crimen. El antiguo portavoz de la Casa Blanca rebatió esa teoría con brusquedad: «Entiendo su punto de vista», dijo Gingrich. «La teoría actual es que los liberales tienen un conjunto de estadísticas que, en teoría, podrían ser correctas, pero los seres humanos no son estadísticas. La gente está asustada: los ciudadanos tienen la sensación de que su Gobierno les ha abandonado». ¹²²

Camerota señaló que las estadísticas sobre delincuencia no eran números de los liberales: las facilitaba el FBI.

Y entonces se produjo el diálogo siguiente:

GINGRICH: Ya, pero lo que yo digo es igualmente cierto: la gente tiene esa sensación.

CAMEROTA: Sí, sí, la tienen, pero los hechos no la avalan.

GINGRICH: Como candidato que soy, me atengo a lo que la gente siente. Le dejo a usted con los teóricos.

La tendencia de los estadounidenses a centrarse en la búsqueda de su «yo», dejando a veces de lado incluso sus responsabilidades cívicas y con una actitud totalmente miope, no es del todo nueva. En *La democracia en América*, escrito más de siglo y medio antes de que la gente empezara a usar Facebook e Instagram para colgar *selfies* y de que Internet nos distribuyera en silos de almas en función de nuestras preferencias, Alexis de Tocqueville ya vio la tendencia de los estadounidenses a reunirse en «pequeñas sociedades privadas, unidos por una similitud de condiciones, hábitos y costumbres», con el fin de «dedicarse a gozar las bondades de la vida privada». ¹²³ Le preocupaba que esa actitud de los estadounidenses, centrados en sí mismos, acabara por erosionar el sentido del deber hacia la comunidad y abriera el camino a una especie de despotismo suave por parte de los gobernantes de la nación: un poder que no tiraniza, pero «comprime, debilita, anula y aturde a la gente» hasta tal punto que las personas quedan reducidas «a poco más que un rebaño de animales tímidos e industriosos, cuyo pastor es el gobierno». Este era uno de los posibles costes de la sociedad materialista, predijo, en la que la gente se preocupa

tanto por conseguir «los placeres mezquinos e insignificantes con los que saturan sus vidas» que dejan de lado sus responsabilidades como ciudadanos; era difícil concebir –escribió Tocqueville– cómo un individuo que «ha abandonado por completo el hábito del autogobierno pueda elegir adecuadamente a quienes le han de gobernar a él».

A mediados del siglo XX la búsqueda de la satisfacción personal eclosionó tanto en el seno de la contracultura como del *establishment*. Antes de Esalen, EST y todos aquellos grupos de encuentro que atrajeron a los hippies y a los que buscaban la llamada New Age dispuestos a abrir su conciencia en los sesenta y los setenta, hubo dos figuras muy influyentes, cuyas doctrinas de autorrealización eran más materialistas y resultaron más atractivas a los políticos y los miembros del Rotary Club que vivían en zonas residenciales de la periferia. Uno de ellos fue Norman Vincent Peale,¹²⁴ autor del *best-seller* de autoayuda *El poder del pensamiento positivo* (1952) y apodado «el vendedor de Dios» por su difusión del evangelio de la prosperidad. Fue muy admirado por el padre de Trump, Fred, y el joven Trump interiorizó las enseñanzas de aquel hombre, mezcla de pastor y celebridad, sobre el desarrollo personal y el poder de la mente para crear su propia realidad. «Cualquier hecho al que nos enfrentemos, por difícil que sea, incluso aunque parezca que no tiene solución, no es tan importante como nuestra actitud hacia ese hecho», escribió Peale, con lo que parecía promover la doctrina de la negación además de la doctrina del éxito. «Un esquema de pensamiento confiado y optimista puede llegar a modificar ese hecho complicado, incluso superarlo.»¹²⁵

Ayn Rand, también admirada por Trump¹²⁶ (*El manantial* es una de las pocas novelas que sigue citando como favorita)¹²⁷ se ganó la fidelidad de varias generaciones de políticos (incluido Paul Ryan, Rand Paul, Ron Paul y Clarence Thomas) con su visión transaccional del mundo, su equilibrio de éxito y virtud y su apego declarado al capitalismo sin restricciones. Su argumento de que el egoísmo es un imperativo moral, de que «el fin más elevado del hombre es la búsqueda de su propia felicidad»,¹²⁸ encaja bien con la visión que tiene Trump del mundo, como un juego de suma cero, y con su narcisismo infinito.

Mientras las turbulencias culturales de los sesenta y los setenta agitaban Occidente, y durante las postrimerías de esas turbulencias, los artistas luchaban por representar una realidad que se fragmentaba. Escritores como John Barth, Donald Barthelme y William Gass crearon ficciones posmodernas y centradas en el yo en las que se daba más importancia a la forma y al lenguaje que al relato convencional. Otros adoptaron un enfoque minimalista y se lanzaron a escribir historias simples y extraordinariamente específicas que emulaban la concisión extrema de Raymond Carver. Y como la búsqueda de verdades más amplias fue perdiendo su atractivo en el ámbito académico y la vida cotidiana empezó a percibirse como algo cada vez más inestable, algunos escritores decidieron poner el foco en las verdades más personales, incluso las más insignificantes. Y se lanzaron a escribir sobre sí mismos.

La realidad estadounidense se había vuelto tan confusa –según escribía Philip Roth en un ensayo ¡de 1961!– que «le hacía a uno sentir vergüenza de su exigua imaginación».¹²⁹ Esto condujo a que «el escritor de ficción apartara su interés de algunos de los fenómenos sociales y

políticos más grandes de nuestro tiempo» y, en el caso de Roth, a centrarse en el mundo del yo, más sencillo de abordar.

En un controvertido ensayo de 1989 Tom Wolfe lamentaba el cauce que habían seguido los acontecimientos: guardaba luto por lo que a él le parecía la desaparición del antiguo realismo de la ficción americana e instaba a los novelistas a «asomar la cabeza y contemplar este país nuestro barroco, estrambótico, salvaje e impredecible como un toro en una cacharrería y reclamarlo como propiedad literaria». ¹³⁰ Él mismo lo intentó en novelas como *La hoguera de las vanidades* o *Todo un hombre*, utilizando su destreza como periodista para mostrar un espectro de subculturas con todo realismo y una capacidad para el detalle digna de Balzac. Pero, aunque Wolfe había sido en los setenta un gran defensor del Nuevo Periodismo (lo que daba nuevo énfasis a la voz y al punto de vista del reportero), su manifiesto no logró tantos adeptos en el mundo literario: escritores tan variopintos como Louise Erdrich, David Mitchell, Don DeLillo, Julian Barnes, Chuck Palahniuk, Gillian Flynn y Lauren Groff jugarían con un sinfín de recursos (múltiples puntos de vista, narradores no fiables, líneas argumentales que se van entrelazando) en los que ya habían sido pioneros, muchas décadas antes, innovadores de la talla de Faulkner, Woolf, Ford Madox Ford y Nabokov, para intentar captar una nueva realidad al estilo Rashomon en la que la subjetividad manda y en la que –en las tristemente célebres palabras del presidente Bill Clinton– «la verdad depende de cuál sea el significado de la palabra “es”». ¹³¹

Pero lo que Roth denominó «el simple hecho del yo, la visión del yo como algo inviolable, poderoso y fresco, el yo como única cosa real que existe en un entorno irreal», ¹³² seguiría siendo el territorio más cómodo para muchos escritores. Y de hecho conduciría, al final del milenio, a un notable florecimiento de la escritura memorialística, donde se inscriben clásicos como *El club de los mentirosos*, de Mary Karr o *Una historia conmovedora, asombrosa y genial*, de Dave Eggers, obras que colocaron a sus autores entre las principales voces de su generación.

El auge memorialístico y la popularidad de los blogs a finales de siglo culminaría en la novela autobiográfica de seis volúmenes escrita por Karl Ove Knausgaard, llena de descripciones minuciosas y detalladísimas extraídas de la vida cotidiana del autor. Por el camino hay, naturalmente, un sinfín de obras donde se ejerce la autoindulgencia y se exagera la propia situación: obras de otros escritores que más valía que se hubieran quedado en los diarios íntimos de sus autores o en sus perfiles en redes sociales. La *reductio ad absurdum* de este nivel de ombliguismo la representa *En mil pedazos*, de James Frey, un *bestseller* que se anunció como libro de memorias, pero que según publicó la web Smoking Gun en enero de 2006 contenía «detalles totalmente inventados o muy maquillados de su supuesta carrera de delincuente, condenas a prisión y su estatus de fugitivo “buscado en tres estados”». ¹³³ Frey, que parece haberse embarcado en este acto de dramatización del yo para hacer de sí una figura más notoria de lo que ya era (supuestamente, de modo que su posterior redención causaría más impresión si se vendía como una historia de redención arquetípica), admitió más tarde que «la mayor parte de lo que se decía» en la web de Smoking Gun «era bastante acertado». ¹³⁴ Para algunos lectores, que se enfadaron porque les habían dado gato por liebre, el libro de Frey era un timo con el que se pisoteaban las cualidades de honradez, autenticidad y candor que su supone que encarnan las memorias, aunque otros lectores ignoraron la diferenciación entre ficción y hechos. Su respuesta

era síntoma de hasta qué punto la gente se había habituado a vivir con las líneas que delimitan la verdad medio borradas.

Al caer en desgracia el concepto de verdad objetiva y quedar en el punto de mira –y rodeado de suspicacias– el de evidencia empírica recogida por la investigación tradicional también se puso muy de moda en el ámbito universitario el testimonio personal. Los escritores académicos empezaron a prologar sus textos con disquisiciones sobre su propio «posicionamiento» en virtud de su raza, religión, género, educación y experiencias personales: en definitiva, cualquier cosa que pudiera contribuir a sesgar o ratificar su análisis. Según contaba Adam Begley en *Lingua Franca* (1994), algunos partidarios de la nueva «crítica del *moi*» comenzaron a escribir autobiografías académicas completas, aduciendo que la moda de la autobiografía se remontaba a los sesenta, a los primeros grupos que intentaron poner de manifiesto la cuestión feminista, y que era una práctica que «ahora se extendía conjuntamente con el multiculturalismo: las noticias sobre las experiencias minoritarias suelen servirse siempre en primera persona del singular. Y lo mismo sucede con los estudios sobre homosexualidad y teoría “*queer*”». ¹³⁵

En su libro *Dedication to Hunger: The Anorexic Aesthetic in Modern Culture* (1996) ¹³⁶ Leslie Heywood utilizó sucesos reales, de su propia vida (sufrió anorexia y vivió una relación humillante con un hombre casado) para extraer analogías entre la anorexia y el modernismo, un enfoque que tuvo el efecto de reducir obras maestras de la literatura como *La tierra baldía*, de T. S. Elliot, a la categoría de estudios de casos dentro de la estética misógina y la gordofobia.

El relato personal, incluso la agenda, se convirtió en biografía. ¹³⁷ Las biografías ya no eran simples crónicas de una vida ajena: se habían transformado en plataformas para el manifiesto filosófico (*Picasso, retrato del artista joven*, de Norman Mailer), la polémica feminista (*Rage and Fire*, de Francine du Plessix Gray, un retrato de Louise Colet, amante de Flaubert) y el ejercicio deconstructivista (*American Monroe: The Making of a Body Politic*, de S. Paige Baty).

Quizás el ejemplo más absurdo de escritura biográfica fue *Dutch: A Memoir of Ronald Reagan*, escrito en 1999 por el biógrafo oficial de Reagan, Edmund Morris. La obra resultó ser una mezcla tipo *ragtime* de realidad y ficción que no dejó indiferente a nadie, con un narrador ficticio veintiocho años mayor que Morris y al que –supuestamente– el futuro presidente había salvado de morir ahogado cuando era muy joven. En lugar de utilizar la extraordinaria posibilidad con la que contaba de acceder a un presidente ya en el cargo y a sus papeles personales, y crear con todo ello un retrato detallado del presidente número cuarenta (o exponer asuntos de gran calado como el asunto Irán-Contra o el final de la Guerra Fría), Morris ofreció a sus lectores una serie de descripciones aburridas que aportaba su narrador inventado con su familia inventada y sus esperanzas y sueños también inventados, al menos en parte. Morris eligió ese enfoque, según sus propias palabras, porque se dio cuenta de que «no entendía lo fundamental» ¹³⁸ del sujeto de su obra (es decir, que abdicó del deber principal de todo biógrafo) y también a causa de sus propias aspiraciones artísticas. «Lo que yo quiero es hacer literatura de Ronald Reagan», declaró. Describió además su empleo del narrador ficticio como «un avance en la honradez biográfica»: algo que recordaba al lector que, al escribir, siempre interviene un elemento subjetivo.

Esta justificación la encontramos también en el razonamiento ventajista de Janet Malcom, que en *La mujer en silencio* (un libro sobre Sylvia Plath y Ted Hughes publicado en 1994 y muy alejado de la imparcialidad) sugería que todos los biógrafos sentían el mismo desprecio que ella por la objetividad y la legitimidad. Una afirmación nada ingenua, dado que no hizo el menor esfuerzo por calibrar o evaluar los datos que incorporó a su libro: se limitó a escribir una larga carta de admiradora a Hughes en la que ensalzaba todos sus talentos literarios, su atractivo físico y su «honradez sin remedio». Escribió sobre la «ternura» que le inspiraba Hughes y cómo al leer una de sus cartas se sintió «llevada por el ritmo del tecleo» a un estado de «intensa conmiseración y afecto por el escritor». ¹³⁹

El argumento posmoderno de que todas las verdades son parciales (y, además, son sólo una función de la perspectiva de cada uno) condujo a otro argumento, vinculado al anterior, de que hay muchas formas legítimas de entender o representar un suceso. Esto fomentó un discurso más igualitario y dio voz a los que habían estado silenciados, pero también lo explotaron los que querían dar relieve a teorías ofensivas o desprestigiadas, o los que querían igualar cosas que no pueden igualarse. Los creacionistas, por ejemplo, pedían que en las escuelas se enseñara el «diseño inteligente» junto a la teoría de la evolución. «Que enseñen ambos», decían unos. ¹⁴⁰ «Que enseñen la controversia», pedían otros. ¹⁴¹

Una variante de este argumento de «las dos versiones» lo empleó el presidente Trump cuando intentó equiparar a los manifestantes que protestaban contra los supremacistas blancos a los neonazis que se habían reunido en Charlottesville, Virginia, para protestar por la retirada de las estatuas de confederados. Había «gente buena en ambas partes», ¹⁴² declaró Trump. Dijo también: «Condenamos en los términos más firmes posibles este magno despliegue de odio, intolerancia y violencia en ambas partes, en todas partes».

Negacionistas del cambio climático, antivacunas y otros grupos que no tienen a la ciencia de su parte difunden frases que no estarían fuera de lugar en una clase universitaria sobre la deconstrucción: frases como «muchas vertientes», «diferentes perspectivas», «falta de certezas», «diversas formas de conocimiento». Como ya demostraron Naomi Oreskes y Erik M. Conway en su libro *Mercaderes de la duda* (2010), ¹⁴³ los laboratorios de ideas de derechas, la industria de combustibles fósiles y otros intereses corporativos que están dispuestos a desacreditar a la ciencia (ya sea en cuanto a la realidad del cambio climático, los riesgos del amianto o de los fumadores pasivos, o la lluvia ácida) han utilizado una estrategia que empleó hace tiempo la industria del tabaco para intentar confundir a la gente en cuanto a los peligros que entraña fumar. «La duda es nuestro producto», rezaba un infame memorándum escrito por un ejecutivo de la industria tabacalera en 1969, «porque es la mejor forma de competir con el conjunto de pruebas que existen ya en el imaginario popular y en la opinión pública». ¹⁴⁴

La estrategia, en esencia, era esta: se escoge a un grupo de personas que se suponen profesionales para que refuten lo establecido por la ciencia o defiendan que hace falta investigar más; luego estos falsos argumentos se convierten en temas de discusión y se repiten una y otra vez, mientras por otro lado se cuestiona la reputación de los verdaderos científicos. ¹⁴⁵ Si esto les

suenan es porque es la táctica que ha empleado Trump –junto a sus aliados republicanos– para defender políticas sobre cuestiones diversas, que van desde el control de armas hasta la construcción de un muro en la frontera y que se oponen tanto a la evaluación de los expertos como a los sondeos realizados a escala nacional.

Lo que Oreskes y Conway llamaron «la estrategia del tabaco»¹⁴⁶ contó con la colaboración de algunos elementos que ocupaban puestos en los medios de comunicación de mayor predicamento, y que tendían a «dar a la opinión de las minorías más credibilidad de la que merecen». Esta falsa equivalencia fue el resultado de un equilibrio algo confuso, siempre buscado por los periodistas que se enfrentan al debate moral entre decir la verdad y buscar la neutralidad con la mayor precisión posible, a las presiones de algunos grupos de derechas para que se ofrezca la opinión de «las dos partes» y a un formato televisivo de noticias que permite mostrar puntos de vista antagónicos aunque una de las partes represente un consenso abrumador y la otra un caso totalmente atípico de la comunidad científica.¹⁴⁷ Por ejemplo, un informe de la BBC Trust realizado en 2011 observó que la cobertura que se da en un informativo a los temas científicos prestaba «una atención indebida a las opiniones marginales»¹⁴⁸ cuando se hablaba de la influencia humana en el cambio climático. O, como decía un titular de *The Telegraph*, «instan al personal de la BBC a que dejen de invitar a raritos a los programas de ciencia».¹⁴⁹

En un discurso sobre la libertad de prensa Christiane Amanpour abordó el asunto en el contexto de la cobertura que daban los medios de comunicación a la carrera presidencial de 2016. Decía así:

Como a muchos de los espectadores que estaban viendo la retransmisión, admito que también a mí me sorprendió mucho que ante un candidato se pusiera un rasero excepcionalmente alto y ante el otro un rasero excepcionalmente bajo. Parecía que los medios de comunicación lo hubieran tenido difícil al intentar que tuvieran cabida varios elementos: equilibrio, objetividad, neutralidad y, sobre todo, verdad.

No podemos perpetuar el antiguo paradigma, por ejemplo, del calentamiento global, donde un 99,9 % de las pruebas y evidencias científicas tienen el mismo peso que la inmensa minoría de los negacionistas.

Hace muchos años aprendí, cuando cubría las limpiezas étnicas y el genocidio de Bosnia, que nunca se puede equiparar a la víctima con el agresor, ni crear una falsa moral ni una equivalencia fáctica, porque entonces seremos cómplices de los crímenes más horribles, y de sus consecuencias.

Yo creo en ser veraz, no en ser neutral. Y creo que tenemos que dejar de banalizar la verdad.¹⁵⁰

La desaparición de la realidad

«¿Deseo intervenir en la cinta de la realidad?
Si es así, ¿por qué?
Porque si puedo controlarla, puedo controlar
la realidad», pensó.

–PHILIP K. DICK,
«La hormiga eléctrica»¹⁵¹

«Surrealista» y «caos» son dos de esas palabras que pronuncian a todas horas los periodistas cuando intentan describir la realidad cotidiana de los Estados Unidos durante la segunda década del nuevo milenio: una época en la que cada día mueren diecinueve jóvenes víctimas de un disparo y su presidente juega a la guerra nuclear con el líder norcoreano, Kim Jong-un.¹⁵² Una época en la que los motores de inteligencia artificial escriben poemas y novelas cortas y en la que cada día es más difícil apreciar la diferencia entre un titular de *The Onion* y otro de la CNN.

La inestable presidencia de Trump representa un cierto tipo de clímax en el proceso de deformación de la realidad, pero la desorientación de la gente –que va en aumento– respecto a la descompensación que existe entre lo que saben que es verdad y lo que les cuentan los políticos, entre el sentido común y el funcionamiento del mundo, se remonta a los años sesenta, cuando la sociedad comenzó a fragmentarse y la narrativa oficial –suministrada por el Gobierno, el sistema o las élites– comenzó a desmoronarse y ese desmoronamiento dio lugar a nuevos ciclos. En 1961 Philip Roth escribió, sobre la realidad estadounidense: «Atonta, asquea, exaspera».¹⁵³ La prensa diaria, se quejaba, «le llena a uno de asombro y de temor reverencial... ¿es eso posible? ¿De verdad está ocurriendo? Y, claro está, también le llena a uno de enfermedad y desesperación. De amaños, escándalos, locuras, traiciones, estupideces, mentiras, devociones, ruido...».

La sensación de Roth de que la realidad superaba a cualquier ficción que pudiera imaginar un escritor (y la existencia, en aquel momento, de figuras a tamaño natural como Richard Nixon y Roy Cohn, que fueron la envidia de cualquier novelista) se verá reproducida, más de medio siglo después, por los autores satíricos y en las novelas de espías de la era Trump. Y su comentario de que los novelistas tenían problemas a la hora de enfrentarse, con cierta imaginación, a un mundo que –según percibían– llevaba a la confusión, explica por qué el periodismo, y muy especialmente lo que Tom Wolfe llamó Nuevo Periodismo, comenzó a eclipsar a la ficción al captar lo que era la vida en los sesenta, como atestiguaba aquella antología de *Esquire* que llevaba el atinado título de *Smiling Through the Apocalypse* y que ofrecía piezas clásicas firmadas por escritores como Norman Mailer, Michael Herr y Gay Talese.

Los políticos siempre han manipulado la realidad, pero la televisión primero e Internet después les han proporcionado una plataforma perfecta para desinformar. Cuando el estratega republicano Lee Atwater observó, en los años ochenta, que «percepción es realidad»,¹⁵⁴ estaba articulando abiertamente un estudio de la psicología humana, algo que Homero conocía bien cuando inmortalizó a Odiseo como un embaucador, artero, experto en la impostura y el engaño. Pero el empleo, a sangre fría,¹⁵⁵ que hace Atwater de ese precepto al utilizar temas polémicos para promover la estrategia del GOP en el Sur –y para crear el infame anuncio de Willie Horton en la campaña presidencial de 1988– inoculó a los políticos estadounidenses de primera línea una alarmante dosis de maquiavelismo que les impulsaba a ganar a toda costa, empleando los medios de comunicación como vehículo de difusión.

Casi tres décadas después Trump colocaría a los inmigrantes en el papel de Willie Horton, y atrasaría el reloj aún más: cambiaría el racismo velado, conocido como racismo «de silbato de perro», por otro más directo, con la retórica de George Wallace. Al mismo tiempo se dio cuenta de que el paisaje que Internet contribuía a crear, y la creciente ignorancia de los votantes respecto a casi cualquier tema, se lo ponía más fácil que nunca para jugar con los miedos y resentimientos de esos votantes y le permitía promover una narrativa pegajosa y viral que serviría en bandeja todo tipo de realidades alternativas. También amplificaba los esfuerzos encaminados a desacreditar a la prensa con sus acusaciones de noticias falsas y sus insultos a los periodistas, a los que llamaba «enemigos del pueblo». Una expresión espeluznante que ya utilizaron Lenin y Stalin.

No fue solo que Trump mintiera a propósito y sin la menor vergüenza: también que esos centenares y centenares de mentiras se juntaron y dieron lugar a unas líneas igualmente falsas que trazaron las vías precisas para llegar hasta los miedos de la gente. Al representar a los Estados Unidos como un país ahogado por la delincuencia (cuando, de hecho, el índice de criminalidad estaba experimentando mínimos históricos, de menos de la mitad de su tasa máxima, alcanzada en 1991),¹⁵⁶ como un país acosado por una oleada tras otra de inmigrantes violentos (cuando, de hecho, los estudios demostraban que es menos probable que cometan un delito un extranjero que un ciudadano nativo estadounidense), como un país que se hunde bajo la carga de los inmigrantes, a los que habría que vigilar mucho más de cerca. Pero la realidad es que treinta y uno de los setenta y ocho Premios Nobel que ha recibido un ciudadano estadounidense a partir del año 2000 han recaído sobre un inmigrante, y los inmigrantes y sus hijos han participado en la fundación de aproximadamente un 70 % de las mayores empresas tecnológicas estadounidenses, valoradas en casi 4 billones de dólares. Esta es, en resumen y según Trump, la nación que vive abrumada por los problemas y necesitada de un salvador.

Mucho antes de entrar en política, Trump ya utilizaba la mentira como herramienta empresarial.¹⁵⁷ Siempre se ha jactado de que la Trump Tower, su edificio más representativo, tiene sesenta y ocho plantas de altura cuando en realidad sólo tiene cincuenta y ocho. También se hizo pasar por un responsable de relaciones públicas llamado John Barron o John Miller, para crear una identidad falsa que promocionara sus logros, los logros de Trump. Mintió para inflar los resultados y se hizo

pasar por otros para hacer negocio y jugar con las expectativas de la gente. Todo era puramente transaccional, porque lo único que le importaba era la venta.

Fue durante muchos años contratista inmobiliario y estrella de la telerrealidad, colocó junto a su nombre todo tipo de etiquetas con absoluta promiscuidad (Trump Hotels, Trump Menswear, Trump Natural Water, Trump University, Trump Steaks, Trump Vodka, Trump Home Collection) y, como los publicistas –y propagandistas– que más éxitos cosechan, entendió que la repetición frecuente de una serie de premisas simples y fáciles de recordar funcionaba a la perfección para grabar su mercancía (y su nombre) en la mente de sus clientes potenciales.¹⁵⁸ Décadas antes de repartir en sus mítines gorras con la inscripción «MAGA» («Make America Great Again») ya se había convertido en experto en poner en escena lo que el historiador Daniel Boorstin definió como «pseudoeventos», es decir, eventos «organizados, planificados o inducidos» básicamente «con el fin inmediato de que se reprodujeran o se hablara de ellos».¹⁵⁹

En *The Image*, el libro que Boorstin publicó en 1962 y que conformaría el trabajo de una miríada de escritores, desde los teóricos franceses como Baudrillard y Guy Debord hasta los críticos sociales como Neil Postman y Douglas Rushkoff, se perfilaba la telerrealidad con increíble precisión, décadas antes de que las Kardashian, los Osbourne o cualquier ama de casa desesperada se pusieran a actuar en el salón de su casa. En ese aspecto la telerrealidad anticipó el ascenso de gente como Donald J. Trump: una celebridad que sólo era famosa, según palabras del propio Boorstin, «por ser muy conocida»,¹⁶⁰ y que incluso dirigiría un programa llamado *The Celebrity Apprentice*.¹⁶¹

Las descripciones que hace Boorstin del empresario decimonónico y el director de circo P. T. Barnum –que abrió en Nueva York un museo de curiosidades lleno de fraudes, como una sirena que resultó estar formada por los restos de un mono que habían unido, cosiéndolos, a una cola de pescado– sonarán sorprendentemente familiares a los lectores de hoy en día: un tipo que se autoproclamó «príncipe del engaño»¹⁶² y cuyo «gran descubrimiento fue ver lo sencillo que resulta engañar al público y, lo que es más, que el público disfruta siendo engañado» mientras contempla un espectáculo.

Así como las imágenes fueron reemplazando a los ideales, escribía Boorstin en *The Image*, la idea de «credibilidad» fue reemplazando a la de verdad.¹⁶³ A la gente cada vez le interesaba menos saber si algo era un hecho veraz: preferían saber «si era conveniente creerlo». Y a medida que la verosimilitud fue ocupando el puesto de la verdad como unidad de medida, «el arte que recibe un reconocimiento social» fue el que hacía que las cosas parecieran verdaderas. No hay duda de que los nuevos amos del universo, a principios de los sesenta, fueron los Mad Men: los publicistas de Madison Avenue.

Baudrillard llevaría más lejos estas observaciones, sugiriendo que en la cultura de hoy, que tiene como centro a los medios, la gente prefiere el «hiperrealismo» (es decir, las realidades simuladas o fabricadas, estilo Disneylandia) al «desierto de lo real», cotidiano y aburrido.¹⁶⁴

Artistas como Jorge Luis Borges, William Gibson, Stanislaw Lem, Philip K. Dick y Federico Fellini, subyugados con temas similares, concibieron historias en las que la frontera entre lo real y

lo virtual, lo verdadero y lo imaginario, lo humano y lo poshumano, se borran, se superponen o se vienen abajo. En su relato «Tlön, Uqbar, Orbis Tertius», Borges describe «una sociedad secreta de astrónomos, biólogos, ingenieros, metafísicos, poetas, químicos, matemáticos, moralistas, pintores y geómetras» que inventan un planeta desconocido llamado Tlön: son ellos los que configuran su geografía, su arquitectura y sus sistemas de pensamiento.¹⁶⁵ Algunos fragmentos de Tlön empiezan a aflorar al mundo real: un artefacto por aquí, una descripción por allá... Alrededor de 1942 todo se acelera. Al final, según aprecia el narrador, las enseñanzas de Tlön se han extendido tanto que la historia que él aprendió de niño ha caído en el olvido y ha sido sustituida por «un pasado ficticio».

Borges trazó un paralelismo directo entre el poder que tienen las ficciones sobre Tlön a la hora de insinuarse en la conciencia humana y el poder que tienen las ideologías políticas nefastas basadas en la mentira, capaces de infectar naciones enteras. Ambos, sugirió, proporcionan una narrativa interna coherente que apela directamente a la necesidad humana de dar sentido al mundo. «La realidad cedió en más de un lugar»,¹⁶⁶ escribió Borges. «Y la verdad es que anhelaba ceder. Hace diez años cualquier sistema simétrico que ofreciera una apariencia de orden –el materialismo dialéctico, el antisemitismo, el nazismo– bastaba para fascinar a los hombres. ¿Por qué no caer bajo el hechizo de Tlön y someterse a la evidencia, amplia y minuciosa, de un planeta ordenado? No hace falta decir que también la realidad es algo ordenado: puede que sea así, pero sólo según las leyes divinas –traduzco: las leyes no humanas– que nunca percibiremos por completo. Tlön puede ser un laberinto, pero es un laberinto trazado por hombres, un laberinto destinado a que los hombres lo descifren.»

Las novelas de Thomas Pynchon exploran temas similares, más relevantes que nunca en un mundo que sufre de una sobredosis de información. Desorientados por una especie de vértigo espiritual, sus caracteres se preguntan si tienen razón los paranoicos al decir que hay conspiraciones malignas y planes ocultos que unen todos los puntos, o si son los nihilistas los que han dado con la solución: no hay señales en el ruido, sólo caos y arbitrariedad. «Y si hay algo reconfortante –algo religioso, si se quiere– en la paranoia, también lo hay en la antiparanoia, donde nada está conectado con nada, una conexión que no muchos de nosotros pueden soportar durante mucho tiempo», escribió en *El arco iris de gravedad*.¹⁶⁷

En un documental de 2016 titulado *HyperNormalisation* el cineasta británico Adam Curtis creó una interpretación de la vida en la era de la posverdad:¹⁶⁸ es expresionista y responde a un montaje. El título (que también parece una alusión a Baudrillard) lo tomó de un término acuñado por el antropólogo Alexei Yurchak para describir la vida en los últimos años de la Unión Soviética, cuando la gente entendía lo absurdo de la propaganda que el Gobierno les había estado vendiendo durante décadas y, al tiempo, tenía grandes dificultades a la hora de concebir una alternativa. En *HyperNormalisation*, que vio la luz poco antes de las elecciones a la presidencia estadounidense de 2016 –en la plataforma iPlayer de la BBC–, Curtis afirma en una narración con voz superpuesta que también los habitantes de Occidente dejaron de creer las historias que los políticos llevaban años contándoles, y Trump se dio cuenta de que «ante un hecho así, uno podía

jugar con la realidad» y, en el proceso, «minar y debilitar aún más todas las formas de poder clásicas».

Algunos aliados de Trump, de extrema derecha, también buscaban redefinir la realidad con arreglo a sus propios términos. Invocando la iconografía de la película *Matrix* –en la que al protagonista se le da a elegir entre dos pastillas, una roja (que representa el conocimiento y la dura verdad de lo real) y otra azul (que representa la ilusión hipnótica y la negación)– los miembros de la derecha alternativa y algunos grupos defensores de los derechos de los hombres agraviados hablaban de «hacer tomar la pastilla roja a los *normies*»,¹⁶⁹ es decir, a la gente que se informa de lo que pasa a través de las redes sociales y llega a creer «la verdad popular». En otras palabras, se trataba de ganar adeptos a su causa, de vender su realidad alternativa: una realidad en la que los blancos sufren la persecución, el multiculturalismo representa una grave amenaza y las mujeres oprimen a los hombres.

Alice Marwick y Rebecca Lewis, autoras de un estudio sobre la desinformación a través de Internet,¹⁷⁰ afirman que «una vez que un grupo “ha tomado la pastilla roja” en un tema determinado, está en situación de aceptar otras ideas extremistas.¹⁷¹ Las culturas virtuales que antes eran relativamente apolíticas están empezando a bullir de odio racial. Algunas comunidades de juegos de ordenador, grupos de fans o aficionados a la ciencia ficción que han aceptado el antifeminismo típico están empezando a abrazar la ideología nacionalista blanca». La iconografía nazi «irónica» y los epítetos insultantes se están convirtiendo en expresiones de antisemitismo que hay que tomarse en serio.

Una de las tácticas utilizadas por la derecha alternativa para difundir sus ideas a través de la red, según dicen Marwick y Lewis, es empezar a expresar puntos de vista extremos, pero diluidos, que sirven de introducción para cortejar a una audiencia más amplia. Entre algunos grupos de jóvenes, afirman las autoras, «se aprecia que el paso que hay entre rechazar la corrección política y culpar a las mujeres, los inmigrantes o los musulmanes de todos sus problemas es sorprendentemente corto».¹⁷²

Muchos memes de contenido misógino o supremacista blanco, añadidos a la cantidad de noticias falsas¹⁷³ del tipo Pizzagate, se originan o adquieren resonancia en sitios web como 4chan o Reddit, antes de acumular en torno a sí el ruido necesario para dar el salto a Facebook o Twitter, donde atraen la atención de más gente, y de gente que no es necesariamente gregaria. Renée DiResta, que estudia las teorías de la conspiración en la web, afirma que Reddit puede ser un banco de pruebas muy interesante incluso para los gobiernos extranjeros, como Rusia: en él se puede probar si funcionan los memes o las noticias falsas, para ver cuánta atención generan.¹⁷⁴

DiResta ya advirtió en primavera de 2016 que los algoritmos de las redes sociales, que dan a la gente información sobre lo que es popular o tendencia y no tanto preciso o importante, están contribuyendo a promover las teorías de la conspiración. Este recurso de los contenidos cortados a medida puede afectar a la forma en que piensa la gente, y empapar los debates públicos sobre política en cuestiones como las vacunas, la zonificación o la fluoración del agua. Parte del problema es la «asimetría de la pasión»¹⁷⁵ que se da en las redes sociales: mientras la mayor parte de la gente no dedica su tiempo a escribir publicaciones que refuercen lo obvio, explica DiResta, «los extremistas apasionados y los “defensores de la verdad” producen cantidades

ingentes de contenidos llevados por su compromiso de “despertar a los borregos».

Los motores de recomendaciones, añade, ayudan a poner en contacto a los teóricos de la conspiración, hasta el punto de que «ya hemos pasado, hace tiempo, el filtro de la “burbuja del partisano” y hemos entrado de lleno en el ámbito de las comunidades cerradas que experimentan su propia realidad y operan con arreglo a sus propios hechos». En este punto, concluye, «Internet ya no sólo refleja la realidad: ahora, la configura».

La cooptación del lenguaje

Sin un lenguaje claro no habrá un estándar para la verdad.¹⁷⁶

–JOHN LE CARRÉ

El lenguaje es al ser humano lo que el agua es a los peces, observó en una ocasión el escritor James Carroll: «Nadamos en el lenguaje. Pensamos inmersos en él. Vivimos en el lenguaje».¹⁷⁷ Este es el motivo por el que Orwell escribió que «el caos político está en conexión con la decadencia del lenguaje»,¹⁷⁸ el divorcio de la palabra y su significado y la apertura de un abismo entre los objetivos declarados de un líder y sus objetivos reales. Y esta es la razón por la que tanto Estados Unidos como el mundo se sienten tan desorientados por la cascada de mentiras vertidas por la Casa Blanca de Trump y por el uso que el presidente hace del lenguaje como instrumento para difundir la desconfianza y la disensión. Y es también la razón por la que, a lo largo de la historia, los regímenes totalitarios siempre se han apropiado del lenguaje cotidiano en su intento de controlar no sólo la manera que tiene la gente de comunicarse, sino su forma de pensar: exactamente igual que el Ministerio de la Verdad¹⁷⁹ en 1984, de Orwell, se propone negar la existencia de la realidad externa y salvaguardar la infalibilidad del Gran Hermano.

La neolengua de Orwell es un idioma ficticio, pero en más de una ocasión refleja –y satiriza– la llamada «lengua de madera»¹⁸⁰ impuesta por las autoridades comunistas de la Unión Soviética y Europa del Este. Entre las características de esa lengua de madera que la intelectual francesa Françoise Thom identificó en un ensayo de 1987, titulado precisamente *La langue de bois*,¹⁸¹ se encontraban la abstracción y el afán de evitar lo concreto, las tautologías («las teorías de Marx son verdaderas porque son correctas»), las malas metáforas («el pulpo fascista ha entonado su canto del cisne») y el maniqueísmo, que divide el mundo en lo bueno y lo malo (en medio no hay nada).

También el Partido Comunista de Mao adoptó un plan de ingeniería lingüística en cuanto subió al poder en China, en 1949.¹⁸² Creó un nuevo vocabulario político, se suprimieron algunas palabras y a otras se les atribuyeron significados nuevos. Y los eslóganes del partido martilleaban en el cerebro de la gente gracias a la constante repetición. Y se hizo entender, a esa gente, cuáles eran las formas «correctas» de hablar y cuáles las «incorrectas», ya fuese para entregar un informe o para participar en una ronda obligatoria de autocrítica.

Uno de los relatos más detallados de la historia sobre cómo afecta el totalitarismo al lenguaje cotidiano lo escribió Victor Klemperer, un lingüista judío alemán de Dresde que sobrevivió a la Segunda Guerra Mundial.¹⁸³ Klemperer llevó una serie de diarios donde escribía sus crónicas de la vida bajo la dominación nazi en Alemania (*Quiero dar testimonio hasta el final. Diarios 1933-*

1945), y escribió un ensayo (*La lengua del Tercer Reich*) sobre cómo empleaban los nazis las palabras, «como si fueran dosis insignificantes de arsénico»,¹⁸⁴ para envenenar y subvertir la cultura alemana desde dentro. El libro es un estudio desgarrador de la forma en que el Reich «penetró en la carne y la sangre de la gente» a través de expresiones idiomáticas y estructuras fraseológicas que se les impusieron con «millones de repeticiones que fueron asumiendo de forma mecánica e inconsciente». Es también un relato de aviso, tan perturbador como *1984*, para otros países y futuras generaciones, que pretende prevenir a la gente sobre la rapidez y la insidia con la que un autócrata puede emplear el lenguaje como si fuera un arma para suprimir el pensamiento crítico, inflamar el fanatismo y secuestrar la democracia.

Klemperer no pensaba que Hitler pudiera compararse a Mussolini dando discursos,¹⁸⁵ y le sorprendió que el líder del nazismo, a quien consideraba un hombre airado, inseguro, dotado de una voz muy molesta y con cierta tendencia a berrear, consiguiera amasar tal cantidad de fieles. Y atribuyó su éxito no tanto a su abyecta ideología como a su capacidad para dejar de lado a los demás políticos e ir directo al pueblo: la palabra «pueblo», *Volk*, se pronunciaba con frecuencia y Hitler se erigió en su voz y su mesías. Las grandes gafas (puro efecto mediático) que lucían Goebbels y él fueron de gran ayuda. «El esplendor de las banderas, los desfiles, las guirnaldas, las fanfarrias y coros» que rodeaban los discursos de Hitler, destaca Klemperer, supusieron una eficaz «estrategia propagandística» que relacionó la imagen del Führer con la grandeza del Estado.

Igual que en la Unión Soviética o en la China maoísta, en la Alemania nazi las palabras sufrieron una siniestra metamorfosis. Klemperer explicaba cómo la palabra *fanatisch* («fanático») pasó de tener una connotación «amenazadora y repulsiva»¹⁸⁶ y a asociarse con la crueldad y la sed de sangre a ser un «epíteto desmesuradamente elogioso», que evocaba la devoción y el valor necesarios para impulsar el Reich. La palabra *kämpferisch* (que significa agresivo, beligerante) también se convirtió en término de elogio, pasando a significar «dotado de admirable asertividad que ejerce a través de la defensa o del ataque». La palabra «sistema», sin embargo, se devaluó, pues se asociaba con la República de Weimar, despreciada por los nazis en la misma medida que los republicanos de derechas de hoy en día desprecian lo que ellos llaman «el Estado profundo».

En 1925 Hitler publicó *Mein Kampf*, y Klemperer dice que el libro «determinó, de manera literal, los rasgos esenciales» de la oratoria y la prosa del nazismo.¹⁸⁷ En 1933 este «lenguaje, propio de una camarilla reducida, se convirtió en el lenguaje del pueblo». Era como si el argot de la derecha alternativa, vamos a suponer, su empleo codificado del lenguaje para identificar a sus compañeros de viaje y sus calumnias raciales y misóginas, se convirtiera en algo generalizado que formara parte de la rutina política y del discurso social.

Klemperer dedicó un capítulo entero a la obsesión de los nazis por los números y los superlativos. Todo tenía que ser lo más y lo mejor. Si un alemán del Tercer Reich iba a cazar elefantes, escribió Klemperer, tendría que dárselas de haber acabado con «los elefantes más grandes del mundo en cantidades inimaginables y con las mejores armas que hubiera sobre la faz de la tierra».¹⁸⁸ Gran parte de las cifras de los nazis, cuando se trataba de soldados enemigos abatidos, prisioneros tomados, audiencia de un discurso radiofónico o asistencia a un mitin, eran tan exageradas que adquirieron lo que Klemperer llamó «la cualidad de un relato fantástico».

Cuenta que en 1942 decía Hitler en el Reichstag que «Napoleón combatió en Rusia a temperaturas de 25 grados bajo cero, pero él, el comandante Hitler, había luchado a 45, incluso a 52 bajo cero». Todas las mentiras, todas las hipérboles –continúa Klemperer– llegaron a un punto en el que «perdieron su significado y prácticamente su eficacia, llevando a la gente a creer en lo contrario de lo que pretendían».

La mendacidad de Trump es tan extrema que las organizaciones de prensa han decidido elaborar listas de las mentiras que ha contado, los insultos que ha proferido y las normas que ha violado, además de contratar verdaderos ejércitos de personas dedicadas a contrastar hechos. Y su descaro ha impulsado a los políticos que le rodean a mentir también con mayor arrogancia que nunca. En el Congreso, por ejemplo: los republicanos mintieron en cuanto a los efectos que tendría su ley tributaria sobre la previsión neta de déficit y seguridad social, del mismo modo que mintieron sobre lo mucho que ayudaría esa medida a la clase media, cuando lo que estaban haciendo, *de facto*, era dar un respiro fiscal a las corporaciones y a las grandes fortunas.

Los ataques de Trump al lenguaje no se reducen a su torrente de embustes: se extienden a su forma de apropiarse de las palabras y los principios intrínsecos al Estado de derecho y contaminarlos con sus planes personales y con el partidismo político. Y con ello ha cambiado el lenguaje de la democracia y sus ideales por el lenguaje de la autocracia. Exige lealtad no a la Constitución de los Estados Unidos, sino a sí mismo, y espera que los miembros del Congreso y la judicatura aplaudan sus políticas y cumplan sus deseos independientemente de lo que ellos consideren que se ajusta mejor a los intereses de los ciudadanos estadounidenses.

Trump ha repetido el perturbador truco de Orwell («LA GUERRA ES PAZ», «LA LIBERTAD ES ESCLAVITUD», «LA IGNORANCIA ES FUERZA»)¹⁸⁹ de utilizar las palabras dotándolas del significado opuesto al que tienen por naturaleza, aunque las frases sean diferentes. No se detiene sólo en el uso de su expresión «*fake news*», noticias falsas, que ha vuelto del revés al emplearla para desacreditar un estilo de periodismo que él considera amenazador o poco lisonjero. A la investigación de las injerencias rusas en las elecciones la llamó «la mayor caza de brujas de la historia política estadounidense»,¹⁹⁰ cuando es él quien ha atacado en más ocasiones a la prensa, al Departamento de Justicia, al FBI, a los servicios de inteligencia y a cualquier institución que, según su punto de vista, le sea hostil.

De hecho, Trump tiene el perverso hábito de acusar a sus oponentes de los pecados que él mismo comete: «Ted el mentiroso», «corrupta Hillary», «el chalado de Bernie».¹⁹¹ Acusó a Clinton de ser «un fanático que ve a la gente de color como meros votos, y no como seres humanos que merecen un futuro mejor», y ha llegado a afirmar que «hubo una conspiración tremenda a costa de los rusos y los demócratas».

En la neolengua de Orwell, en 1984, «negroblanco» tiene «dos significados que se contradicen mutuamente»: ¹⁹² «Si se aplican a un adversario, significa el hábito de afirmar sin pudor que lo negro es blanco, contradiciendo los hechos. Si se aplica a un miembro del Partido, significa leal disposición a decir que lo negro es blanco cuando la disciplina del Partido así lo exige».

También esto ha tenido una resonancia perturbadora en el comportamiento de los miembros de la Casa Blanca de Trump y los republicanos del Congreso, que mienten en nombre del presidente y hacen declaraciones rutinarias que desprecian lo evidente ante los ojos de todos. De hecho, su

Administración se estrenó con una intervención del secretario de Prensa de la Casa Blanca, Sean Spicer, que afirmaba que las multitudes que presenciaron el debut de Trump componían «la mayor audiencia»¹⁹³ jamás vista: una afirmación que desafiaba toda evidencia fotográfica y que PolitiFact calificó de «mentira de libro».

Embustes de este tipo, según ha señalado la periodista Masha Gessen, se dicen por la misma razón por la que las pronuncia Vladimir Putin: «Para ejercer el poder sobre la verdad misma».¹⁹⁴ En el caso de Ucrania, según escribió Gessen a finales de 2016, «Putin insistió en mentir ante la evidencia, clara y convincente, de que todo era al contrario de como era en realidad. Cuando, después, cambió de estrategia, no fue porque lo estuviera admitiendo bajo coacción. Ambas opiniones eran en realidad afirmaciones que profería según le convenía: con orgullo, incluso con tono jactancioso. Juntas formaban un único mensaje: el poder de Putin reside en estar en situación de decir lo que quiere y cuando quiere, independientemente de los hechos. Es presidente de su país y rey de la realidad».

En 1984 el partido y el Gran Hermano tienen otra forma más de ejercer su control de la realidad: manipulan el pasado para que se ajuste a su visión del mundo. «No se trata solo de actualizar constantemente discursos, estadísticas y registros de todo tipo para mostrar que las predicciones del Partido habían sido atinadas en todos los casos: tampoco pueden admitirse cambios en la doctrina ni en la alineación política. Y es que cambiar de opinión, cambiar la política que uno ha diseñado, es confesar una debilidad. Si, por ejemplo, Eurasia o Eastasia (la que quiera que sea) es hoy el enemigo, entonces ese país tiene que haber sido el enemigo siempre. Y si los hechos dicen otra cosa, son los hechos los que han de modificarse. De esta manera la historia se reescribe constantemente.»¹⁹⁵

Consideremos lo siguiente: a los pocos días del nombramiento de Trump se hicieron algunos cambios en los textos sobre cambio climático que había en la página web de la Casa Blanca.¹⁹⁶ Los ecologistas, frenéticos, intentaban descargarse y archivar los datos del Gobierno sobre el clima: les preocupaba que una Administración hostil pudiera destruirlos, perderlos u ocultarlos.¹⁹⁷ Algunos de sus miedos se materializaron en 2017, cuando la EPA anunció que su página web estaba «sufriendo alteraciones que reflejaban la nueva orientación de la agencia», e incluía esta frase propia de Orwell: «Y actualizando el lenguaje para reflejar el enfoque de la nueva dirección».

En las páginas educativas que están bajo el control del Departamento de Energía las frases sobre energías renovables se cambiaron por otras que promovían el uso de combustibles fósiles, y los enlaces al informe sobre el clima que realizó la Administración Obama en 2013, o las referencias a las sesiones de las Naciones Unidas sobre cambio climático, desaparecieron de las webs del Departamento de Estado.

Se informó a los funcionarios del Departamento de Agricultura de que sus publicaciones en redes sociales se someterían a revisión –que llevarían a cabo los administradores– «con el fin de eliminar cualquier referencia a las prioridades políticas y a las iniciativas del anterior Gobierno».¹⁹⁸ Y cuando el Servicio de Parques Nacionales retuiteó una publicación donde se

mostraban imágenes aéreas de la investidura de Trump y se las comparaba con las de la investidura del presidente Obama, se comunicó al departamento digital de la agencia que suspendían temporalmente su uso de Twitter, y el retuit se borró poco después.

Al mismo tiempo, Trump siguió adelante con sus ataques personales contra la lengua inglesa: su incoherencia (sintaxis retorcida, inversión de significados, falta de sinceridad, mala fe y grandilocuencia inflamatoria) es emblema del caos que crea el presidente, al tiempo que se alimenta de él: un instrumento imprescindible en su «kit del mentiroso». Sus entrevistas, sus discursos, leídos en un *teleprompter*, y sus tuits son una confusión selvática de insultos, exclamaciones, fanfarronadas, digresiones, *non sequitur*, calificaciones, exhortaciones e insinuaciones: toda la artillería del matón para intimidar, hacer luz de gas, polarizar y buscar chivos expiatorios.

La precisión de las palabras, al igual que la precisión de los hechos, significa poco para Trump. Esto lo pueden verificar los intérpretes que luchan por traducir su anarquía gramatical. Chuck Todd, presentador de *Meet the Press* en la NBC, observó que después de unas cuantas apariciones –cuando aún era candidato– Trump se recostaba en el asiento y pedía al control que reprodujera en un monitor la parte donde se le veía a él, sin sonido. «Quiere saber qué aspecto tiene todo, y verá toda su intervención sin sonido.»¹⁹⁹

Igual de despreocupado se muestra con la ortografía.²⁰⁰ Ahí está el famoso tuit del «covfefe»: «A pesar de la constante prensa negativa *covfefe*». O cuando calificó la captura de un dron de la marina norteamericana por parte de los chinos de «acto sin presidentes», o escribió un tuit afirmando que se sentía «afilado [*honered* en lugar de *honored*] para servir al gran pueblo americano como presidente número 45 de los Estados Unidos». Los errores tipográficos son más que habituales en Twitter, es cierto, y no representan el aspecto más alarmante de la personalidad tuitero-compulsiva de Trump. Pero son un indicador de su modo de actuar, impulsivo, decidido a vivir el momento y con una absoluta despreocupación por los daños colaterales que pueda ocasionar. Y son errores contagiosos. La Casa Blanca emitió un comunicado en el que hablaba del viaje presidencial de Trump a Israel y donde decía que uno de sus objetivos era «fomentar cualquier posibilidad de que el melocotón [escribieron *peach* en lugar de *peace*, «paz»] fuese duradero». Otros comunicados de la Casa Blanca que se han hecho públicos con errores ortográficos cuentan con nombres de mandatarios mal escritos, como el de Jon Huntsman Jr., a quien Trump había designado como embajador en Rusia, o la primera ministra británica Theresa May. En el cartel oficial de la investidura, con la leyenda: «No hay sueños demasiado grandes, no hay retos demasiado inabarcables» olvidaron una letra, y en las tarjetas donde se convocaba a la primera sesión sobre el Estado de la Unión pusieron «Convocatoria de asistencia a la sesión sobre el Estado de la *Nación*»: tuvieron que volver a imprimirlas. Son fallos suficientemente pequeños, inocuos tal vez, pero sintomáticos de la despreocupación y la incapacidad de la Administración –no tan insignificantes– y su desprecio manifiesto por la precisión, la exactitud y los detalles.

Los tuits de Trump siempre se han considerado declaraciones oficiales del presidente de los Estados Unidos,²⁰¹ y no hay duda de que un día se imprimirán y se publicarán finamente encuadernados y habrá una mano enfundada en guante blanco que los coloque en un anaquele chapado en oro de la biblioteca presidencial. Tanto si son distracciones pensadas para distraer la atención de la investigación a Rusia, las diatribas en flujo de conciencia de un narcisista que necesita llamar la atención o parte de una estrategia deliberada y estudiada para que la gente se aclimate a lo aberrante, los tuits de Trump siempre han tenido consecuencias inmediatas en todo el planeta: han aumentado la tensión nuclear con Corea del Norte, alienado a países y continentes enteros y provocado temblores en el orden establecido tras la Segunda Guerra Mundial. Trump se llevó una buena reprimenda de la primera ministra Theresa May cuando retuiteó un vídeo contra el Islam publicado por el grupo de extrema derecha Britain First que benefició a una ideología del odio hasta entonces minoritaria y marginal, contribuyendo a su promoción.

Sus diatribas contra el periodismo,²⁰² al que sistemáticamente acusa de publicar noticias falsas, han agrandado las grietas que ya existían en cuestiones de libertad de prensa en países como Rusia, China, Turquía y Hungría, donde los reporteros ya estaban trabajando bajo coacción. Los líderes de los regímenes totalitarios las tomaron como licencia para despreciar los informes sobre abusos en materia de derechos humanos y crímenes de guerra en sus propios países. Después de que Amnistía Internacional publicara un informe en el que se decía que casi trece mil prisioneros habían sido ejecutados en una prisión militar a las afueras de Damasco entre 2011 y 2015, el presidente sirio Bashar al-Assad dijo: «En estos tiempos se puede inventar cualquier cosa: vivimos en la era de las noticias falsas». Y en Myanmar, donde el ejército estaba llevando a cabo una horrenda campaña de limpieza étnica contra los rohingya, minoría musulmana perseguida desde hace mucho tiempo, un funcionario del Ministerio de Seguridad del Estado declaró: «No existen los rohingya. Es una noticia falsa.»

Ruth Ben-Ghiat, catedrática de historia y estudios italianos en la Universidad de Nueva York, ha trazado un paralelismo entre el ascenso de Trump y el de Mussolini, y afirma que es típico de las figuras autoritarias poner a prueba «los límites de la tolerancia del público, la prensa y la clase política», y que los tuits incendiarios de Trump y sus comentarios son un intento de «ver hasta dónde son capaces de aguantar los ciudadanos y el GOP, y cuándo dirán “hasta aquí”. Si es que lo dicen».²⁰³

Un ensayo del intelectual italiano Umberto Eco (1995) sobre Mussolini y el «ur-fascismo» arroja cierta luz, cuando se lee en retrospectiva, sobre el lenguaje de Trump y su empleo de los tropos autoritarios. Muchos de los rasgos que Eco define como intrínsecos del fascismo recordarán al lector, de manera ominosa, la demagogia de Trump: la llamada al nacionalismo y el impulso de ese «miedo al diferente» que siente el ser humano, el rechazo de la ciencia y el discurso racional, la invocación de la tradición y el pasado y la tendencia a equiparar desacuerdo con traición.

Más concretamente, Eco dijo que «Mussolini no tenía filosofía alguna: sólo tenía retórica».²⁰⁴ Lo suyo era «un totalitarismo vago, un *collage* de ideas diversas en lo político y en lo filosófico, una colmena de contradicciones». El «ur-fascismo» emplea «un vocabulario empobrecido y una sintaxis elemental», añadió Eco, «para limitar los instrumentos que necesita un razonamiento

crítico y complejo». Además, se dirige siempre «al Pueblo», y no a los ciudadanos o a los individuos. El Pueblo es «una entidad monolítica que expresa la Voluntad Común», cuya interpretación se arroga el líder. El líder, por otra parte, se pone por delante del Parlamento o de la legislación: se considera la Voz del Pueblo. Y si eso nos suena extrañamente familiar es porque Trump, en su convocatoria de la Convención Nacional Republicana, dijo a la audiencia: «Yo estoy con vosotros, que sois el pueblo americano. Yo soy vuestra voz».²⁰⁵

Filtros, silos y tribus

Todos somos islas, y unos a otros nos gritamos mentiras que atraviesan mares de malentendidos.²⁰⁶

–RUDYARD KIPLING, 1890

Poco antes de las elecciones de 2004, el dramaturgo –y devoto liberal– Arthur Miller se preguntaba: «¿Cómo pueden estar las encuestas tan igualadas? ¡Si no conozco a un solo partidario de Bush!».²⁰⁷

Desde entonces las paredes de nuestro silo político no han hecho más que aumentar su altura. La capa aislante de nuestras cámaras de eco es ahora mucho más gruesa. Antes de quedar recluidos en el interior de nuestras burbujas, impermeables y selladas gracias al filtro de las noticias de Facebook y de los datos de búsqueda de Google, ya vivíamos en comunidades segregadas en cuestión de política, cultura, geografía y estilo de vida. Si a eso se añaden las fuentes de información partidistas, como Fox News, Breitbart y Drudge, no nos sorprenderá que el efecto Rashomon haya llegado a nuestras vidas: el terreno común que se extiende entre ciudadanos que pertenecen a partidos políticos antagónicos está mermando a toda velocidad, y el concepto de consenso se está convirtiendo en algo del pasado.

En un sondeo realizado por Pew en 2016 se veía que un 45 % de los republicanos consideraba que las políticas demócratas eran una amenaza para el bienestar de la nación, y un 41 % de los demócratas decía lo mismo de las políticas del GOP.²⁰⁸ Pero el resentimiento va más allá de los desacuerdos políticos: es algo personal. Un 70 % de los demócratas que respondieron a esa encuesta de Pew dijeron que los republicanos son mucho más estrechos de mente que otros ciudadanos estadounidenses, mientras un 47 % de los republicanos afirmó que los demócratas son más inmorales que el resto y un 46 %, que eran más perezosos.

Este gregarismo se está viendo inflamado por los troles rusos que intentan debilitar la democracia estadounidense aumentando las divisiones sociales con noticias falsas y perfiles ficticios en redes sociales, y por el empleo incendiario que el presidente Trump hace de algunos comentarios destinados a disculpar a sus bases y provocar a sus adversarios. Es revelador que el antiguo lema nacional *E pluribus unum* («De entre muchos, uno») haya sido eliminado de las monedas conmemorativas que llevan la efigie de Trump y sustituido por su propio eslogan, «Make America Great Again».²⁰⁹

Estas divisiones, cada vez mayores, que se perciben en el país tienen sólo un par de décadas de vida, según el libro de Bill Bishop *The Big Sort*.²¹⁰ En los años cincuenta, sesenta y setenta – escribe Bishop– las comunidades se iban volviendo cada vez más «políticas», al tiempo que se

producía «una convergencia económica» cuando la prosperidad de Sunbelt se extendió por todo el Sur. Pero en torno a 1980, afirma Bishop, sucedió algo: la gente comenzó a reordenar sus vidas en torno a «sus valores, sus gustos y sus creencias», en cierto modo como reacción frente a la confusión cultural que se asentó después de los sesenta. La gente con títulos universitarios empezó a concentrarse en las ciudades y las zonas rurales se fueron quedando atrás, en el plano económico.

«Como hemos ido perdiendo la confianza en las instituciones tradicionales», escribió Bishop, «las débiles ataduras que proporciona el lugar de trabajo se han revelado insuficientes para cubrir las necesidades de la gente, sobre todo en lo relativo al “sentimiento de pertenencia”».²¹¹ La respuesta de la gente ha sido buscar en los barrios algo que les proporcionara sensación de comunidad, personas afines a ellos: lo han buscado en iglesias, clubs sociales y otras organizaciones. Es una dinámica que se ha desarrollado a la velocidad de la luz gracias a Internet y con las páginas web que se ocupan de suministrar información para un determinado punto de vista o posición ideológica, mediante boletines de noticias de especial interés y a través de las redes sociales, que han contribuido a que la gente se distribuya en silos con intereses comunes. Al final del anterior milenio, escribió Bishop, las divisiones no eran tanto ideológicas como de gustos y valores, pero «al comenzar los partidos a representar un determinado estilo de vida –y al definir el estilo de vida a las comunidades–, todo es susceptible de caer en uno u otro lado: el republicano o el demócrata».²¹² Y «todo» significa no sólo nuestra posición en cuanto a la atención sanitaria, el derecho al voto o el calentamiento global, sino dónde compramos, qué comemos y qué tipo de películas vemos. Un sondeo realizado por Pew en 2017 revelaba que los estadounidenses no se ponen de acuerdo ni siquiera en cuanto al valor de la educación universitaria: un 72 % de los demócratas y de los independientes de corte demócrata dijeron que las escuelas superiores y las universidades tienen un efecto positivo en el país, mientras la mayor parte de los republicanos y afines (58 %) tienen una visión negativa de cualquier institución encargada de la enseñanza superior.²¹³

Sin embargo, el número de personas que hay en el centro –votantes independientes desde el punto de vista político, o personas que ejercen el llamado voto pendular– merman su influencia o, al menos, reciben menos atención de la mayoría de los políticos. En su libro *La Segunda Guerra Civil* el político, veterano y reportero Ronald Brownstein describía cómo tras revisar los datos de la campaña de 2000 los consejeros políticos de George W. Bush decidieron centrarse, para la de 2004, en fortalecer las bases y fomentar la participación entre los republicanos: una estrategia precursora de la que aplicaría Trump posteriormente, de modo implacable. Como dijo a Brownstein un consejero de Bush, «esto no está pensado para ganar la presidencia con el 55 %: esto está pensado para que salga una presidencia que eleve a ley la mayor parte de nuestras propuestas, manteniendo una cuota del cincuenta por ciento más uno en el Congreso».²¹⁴ En 2016 Hillary Clinton tuvo que aceptar que no tendría el voto de la clase trabajadora (un voto con el que sí contó su esposo, Bill) y se centró en las bases.²¹⁵

La uniformidad ideológica ha aumentado con los años. Un informe de Pew publicado en 2014 mostraba que en las dos décadas posteriores a 1994 hubo más demócratas que daban «respuestas uniformemente liberales» a cuestiones de política de inmigración, medioambiente o sobre el papel

que desempeña el Gobierno, mientras la mayoría de los republicanos daban «respuestas uniformemente conservadoras».²¹⁶ Los miembros de ambos partidos cuyas opiniones son más similares –según se apreciaba en el estudio de Pew– «tenían una influencia desproporcionada en el proceso político»: había más probabilidades de que votaran, donaran dinero o se pusieran en contacto con los candidatos elegidos. Y no podemos olvidar la manipulación de votos, que ha favorecido a los republicanos desde que pusieron en marcha una estrategia concertada, tras la elección de Obama en 2008, para recuperar el control de los gobiernos de los estados, que son los encargados de organizar (o reorganizar) los distritos electorales.²¹⁷ Los nuevos distritos, a veces muy mal distribuidos (la tarea se lleva a cabo con la ayuda de un programa informático) dieron a los republicanos una ventaja importante a la hora de llegar a la Casa de Representantes y mantenerse en ella, y propiciaron que esos distritos se inclinaran aún más a la derecha, lo que hizo que muchos funcionarios electos se mostraran reacios a comprometerse con los demócratas una vez que llegaban a Washington, por miedo a unas primarias.

Para muchos de estos partidarios comprometidos el hecho de apoyar a su partido era algo equiparable a ser hinchacérrimo e incondicional de un equipo de la NBA, la MLB o la NFL, algo que forma parte de su propia identidad: su equipo no puede errar en nada. Son capaces –volvemos al terreno político– de odiar una política particular o a un candidato en concreto del mismo modo que un hinchaculpa al entrenador si el equipo juega mal o detesta a un jugador por el que se ha pagado una fortuna y luego no está a la altura, especialmente si la adquisición es fruto de algún arreglo. Se mantienen fieles a sus héroes y desean el dolor y la humillación a sus oponentes.

La polarización del voto en el Congreso refleja esta situación: en 2014, según muestra un informe de Pew, republicanos y demócratas estaban en la colina del Capitolio «a mucha más distancia unos de otros que en cualquier otro momento de la historia moderna».²¹⁸ El informe también resaltaba que la polarización entre funcionarios electos, cada vez mayor, era además «asimétrica, y gran parte de la brecha, también creciente, que había entre los dos partidos, podía atribuirse a un desplazamiento de los republicanos hacia la derecha».

La razón principal de esta asimetría fue la eclosión de los medios de comunicación de derechas. Allá por los noventa Rush Limbaugh demostró que las invectivas incendiarias y el exhibicionismo –dos cosas que Donald Trump aprendió de él– podían proporcionarle una lucrativa audiencia a escala nacional y que, durante décadas, sus leales seguidores (llamados *dittoheads*) repetirían con toda fidelidad cualquier cosa que él dijera, aunque fuese una estupidez. En medio de una diatriba Limbaugh afirmó que «las cuatro esquinas de la decepción son el Gobierno, la academia, la ciencia y la prensa».²¹⁹ También declaró que «los científicos, como llevan una bata blanca, parecen gente uniformada y, por tanto, fiable. Pero son fraudes: están todos comprados y pagados por la izquierda».

En las tres décadas que han transcurrido desde que la FCC (Comisión Federal de Comunicaciones) revocara la llamada Doctrina de Equidad (que obligaba a emisoras de radio y televisión a dedicar parte de su programación a cuestiones importantes del día a día, y a mostrar opiniones contrapuestas en relación con estos asuntos) y en las dos décadas que han pasado desde que Roger Ailes y Rupert Murdoch lanzaran Fox News, los medios de comunicación de derechas han aumentado y han tejido una red solipsística que no cesa de repetir sus propios tropos (los

peligros de la inmigración, la imposibilidad de confiar en los medios de comunicación de masas, los males del «gran Gobierno», etc.) y que ha conseguido incluir muchos debates en la escena nacional gracias a su enorme descaro y a cierto nivel de decibelios.²²⁰ Breitbart News, a la que Steve Bannon describió como «una plataforma para la derecha alternativa», y el Sinclair Broadcast Group, que llega –se estima– al 38 % de los hogares estadounidenses en forma de boletines de noticias locales, han expandido el universo de los medios de comunicación de derechas junto a un sinnúmero de páginas de Internet, canales de YouTube y programas de radio. Gracias a un movimiento digno de una novela de Orwell, Sinclair ha conseguido incluso obligar a los presentadores de noticias locales a leer un mensaje sobre las noticias falsas que formaba parte del guion y que imitaba la retórica del presidente Trump socavando, en consecuencia, el verdadero periodismo.

Muchos de estos canales de información ni siquiera se plantean ofrecer una serie de hechos y datos verificables, sino que intentan convertir lo que el presentador de un programa de entrevistas llama «contenidos basados en la verdad»²²¹ en un discurso precocinado y cortado a su medida, y que ratifica las creencias ya instaladas en los espectadores o despierta sus peores temores.

En los últimos tiempos, según ha apuntado el locutor de radio Charlie Sykes, conservador, los medios de comunicación conservadores han creado una «burbuja de realidad alternativa que ha destruido nuestra inmunidad frente a las noticias falsas, al tiempo que han dado poderes a lo peor y lo más insensato de la derecha».²²²

Un estudio de Harvard realizado en 2017 con más de 1.250.000 relatos publicados en Internet entre el 1 de abril de 2015 y el día de las elecciones de noviembre de 2016 concluía que la audiencia que era partidaria de Trump confiaba sin fisuras en esa «comunidad aislada de conocimiento que utiliza las redes sociales como arteria para la difusión de una perspectiva hiperpartidista del mundo»²²³ y refuerza la opinión generalizada y compartida por muchos usuarios, al tiempo que les predispone en contra del periodismo clásico, que podría suponer un riesgo para sus ideas preconcebidas. El resultado ha sido un entorno en el que el presidente puede aludir a un suceso terrorista que se ha producido en Suecia, pero que nunca ha tenido lugar, o un asesor del presidente hacer referencia a una «masacre de Bowling Green» que no se ha producido.

Con un panorama en que la política tribal domina cada vez más los programas de republicanos y demócratas, los candidatos se afanan en asegurar la base de su partido durante el proceso de primarias. Ahora, gran parte de la base republicana reacciona al momento con una negación instintiva cuando surgen temas como la violencia y las armas, el Obamacare o el calentamiento global. Poco importan las estadísticas, los análisis de expertos o los estudios fundamentados de investigación, llevados a cabo por la universidad o el Gobierno y que, en muchos casos, les benefician: gran parte de los partidarios más acérrimos de Trump desprecian esas pruebas por tratarse de programas del Estado profundo o políticas liberales que no son de fiar. Porque los partidarios, la lealtad al partido y la política tribal importan más que los hechos, la moral y la decencia: recordemos a los republicanos que apoyaron al candidato al Senado Roy Moore, acusado de abusos sexuales a chicas adolescentes, o los partidarios de Trump que abuchearon a

John McCain, auténtico héroe de guerra, y sus crueles afirmaciones: que Dios le había castigado con un cáncer por enfrentarse a Trump.²²⁴

Como escribió el periodista Andrew Sullivan, «las clasificaciones, perdurables y complejas, que nos dividen por ideología, geografía, partido político, clase social, religión y raza, han mutado: se han convertido en algo mucho más profundo y más simple de delimitar y, por tanto, mucho más ominoso»: ²²⁵ no se trata ya de una simple polarización política, sino de la fractura de un país en «dos tribus uniformes, terriblemente igualadas en cuanto a poder político, que luchan no sólo por que su propia facción avance, sino por provocar, condenar y aplastar al otro».

Hay varias teorías sobre la mesa que explican ese sesgo de la confirmación: por qué la gente corre a buscar la información que apoya aquello en lo que cree, mientras rechaza la información que pone su opinión en entredicho. Entre las explicaciones que dan: que las primeras impresiones son difíciles de desechar, que existe un instinto básico que nos impulsa a defender nuestro terreno, que tendemos a dar una respuesta emocional, y no intelectual, cuando nos sentimos intimidados y que, en general, no estamos dispuestos a examinar todas las pruebas con atención.²²⁶

Las dinámicas de grupo no hacen más que exagerar estas tendencias, según observa el autor y jurista Cass Sunstein en su libro *Going to Extremes*: la estrechez de miras suele llevar aparejada una adquisición limitada de información (información que suele centrarse en reforzar las opiniones ya existentes) y esconder un deseo de aprobación por parte de una comunidad afin. Y si el líder del grupo «no fomenta la disensión y se inclina hacia una conclusión identificable, es muy probable que el grupo en su totalidad se incline por esa conclusión».²²⁷

Una vez que el grupo queda aislado, desde el punto de vista psicológico, «la información y las opiniones de los que han quedado fuera ya pueden desacreditarse: a partir de ahí, nada perturbará el proceso de polarización cuando los miembros del grupo continúen hablando».²²⁸ De hecho, los grupos formados por personas que opinan igual pueden convertirse en caldo de cultivo de movimientos extremistas. «Los terroristas no nacen, se hacen», observa Sunstein, «y las redes terroristas suelen operar precisamente de esa manera. En consecuencia, pueden impulsar a gente corriente a cometer actos violentos».

Charlie Sykes decidió dejar su popular programa de radio a finales de 2016. La política se había convertido en «un coto tribal binario»,²²⁹ señaló, en el que los votantes «toleran el comportamiento excéntrico, la falta de honestidad, la crudeza y la crueldad sólo porque lo del otro lado es aún peor». Lo que sus oyentes no toleraron fue su actitud crítica frente a Trump ni su afirmación de que aquellas absurdas teorías conspiratorias sobre Hillary Clinton y Barack Obama eran probadamente falsas. Sus oyentes se habían acostumbrado a rechazar las fuentes oficiales de noticias y, por ende, los hechos desnudos.

En 2017 escribió en su libro *How the Right Lost Its Mind*: «En la nueva cultura informativa de la derecha la información simple ha perdido su poder de penetración; las meteduras de pata y los escándalos pueden eliminarse, ignorarse o darse la vuelta; es posible lanzar un contradiscurso. Trump ha demostrado que un candidato puede ser inmune al discurso, a las críticas y a la obligación de comprobar los hechos de la prensa tradicional».²³⁰

Tocaron a su fin los tiempos, anteriores a la televisión por cable, en que la mayoría de la gente se informaba a través de una de las tres cadenas de televisión y veía muchos de los programas que emitían esas mismas cadenas, como *All in the Family* o *The Mary Tyler Moore Show*. Las nuevas entregas de *Star Wars* y la Super Bowl son los únicos acontecimientos que todavía acaparan una audiencia que supera las barreras demográficas.

En cuanto a las noticias, un entorno periodístico cada vez más fragmentado ofrece sitios web y publicaciones destinadas a nichos de audiencia que van desde el rojo más rojo hasta el azul más azul. Facebook, Twitter, YouTube y muchas otras webs emplean algoritmos que personalizan la información que vemos, y que se corta a medida tomando como base los datos que previamente han ido recogiendo sobre nosotros.

Como escribió la activista de Internet Eli Pariser en su libro *El filtro burbuja*, «según proporciona Google la información, a la medida de cada uno, una pregunta sobre las “células madre” puede ofrecer resultados diametralmente opuestos para científicos que apoyan la investigación en materia de células madre y para los que se oponen a ella. Y si tecleamos “Pruebas de que existe el cambio climático” los resultados serán diferentes para un activista de la ecología que para el ejecutivo de una petrolera. En los sondeos, la inmensa mayoría de nosotros asumirá que los motores de búsqueda son imparciales. Pero eso se debe sólo a que cada vez están más sesgados: sesgados para ajustarse a nuestra propia opinión. Cada vez más, el monitor de nuestro ordenador es una especie de espejo que refleja nuestros propios intereses, mientras los que observan los algoritmos miran dónde hacemos clic».²³¹

Como las redes sociales nos dan una información que busca únicamente afianzar nuestra visión del mundo –lo que Pariser llama «el bucle infinito del “tú”»–,²³² las personas vivimos en silos de contenidos cada vez más angostos y, en consecuencia, en jardines de pensamiento cada vez más reducidos. Y ese es uno de los motivos principales por los que liberales y conservadores, demócratas y republicanos, cada vez encuentran más complicado ponerse de acuerdo en cuanto a los hechos y por qué la sensación de realidad es, cada vez, más escurridiza para ambos. Y también contribuye a explicar por qué las élites de Nueva York y Washington –incluidos los directores de la campaña de Clinton y la mayor parte de la prensa– se quedaron tan pasmados cuando Trump ganó las elecciones de 2016.

«Si son los algoritmos los que van a curar este mundo nuestro», advirtió Pariser en una charla TED celebrada en 2011, «si van a decidir qué vamos a ver y qué no vamos a ver, lo que tendremos que garantizar es que esos algoritmos no se vinculan solo a la relevancia, sino que nos muestran cosas incómodas, importantes o que suponen un reto: en definitiva, otros puntos de vista».²³³

Déficit de atención

Si de verdad quieres saber cómo funcionan las cosas, estúdialas cuando están empezando a estropearse.²³⁴

–WILLIAM GIBSON, *Zero History*

La tecnología ha demostrado ser un acelerante altamente inflamable para difundir noticias falsas y debilitar la fe en la objetividad: cada vez somos más conscientes de que existe un lado oscuro de lo que se concibió, en origen, como un catalizador para transformar la innovación.

Tim Berners-Lee, que en 1989 presentó una propuesta de lo que acabaría convirtiéndose en la llamada World Wide Web, imaginó un sistema universal de información que, sobrepasando las fronteras del idioma y el país, permitiría conectar a las personas para compartir información, lo que permitiría resolver problemas y desarrollar la creatividad de un modo inusitado. Una especie de versión benévola de la biblioteca infinita de Borges, donde todo existía ya, pero con una mejora: aquí la información podría recuperarse para darle un uso práctico e imaginativo.²³⁵

«El ascenso de la web fue uno de esos casos poco habituales en que aprendimos cosas nuevas y positivas del potencial humano», escribió Jaron Lanier en su libro *You Are Not a Gadget*.²³⁶ «Quién hubiera esperado (al menos en los primeros tiempos) que millones de personas fueran a empeñar tantísimo esfuerzo en un proyecto que no tenía publicidad, ni un objetivo comercial, ni la amenaza de un castigo, ni figuras carismáticas, políticas identitarias, explotación del miedo a la muerte o cualquier otro de los motivos que impulsan a la humanidad a actuar. La gente se lanzó – en cifras respetables– a un proyecto cooperativo únicamente porque parecía una buena idea y era hermoso.»

En el corazón de esa empresa colectiva de los primeros tiempos, comentaba Lanier, había «una ingenua confianza en la naturaleza humana. Creímos que dando poder al individuo el resultado sería que se haría más bien que mal. Pero el derrotero que ha seguido Internet a partir de entonces ha sido de clara perversión.»

Esa misma red que ha democratizado la información, que ha obligado a los gobiernos (a algunos, al menos) a ser más transparentes y que ha puesto en manos de la gente –desde disidentes políticos a científicos o médicos– las herramientas necesarias para entrar en conexión con otras personas, tiene un potencial que pueden aprovechar ciertos agentes del mal para difundir información inadecuada o desinformación, crueldad y prejuicios. Eso hemos aprendido. La baza del anonimato en Internet ha disparado una falta de fiabilidad que ha llegado a ser tóxica, además de fortalecer a troles y acosadores. Las compañías gigantescas de Silicon Valley han estado recogiendo datos sobre los usuarios a unos niveles propios de la NSA. Y la explosión del uso de

Internet ha amplificado, también, muchas dinámicas que ya estaban en el terreno de juego de la cultura contemporánea: desde el egocentrismo de las generaciones del «yo» y el *selfie* hasta el aislamiento de la gente en su propio silo ideológico y la relativización de la verdad.

El desmesurado volumen de datos que circula por la red permite a la gente ir escogiendo hechos, medias verdades o, directamente, mentiras que permitan consolidar su punto de vista, con lo que tanto los expertos como los aficionados se animan a buscar materiales que avalen sus teorías en lugar de estudiar la evidencia empírica para llegar a una conclusión racional. Como escribió Nicholas Carr, que fuera editor en jefe de la *Harvard Business Review*, en su libro *Superficiales: ¿Qué está haciendo Internet con nuestras mentes?*, «cuando buscamos en la red no vemos el bosque. Ni siquiera vemos los árboles. No vemos más que ramas y hojas».²³⁷

En la red, donde un clic lo es todo, donde entretenimiento y noticia ya no están separados por una frontera clara, todo material que resulte sensacionalista, extravagante o escandaloso sube al primer puesto, rodeado de comentarios que apelan con enorme cinismo a nuestro cerebro reptiliano y a nuestras emociones más primitivas, como el miedo, el odio o la ira.

En esta era de distracciones nerviosas y sobredosis de información la atención es el producto máspreciado en Internet. Y como observó el profesor de derecho Tim Wu en su libro *The Attention Merchants*, quienes controlan las páginas web aprendieron poco a poco, a comienzos de la década de 2010, cómo hacer que los contenidos se hagan constantemente virales: «Las ansias de compartir se despertaban gracias a un espectro de emociones “de alta actividad”, como el temor reverencial, la indignación y la ansiedad».²³⁸

Decía Wu que en 2015 Internet —que había sido «un terreno común que fomentaba las excentricidades de los aficionados en cualquier área de interés»—²³⁹ fue invadida por «la basura comercial, que se dirigió sobre todo a los impulsos más bajos del género humano, como el voyeurismo y la excitación sexual». Había «amplias áreas oscuras», como «los dominios de los listículos y su alto poder de persuasión, o las no-historias de las celebridades», que se concebían «sin más propósito que el de mantener al público constantemente haciendo clic, sin pensar, sobre un enlace: lo compartían y transmitían como si de un mal catarro se tratara, acompañado de los anuncios publicitarios que llevaba incrustados».

Al comienzo del nuevo milenio, al caer en picado la confianza de la gente en los medios de comunicación (como parte de un ambiente de desconfianza cada vez mayor en las instituciones y en la figura del guardabarreras en los medios informativos, además de un esfuerzo orquestado por la derecha para desacreditar a la prensa clásica), cada vez más gente empezó a informarse a través de Facebook, Twitter y otras fuentes digitales: en 2017 dos tercios de la población estadounidense dijeron que al menos parte de las noticias que les llegaban lo hacían a través de las redes sociales.²⁴⁰ Esta costumbre de tomar como base a la familia, los amigos, Facebook y Twitter para informarse acabó alimentando al monstruo insaciable de las noticias falsas.

La cuestión de las noticias falsas no es nueva, desde luego:²⁴¹ la cobertura de la prensa sensacionalista contribuyó a aumentar el apoyo de los estadounidenses a la guerra de Cuba y Julio César vendió su conquista de la Galia como si fuera una acción preventiva. Pero Internet y las

redes sociales dan cabida a los rumores, las especulaciones y las mentiras, que luego se propagan por el mundo en cuestión de segundos: como las absurdas historias del Pizzagate y el cuento, sin fundamento alguno, de que el hombre que había detrás de la masacre de cincuenta y ocho personas en Las Vegas en octubre de 2017 era un liberal anti-Trump seguidor de MoveOn.org y que se había convertido al islamismo no hacía mucho.²⁴²

Durante los últimos tres meses de la campaña presidencial de 2016, según informaba *BuzzFeed News*, las historias sobre noticias falsas relativas a las elecciones «que mejor funcionaron» generaron más lectores que los artículos destacados de periódicos o cadenas informativas con tradición, como *The New York Times*, *The Washington Post*, NBC News o *The Huffington Post*. De las veinte historias falsas que se lanzaron, todas, excepto tres, eran pro-Trump o anti-Hillary Clinton, incluida una que decía que Clinton había vendido armas al ISIS y otra que afirmaba que el Papa había apoyado a Trump.²⁴³ Un estudio realizado por el Internet Institute, de la Universidad de Oxford, descubrió que en Twitter había una red de partidarios de Trump que difundía más noticias falsas que cualquier otro grupo político de los que se incluyeron en el muestreo.²⁴⁴ Y un análisis realizado en 2018 por *Politico* advirtió que los votantes localizados en los llamados «desiertos de información» —esos lugares con una tasa muy baja de suscriptores a periódicos o boletines de noticias— se inclinaban por Trump en número superior a los votantes de zonas donde había medios de comunicación independientes, que estaban en situación de contrastar sus afirmaciones.

Como el papel que habían desempeñado las redes sociales difundiendo noticias falsas y permitiendo las injerencias rusas en las elecciones de 2016 fue quedando cada vez más patente, algunas personas de Silicon Valley que tenían información privilegiada experimentaron una especie de crisis existencial. Les preocupaba que aquellas herramientas mágicas que habían contribuido a crear se convirtieran en monstruos como Frankenstein. Pierre Omidyar, fundador de eBay, escribió que «la monetización y la manipulación de la información nos está destruyendo»,²⁴⁵ y encargó un libro blanco que estudiara el efecto que las redes sociales ejercen sobre la fiabilidad y la confianza en nuestra democracia.

«El sistema se viene abajo», declaró Tim Berners-Lee. Afirmó también que él seguía siendo optimista, «pero un optimista que está colgado de una valla en lo alto de una colina con una fuerte tormenta azotándole en la cara».²⁴⁶

En un apasionado ensayo Roger McNamee, uno de los primeros que invirtieron en Facebook, dijo que la manipulación que los rusos habían hecho de Facebook, Twitter, Google y otras plataformas para intentar desvirtuar los resultados de las elecciones presidenciales de 2016 en EE.UU. y del referéndum del Brexit no era más que la punta del iceberg: como no se acometieran cambios estructurales, avisó, esas plataformas se verían manipuladas en posteriores ocasiones y «el nivel del discurso político, que ya está en las alcantarillas», empeoraría aún más.²⁴⁷

Los problemas tenían su origen, según afirmaba McNamee, en los algoritmos que plataformas como Facebook emplean para aumentar la permanencia del usuario. Cuanto más tiempo pasan los usuarios en la plataforma, más anuncios vende una compañía y más beneficios tiene. Aumentando ese tiempo de permanencia es posible «captar los datos del usuario, analizarlos y utilizarlos para predecir qué le hará reaccionar con más intensidad. Y a continuación, darle más de lo mismo.»

Esto no sólo provoca la formación de filtros burbuja que mantienen a una persona dentro de un silo sellado donde todos piensan como ella: también favorece los mensajes simplistas y provocativos. Las teorías de la conspiración se vuelven virales con mucha facilidad en las redes sociales. Y lo mismo hacen los mensajes políticos más simples, con ínfulas de soflama (como los que se redactaron para la campaña de Trump o para el partido Vote Leave en Gran Bretaña), que apelan a los instintos más básicos, como el miedo a los inmigrantes o la ira por los empleos que se destruyen. Estos mensajes populistas, según afirman los historiadores, tienden a ganar inercia en épocas de incertidumbre económica (como las postrimerías de la crisis financieras de 2008 y la desigualdad de salarios, cada vez mayor) y de cambios sociales y culturales (como la globalización y la innovación tecnológica).

El mensaje de Trump, impulsado por el odio, estaba prácticamente cortado a medida de los algoritmos de las redes sociales. Steve Bannon dijo al periodista Michael Lewis que Trump no sólo era un hombre airado, también tenía una capacidad inusitada para azuzar la ira ajena: «Nos eligieron con consignas que hablaban de “drenar la ciénaga” o “construir un muro”, que gritaban “¡Que la encierren! [a Hillary Clinton]”. Esto es pura ira. Ira y miedo, que es lo que empuja a la gente a las urnas».²⁴⁸

Al mismo tiempo la campaña de Trump hizo un uso astuto y maquiavélico de las redes sociales y de las herramientas de *big data*, empleando información de Facebook y Cambridge Analytica (una empresa de ciencia de datos de la que es accionista Robert Mercer, partidario de Trump e inversor de Breitbart, que se vanagloria de su capacidad para establecer el perfil psicológico de millones de votantes) para diseñar su programa propagandístico y planear las paradas de la campaña de Trump.²⁴⁹

Facebook reveló que Cambridge Analytica pudo haber compartido, de manera ilícita, los datos de hasta 87 millones de personas. Utilizó, además, esa información para crear herramientas diseñadas para predecir el comportamiento de los votantes e influir en él.²⁵⁰ Un antiguo empleado de Cambridge Analytica dijo que Steve Bannon supervisó una campaña para persuadir a los votantes en la que se identificaron y pusieron a prueba mensajes antisistema que hablaban de «drenar la ciénaga» y «Estado profundo».²⁵¹

El director de la campaña de Trump para el ámbito digital, Brad Parscale, relató cómo utilizaron las herramientas publicitarias de Facebook para llegar con precisión quirúrgica a posibles partidarios: anuncios personalizados –entre cincuenta mil y sesenta mil al día– y cambios continuos en el lenguaje, los gráficos e incluso los colores, todo ello para obtener una respuesta favorable.²⁵²

La campaña utilizó también los llamados *dark posts*, publicaciones que sólo puede ver el destinatario, y lanzó tres operaciones para supresión de votantes, según declaró un director de campaña en *Bloomberg Businessweek*: una se dirigió a los votantes de Bernie Sanders, otra a mujeres jóvenes (que, según pensó el director de campaña, podrían sentirse ofendidas si se les recordaban los flirteos de Bill Clinton... cosa extraña, por otra parte, dados los escándalos del propio Trump con las mujeres) y otro a votantes afroamericanos que, según pensó quien diseñó la campaña, podrían no votar por Clinton si se les recordaba el empleo que había hecho la candidata de la expresión «superdepredadores» en 1996, en referencia a la iniciativa antidelincuencia que

había puesto en marcha su marido.²⁵³

Los principales manipuladores de las redes sociales en las elecciones de 2016 fueron, naturalmente, los rusos: su objetivo a largo plazo –erosionar la fe de los votantes en la democracia y en el sistema electoral– encajaba perfectamente con su objetivo a corto plazo, que era inclinar la balanza hacia Trump.²⁵⁴ Las agencias de inteligencia estadounidenses concluyeron también que los hackers rusos habían robado mensajes de correo electrónico al Comité Nacional Demócrata que posteriormente entregaron a WikiLeaks. Todas estas tramas formaban parte de un plan orquestado por el Kremlin que se intensificó tras la reelección de Putin en 2012 y que pretendía emplear medios asimétricos, no militares, para lograr sus objetivos de debilitar a la Unión Europea y a la OTAN y minar la fe en la globalización y el liberalismo democrático de Occidente. Para conseguir esos objetivos Rusia ha estado apoyando a los partidos populistas de toda Europa –como el Frente Nacional de Marine Le Pen, de extrema derecha– y ha interferido en las elecciones de al menos diecinueve países europeos en los últimos años. Y continúa fomentando campañas de desinformación a través de medios informativos como Sputnik y RT.

En el caso de las elecciones americanas Facebook informó al Congreso de que entre junio de 2015 y agosto de 2017 los agentes rusos habían publicado unas ochenta mil entradas en la red social, que podrían haber visto unos 126 millones de estadounidenses.²⁵⁵ Esa cifra es más de la mitad del número de personas que se han registrado para votar en todo el país. Algunas de esas publicaciones rusas intentaban, activamente, promocionar a Trump o perjudicar a Clinton; otras simplemente buscaban agrandar aún más las divisiones ya existentes en la sociedad americana en cuestiones como la raza, la inmigración y el derecho a llevar armas. Un ejemplo: había una publicación de un grupo falso, llamado South United, que exhibía una bandera confederada y llamaba «al Sur a levantarse de nuevo». Otra, de otro grupo falso llamado Blacktivist, rendía tributo a los Panteras Negras. Y un anuncio de Facebook que rezaba «Secured Borders» (fronteras protegidas) mostraba un cartel que decía: «No se admiten invasores».

«La estrategia consiste en hallar una grieta en nuestra sociedad y convertirla en una sima», dijo el senador Angus King de Maine durante una sesión del Comité de Inteligencia del Senado sobre las injerencias rusas en el proceso electoral.²⁵⁶

Varias publicaciones detectaron que el motor de recomendaciones de YouTube parecía dirigir a los espectadores hacia contenidos divisivos, sensacionalistas y centrados en la conspiración.²⁵⁷ Twitter advirtió que más de cincuenta mil cuentas relacionadas con Rusia estaban publicando entradas sobre las elecciones de 2016. Un informe de la Universidad de Oxford exponía que durante la carrera electoral el número de enlaces de Twitter con «historias sobre Rusia, enlaces no verificados o irrelevantes a páginas de WikiLeaks o noticias-basura» superaba en número a los enlaces que llevaban a noticias contrastadas, publicadas por profesionales. El informe decía asimismo que «los niveles medios de desinformación eran más altos en los estados pendulares», como Florida, Carolina del Norte y Virginia, que en estados sin oposición.

Los rusos se habían vuelto proclives no sólo a generar noticias falsas, sino a inventar ciudadanos estadounidenses falsos que comentaban esas noticias falsas y se unían a los grupos de

estadounidenses falsos.²⁵⁸ El empleado de una fábrica de troles de Rusia, de nombre Vitaly Bespalow, que trabajaba en una fábrica de propaganda de San Petersburgo llamada The Internet Research Agency, dijo a NBC News que el trabajo era «un tióvivo de mentiras». Los empleados de la primera planta escribían noticias falsas haciendo referencia a entradas de un blog que escribían los empleados de la tercera planta, y sus colegas comentaban esas noticias con nombres falsos y las difundían en otras redes sociales. Según las fuentes de la inteligencia estadounidense algunas cuentas del IRA habían estado produciendo propaganda prorrusa sobre la cuestión de Ucrania, pero se pasaron al mensaje pro-Trump en diciembre de 2015.

Cuando antes de las elecciones salió a la luz la cinta de *Access Hollywood* en la que aparecía Trump hablando de toquetear a las mujeres, los agentes rusos de Twitter se lanzaron al rescate, poniendo a caldo a los medios de comunicación tradicionales e intentando volver a centrar la atención de todos en los correos perniciosos de la campaña de Clinton que habían hackeado al jefe de la campaña, John Podesta.²⁵⁹ Este tipo de apoyo a Trump continuó después de que ocupara la Casa Blanca: las cuentas de Twitter favorables al Kremlin intentaron generar malestar con asuntos como la controversia de los jugadores de la NFL que se ponían de rodillas al comienzo de los partidos, pero a finales de 2017 estas cuentas rusas parecían haberse centrado en minar al consejero Robert Mueller y su investigación de las injerencias rusas en las elecciones.

Rusia también parece haber entrado en el debate estadounidense sobre la decisión de la Administración Trump de revocar la neutralidad de la red,²⁶⁰ una decisión a la que se oponía el 83 % de los norteamericanos, según una encuesta realizada poco antes de que la FCC votara la derogación de las normas de la era Obama, que obligaban a los proveedores de Internet a tratar con equidad todo el tráfico de la red. Antes de anunciar su decisión la FCC había declarado que le parecería bien contar con todo tipo de opiniones públicas sobre el tema, pero resultó que muchos de los comentarios que recibió eran falsos o estaban duplicados. Un estudio demostraba que 444.938 comentarios procedían de direcciones de correo electrónico de Rusia, y más de 7.750 millones de comentarios venían de dominios de correo asociados a FakeMailGenerator.com, y contenían textos prácticamente idénticos.

Partidos políticos y gobiernos de países como Rusia, Turquía e Irán utilizan fábricas de troles y ejércitos de bots para difundir propaganda, acosar a los disidentes, llenar las redes sociales de desinformación y crear una ilusión de popularidad o de ímpetu con sus «me gusta», «compartir» o «retuitear». Un estudio de la Universidad de Oxford destacaba: «A veces, cuando los partidos políticos o las redes sociales recurren a la manipulación como parte de su estrategia de campaña, estas tácticas continúan una vez que acceden al poder. Por ejemplo, en Filipinas: muchos de los llamados “troles de teclado” contratados para difundir propaganda del candidato a presidente, Duterte, durante las elecciones, continúan difundiendo y amplificando los mensajes destinados a apoyar sus medidas políticas ahora que está en el poder».²⁶¹

El empleo de bots para manipular la opinión pública es sólo uno de los factores examinados por el informe del Omidyar Group sobre el efecto de las redes sociales en el discurso público.²⁶² Además de aumentar la polarización, concluía el informe, las redes sociales tienden a minar la

confianza en las instituciones y reducen las posibilidades de que se dé un debate o tengan lugar discusiones que resultan esenciales para la democracia. Los anuncios microfocalizados en redes sociales y los algoritmos diseñados para personalizar el canal de noticias de una persona hacen que desaparezcan las distinciones entre lo popular y lo verificable, y hacen que la gente tenga más dificultades a la hora de tomar parte en una conversación.

Y parece que todo puede empeorar, especialmente si la Casa Blanca de Trump sigue negando las injerencias rusas en las elecciones y no emprende acciones contra lo que Michael Hayden, anterior director de la NSA y de la CIA, ha llamado «la operación de influencia encubierta de más éxito de la historia».²⁶³ El responsable de la División de Ciberseguridad del Departamento de Seguridad Nacional reveló que los rusos intentaron irrumpir en el sistema electoral de veintinueve estados durante las elecciones de 2016 y lo consiguieron en unos cuantos casos. Y una empresa de seguridad informática informó de que los mismos hackers rusos que habían robado los correos electrónicos de DNC en 2016 ahora tenían en el punto de mira las cuentas del Senado para la carrera electoral de media legislatura, en 2018.

Rusia ya había intentado meter baza en las elecciones en Alemania, Francia y Holanda, así como en el referéndum del Brexit en el Reino Unido, y la facilidad con la que lo consiguió en el caso de las elecciones estadounidenses de 2016 (y la ausencia de sanciones que sufrió durante el primer año de la Administración Trump) hubieron de suponer un importante acicate.²⁶⁴ Los políticos de México, entre otros países, temen ahora ser los siguientes de la lista de objetivos de Putin, y están poniendo todo su empeño en desestabilizar las oleadas de propaganda y noticias falsas.

Los avances tecnológicos seguramente contribuirán a complicarlo todo más.²⁶⁵ El perfeccionamiento de la realidad virtual y los sistemas de aprendizaje automático no tardarán en producir imágenes fabricadas y vídeos tan convincentes que pueden ser difíciles de distinguir de la realidad. Ya es posible recrear las voces utilizando muestras de audio, y las expresiones faciales pueden manipularse con programas de IA. En el futuro podríamos estar expuestos a vídeos realistas de políticos que dicen cosas que nunca dijeron: el simulacro de Baudrillard cobrará vida. Son avances en la línea de *Black Mirror* que complicarán nuestra capacidad para distinguir entre la imitación y lo real, lo verdadero y lo falso.

La manguera de la falsedad: propaganda y noticias falsas

Se tarda menos tiempo en influir en un millar de hombres apelando a sus prejuicios que convencer a uno solo empleando la lógica.²⁶⁶

—ROBERT A. HEINLEIN

Rusia está en el centro de las conversaciones políticas tanto norteamericanas como europeas gracias a las injerencias rusas en las elecciones presidenciales de Estados Unidos que tuvieron lugar en 2016. Los métodos utilizados por Rusia en estas operaciones nos recuerdan la sofisticación de la máquina propagandística que el Kremlin lleva décadas construyendo, desde tiempos de la Guerra Fría, y su reciente dominio del arte de la guerra cibernética, incluidos el hackeo, la difusión de noticias falsas y el empleo de las redes sociales como si fuesen armas. Al mismo tiempo —no parece coincidencia— el pensamiento de dos figuras indiscutibles (Vladimir Lenin y el menos conocido Vladislav Surkov, antiguo director de teatro posmoderno al que se ha descrito como «el Rasputín de Putin»²⁶⁷ y director del teatro de marionetas propagandístico del Kremlin) conforman gran parte de la dinámica política y social, tan revuelta, que se ha puesto en marcha en la era de la posverdad.

Casi un siglo después de su muerte el modelo revolucionario de Lenin ha demostrado ser aterradoramente duradero. Su objetivo —no tanto mejorar la maquinaria del Estado como machacarlo, junto a todas sus instituciones— lo comparten ahora la mayoría de los populistas del siglo XXI. Y lo mismo sucede con muchas de sus tácticas, desde el empleo del caos y la confusión como herramientas de agitación de masas hasta sus promesas utópicas y simplistas, siempre rotas, o su violenta retórica con la que atacaban cualquier cosa que pudiera considerarse parte del *statu quo*.

Lenin explicó en una ocasión que su lenguaje incendiario estaba «calculado para evocar odio, aversión y desprecio»;²⁶⁸ sus discursos estaban «calculados no para convencer, sino para desmembrar a las huestes del enemigo; no para corregir los errores el adversario, sino para destruirle, aniquilar su organización y eliminarla de la faz de la tierra. Este modo de exponerlo es, desde luego, de una naturaleza que ayuda a evocar los peores sentimientos y las peores sospechas sobre el adversario». Y todo ello parece una especie de plantilla que le ha servido a Trump —y a sus partidarios— para elaborar su discurso y articular su peculiar lenguaje en los ataques que lanzó contra Hillary Clinton durante la campaña de 2016 («¡Que la encierren!»), el tipo de lenguaje empleado por partidarios radicales de la campaña Vote Leave en Gran Bretaña, el lenguaje que emplean cada vez más los movimientos populistas de derechas a ambos lados del Atlántico.

La periodista Anne Applebaum identificó a un grupo entero de «neobolcheviques» (entre ellos

Trump, Nigel Farage en Gran Bretaña, Marine Le Pen en Francia, Jaroslaw Kaczynski en Polonia y el primer ministro húngaro Viktor Orbán) que, como Lenin y Trotsky, comenzaron en los márgenes de la política y lideraron una oleada de populismo que llegó a alcanzar puestos prominentes. En 2017 escribió que este grupo había adoptado, hasta extremos extraordinarios, «la negativa de Lenin a comprometerse, la elevación antidemocrática de algunos grupos sociales sobre otros y sus ataques, llenos de odio, hacia los oponentes “ilegítimos”».²⁶⁹

Muchos de los neobolcheviques que más éxito han tenido, señala Applebaum, han creado su propia «prensa alternativa» especializada en la desinformación, la difusión del odio y el troleo de los adversarios. La mentira es reflexiva, además de una cuestión de convicciones: «Cree que la moralidad común y corriente no se les aplica a ellos... En un mundo podrido es posible sacrificar la verdad en nombre “del Pueblo”, o para combatir a “los enemigos del Pueblo”. En la lucha por el poder, todo está permitido».

De hecho, el historiador Victor Sebestyen escribe, en una biografía de Lenin, que el líder bolchevique fue «padrino de lo que los comentaristas políticos llamarían “política de la posverdad” un siglo después» y, en muchos aspectos, sigue siendo «un fenómeno bastante moderno: el tipo de político demagogo que nos resulta familiar en cualquier democracia occidental y en todas las dictaduras».²⁷⁰ Y añade Sebestyen: «Cualquiera que haya vivido unas recientes elecciones en las supuestamente sofisticadas culturas políticas de Occidente puede reconocerlo».

Steve Bannon, anterior presidente ejecutivo de Breitbart News y asesor, ahora apartado del cargo, de Trump, se describió en una entrevista como «leninista». En su obra *The Daily Beast* (2013), Ronald Radosh contaba que Bannon declaró: «Lenin quería destruir el Estado, y ese es también mi objetivo».²⁷¹ Quiero que todo se venga abajo, quiero destruir el sistema actual». El multimillonario conservador Robert Mercer, que ayudó a financiar Cambridge Analytica, cree que cuanto menos gobierno haya, mejor.²⁷² Y Jane Mayer, antigua ejecutiva del fondo de inversión de Mercer, confesó a *The New Yorker*: «Quiere que todo se derrumbe».

No es casualidad que los dos países que controlaron la magia negra de la propaganda en el siglo XX fueran dos estados totalitarios: la Alemania nazi y la Unión Soviética. Sus técnicas de manipulación de la opinión pública y la promoción de la ideología del odio han marcado a varias generaciones de autócratas y demagogos de todo el mundo. Lenin se especializó en hacer promesas que nunca cumpliría. «Ofrecía soluciones simples a problemas complejos», escribió Sebestyen en su biografía del líder bolchevique.²⁷³ «Mintió descaradamente. Se limitaba a señalar un chivo expiatorio para luego poder etiquetarlo como “enemigo del pueblo”. Justificaba sus actos diciendo que ganar lo justificaba todo: el fin justificaba los medios.»

Hitler dedicó capítulos enteros de *Mein Kampf* al tema de la propaganda y sus declaraciones, junto a las de su ministro de Propaganda Joseph Goebbels, constituirían una especie de libro de texto para cualquier aspirante a autócrata:²⁷⁴ hay que apelar a las emociones de la gente, no a su inteligencia, y emplear «fórmulas estereotipadas», que se repitan una y otra vez; hay que acosar sin descanso al adversario y etiquetarlo con una frase o eslogan distintivo que provocará

reacciones viscerales en la audiencia. Descrito por sus biógrafos como un narcisista inclinado al histrionismo, Hitler tenía la capacidad instintiva de captar la atención del público desde el principio. «¿A quién le importa si se ríen de nosotros o nos insultan, si nos tratan como imbéciles o como delincuentes?», escribió en relación con sus primeros esfuerzos por hacerse un nombre.²⁷⁵ «La cuestión es que hablen de nosotros y que piensen en nosotros constantemente.» Como Lenin, también subrayó la necesidad de «trastocar el orden actual de la cosas para permitir la penetración» de nuevas doctrinas.²⁷⁶

En *Los orígenes del totalitarismo* Hannah Arendt estudió el papel fundamental que desempeñó la propaganda en la Alemania nazi y en la Unión Soviética a la hora de hacer luz de gas a la población, y escribió: «En un mundo incomprensible y en constante cambio las masas han alcanzado un punto en el que creen al mismo tiempo todo y nada: creen que todo era posible y que nada ha sido cierto.»²⁷⁷

Y continúa: «La propaganda de masas ha descubierto que la audiencia está, en todo momento, dispuesta a creer lo peor, no importa lo absurdo que sea, y que no presenta especial objeción a que se le engañe, porque asume de antemano que cualquier afirmación va a ser un embuste. Los líderes totalitarios han basado su propaganda en el supuesto psicológico de que, en determinadas condiciones, cualquiera puede hacer creer a la gente las declaraciones más estrambóticas un día. Si al siguiente se les diera una prueba irrefutable de que aquellas declaraciones no eran ciertas, se refugiarían en el cinismo. En lugar de dejar de confiar en los líderes que les mintieron declararían que ellos supieron en todo momento que aquellas afirmaciones eran calumnias, y admirarían a sus líderes por su inteligencia táctica superior».

Rusia continúa utilizando su propaganda para conseguir los mismos fines: distraer y agotar a sus ciudadanos (y, cada vez más, a los de otros países) para desgastarlos mediante una profusión de mentiras y que así dejen de resistirse y se queden encerrados en el ámbito privado de sus vidas. Un informe de Rand Corporation llamó a este modelo de propaganda de Putin «la manguera de la falsedad».²⁷⁸ Se trata de una corriente continua y de alta intensidad de mentiras, verdades a medias y puras ficciones lanzadas por ahí con inagotable agresividad para oscurecer la verdad y abrumar y confundir a todo el que esté intentando informarse.

«La propaganda rusa no tiene el menor compromiso con la realidad objetiva»,²⁷⁹ expone el informe: a veces se emplean fuentes inventadas y pruebas inventadas (fotografías manipuladas, reportajes *in situ* falsos, vídeos rodados con actores que hacen de víctimas de atrocidades o crímenes también inventados). «Los canales de noticias rusos, como RT y Sputnik News, ofrecen una mezcla de información y entretenimiento, más que periodismo serio, con unos formatos que adquieren la apariencia de un programa de noticias propiamente dicho.»

La propaganda rusa, que se exportó a todo el mundo durante la carrera electoral de 2016 en Estados Unidos y Europa, comenzó enseguida a producirse en serie en respuesta a las noticias de última hora. Y se recicla sin parar, en grandes volúmenes y a toda velocidad, en los distintos canales de noticias con el fin de alentar la percepción de que tenemos muchas opciones para elegir.²⁸⁰ Como a los troles rusos no les preocupan ni la veracidad ni las incoherencias, pueden conseguir su versión ficticia de los hechos antes incluso de que las organizaciones periodísticas legítimas puedan publicar un relato fiable de los mismos, y aprovechan así la tendencia

psicológica de la gente a aceptar la primera información que se recibe sobre un tema (y, como indica el informe Rand, «se inclinan por esta información cuando se enfrentan a dos mensajes contradictorios»).

El tremendo volumen de *dezinformatsiya* que ha soltado el sistema ruso de la manguera –muy parecido al torrente de mentiras, escándalos y golpes de efecto lanzado por Trump, sus acólitos del GOP y los *apparatchiks* de los medios de comunicación, aunque en el caso de Trump el torrente fuera improvisado– tiende a abrumar y atontar a la gente al mismo tiempo que define una tendencia y normaliza lo inaceptable. La indignación da paso a la fatiga de la indignación, que a su vez da paso a una especie de desgaste y un cinismo que dota de poder a quienes difunden los embustes. Y como dijo en Twitter, en diciembre de 2016, el excampeón de ajedrez ruso y líder prodemócrata Gary Kasparov, «la finalidad de la propaganda moderna no es sólo desinformar o imponer un programa. Es agotar vuestro pensamiento crítico y aniquilar la verdad».²⁸¹

Que cada uno elija la metáfora que prefiera: embarrar las aguas, lanzar carnaza a los tiburones, poner en marcha la máquina de humo, lanzar arena a los ojos del público, como un gorila... La táctica es siempre la misma, y se concibe para provocar la fatiga adrenal y el agotamiento informativo: una estrategia perfectamente diseñada para nuestro TDA que encaja perfectamente en esta era de la sobreinformación, este «mundo que trina», el «*twittering world*» del que hablaba T. S. Eliot, donde a la gente se le puede «distracer de la distracción con otra distracción».²⁸²

Sembrar la confusión en la red mediante cortinas de humo, desinformación o información incorrecta se está convirtiendo en la táctica más socorrida de la era digital para los propagandistas de todo el mundo, como afirma la erudita Zeynep Tufekci en su esclarecedor libro *Twitter and Tear Gas*.

Escribe Tufekci: «En una esfera pública completamente conectada el objetivo, a menudo, no es tanto convencer a la gente de lo verdadero de un discurso concreto, ni bloquear una determinada noticia para que no se difunda (algo cada vez más difícil), sino suscitar en la gente la resignación, el cinismo y la sensación de que no se puede hacer nada».²⁸³ Y esto se logra, indica, de muchas formas distintas: inundando a la audiencia con información, provocando distracciones para diluir esa atención y desviarla hacia otra parte, deslegitimando a otros medios que sí ofrecen información adecuada, sembrando deliberadamente la confusión, el miedo y la duda, creando o atribuyéndose algún fraude o engaño y «generando campañas de acoso diseñadas para que los conductos fiables de información lo tengan mucho más difícil».

El actual maestro de la propaganda rusa, Vladislav Surkov, a quien han llamado «el verdadero genio de la era Putin»,²⁸⁴ ha empleado todas esas técnicas y más en su plan para contribuir al ascenso de Putin al poder y consolidarlo en él. De hecho, los métodos de espionaje de los agentes rusos que llevaron a cabo tan sofisticada estrategia de desinformación durante la campaña presidencial de 2016 llevan el sello de muchas de las tretas de Surkov y su estilo de dirigir la función.

El periodista Peter Pomerantsev, autor de *La nueva Rusia. Nada es verdad y todo es posible*

en la era de Putin, ha descrito a Surkov como el emprendedor que convirtió la política rusa en un *reality show* en el que «se mantienen las instituciones democráticas sin libertades democráticas».

«Contribuyó a inventar una nueva vena de autoritarismo, que no se basaba en aplastar a la oposición desde arriba», escribió Pomerantsev en 2014, «sino en situarse en diferentes grupos de interés y manipularlos desde dentro».²⁸⁵ Por ejemplo, «los líderes nacionalistas como Vladimir Zhirinovskiy serían el payaso de derechas, para hacer que el señor Putin, en comparación, resultara moderado».

Continúa Pomerantsev: «Con una mano el señor Surkov daba apoyo a los grupos de derechos humanos formados por antiguos disidentes, mientras con la otra alentaba a grupos de jóvenes afines al Kremlin, como Nashi, que acusaban a los líderes de las organizaciones de derechos humanos de ser instrumentos de Occidente». Así unas facciones se peleaban con otras, creando caos, y se aseguraba de que era el Kremlin quien manejaba las cuerdas de todas las marionetas, aprovechando la desinformación para conformar la realidad de un modo diferente.

Este tipo de manipulación, del estilo de Surkov, lo utilizaron los rusos para quebrar el proceso electoral estadounidense de 2016 asumiendo perfiles de ciudadanos estadounidenses o grupos políticos surgidos de forma espontánea en las redes sociales.²⁸⁶ Como se describe en una denuncia de treinta y siete páginas que presentó el consejero especial Robert Mueller, el esquema era tremendamente sofisticado: implicaba a cientos de empleados que trabajaban para la Internet Research Agency (la fábrica de troles rusa con sede en San Petersburgo). Estos agentes, algunos de los cuales visitaron los Estados Unidos bajo falsas pretensiones, pusieron en marcha cientos de cuentas falsas en redes sociales donde se hacían pasar por ciudadanos estadounidenses reales, a veces, incluso, suplantando su identidad y utilizando servidores estadounidenses para enmascarar su localización real, en Rusia. Con estos perfiles falsos los rusos colgaron materiales en Facebook, Instagram, Twitter y YouTube y consiguieron un número nada desdeñable de seguidores. Su misión: difundir información perjudicial sobre Hillary Clinton (y, posteriormente, en primarias, sobre Ted Cruz y Marco Rubio) y sembrar la desconfianza en el sistema político en general. Además de intentar agrandar la división entre votantes en cuestiones como la inmigración, la religión o la raza, los rusos difundieron noticias falsas destinadas a incrementar la popularidad de Trump y mermar la de Clinton. También contribuyeron a organizar y promover mítines pro-Trump y a difundir rumores sobre votantes fraudulentos por parte del Partido Demócrata, y comenzaron a «animar a no votar a las minorías estadounidenses», o bien a que votaran a un candidato de un tercer partido.

Algunas tretas de estos agentes rusos parecían pequeñas muestras de los manejos de Surkov, llenas de cinismo: reclutaban a ciudadanos reales para que sostuvieran una pancarta donde aparecía Clinton junto a una cita que se le atribuía («Creo que la *sharia* es un nuevo camino, muy poderoso, de la libertad») o para construir una enorme jaula que llevarían a bordo de un camión abierto, junto a otro ciudadano ataviado con una camiseta con la efigie de Clinton vestida de presidiaria.

El objetivo de Surkov en Rusia siempre fue el mismo, según apuntaba Pomerantsev en *Politico*:

«Hacer que una población de 140 millones de personas siguiera haciendo aspavientos cuando se hablaba de los gays, de Dios, de Satán, de los fascistas, la CIA y las disparatadas pesadillas de la geopolítica».²⁸⁷ Asegurarse de que el país estaba siempre un poco desequilibrado y paranoico: esa era la manera de mantener a la gente preocupada, al tiempo que les animaba a «volver la vista a la mano dura del Kremlin si necesitaban protección».

Además de este trasfondo, tanto en el teatro como en las relaciones públicas, Surkov mostraba otro rostro: el de un bohemio con estilo propio al que le gustaba hablar de artistas de vanguardia y pensadores posmodernos. Contribuyó a convertir la televisión rusa, según palabras de Pomerantsev, en «una máquina de propaganda *kitsch* que adoraba a Putin»,²⁸⁸ pero no una máquina gris y torpe como la de la vieja Unión Soviética: un aparato brillante, al menos en lo superficial, que utilizaba el estilo de entretenimiento occidental para cumplir los objetivos de Rusia.

Se ha dicho que la forma en que Surkov orquestó la propaganda del Kremlin tenía la calidad artística de una representación teatral: un espectáculo manejado por un director de escena, que no pretendía transmitir un mensaje como el de la antigua escuela soviética sino crear una serie de líneas argumentales que solían entrar en conflicto unas con otras, que promovían la confusión y no permitían distinguir entre realidad y ficción. No hay ideología política en la Rusia de Putin y Surkov: sólo, como dijo Pomerantsev, «el poder por el poder, y la acumulación de cuanto más riqueza, mejor».

Al servicio de esta visión nihilista Surkov invocó argumentos que repudiaban la existencia de la verdad objetiva: él mismo escribió que «la hipocresía es inevitable en el paradigma racionalista de la civilización occidental porque el discurso es demasiado lineal, demasiado formal para reflejar íntegramente lo que llamamos realidad» y porque «cuando uno finge ser lo que no es, lo más importante para la supervivencia biológica es ocultar sus intenciones». En los clásicos de Homero, advierte, el honesto Aquiles resulta mucho menos atractivo que el astuto Odiseo, una especie de héroe embaucador versado en la mentira y la traición que es quien al final sobrevive. Todas las narrativas son contingentes, sugiere Surkov, y todos los políticos son mentirosos. Por tanto, los hechos alternativos ofrecidos por el Kremlin (y por Donald Trump) son tan válidos como todos los demás.

En noviembre de 2017 la web rusa RT publicó un ensayo de Surkov que utilizaba una serie de argumentos inspirados en Derrida sobre la poca fiabilidad del lenguaje y sobre el abismo que hay entre las palabras y su significado para sugerir que las nociones occidentales de veracidad y transparencia son simplistas e ingenuas.²⁸⁹ De complicada estructura y retórica ampulosa, el escrito representaba el punto de vista transaccional que Surkov tiene del mundo, donde se da más valor a la ironía que a la sinceridad, al engaño que a la honradez, mientras trufaba su discurso de alusiones a la música pop citando, por ejemplo, al grupo de heavy metal Five Finger Death Punch (Surkov repitió la letra de una de sus canciones, *Wash It All Away*, para justificar su filosofía de acabar con todo).

El artículo de Surkov acaba con un portentoso relato de cómo el Imperio romano sustituyó a la República romana, sugiriendo que la república fracasó porque se perdió «en su propio sistema, demasiado sofisticado, de verificación y comprobación» y porque «necesitaba la ayuda de un modelo jerárquico simple». Sugiere, de manera ominosa, que también Estados Unidos está

esperando una «mano dura que le aparte del caos, cada vez mayor». Un argumento que recuerda al pensamiento de la derecha, la filosofía antidemocrática conocida como «neorreacción» o «NRx», que está cosechando muchos seguidores en Estados Unidos y que espera el surgimiento de un líder que dirija el país como si fuera una especie de CEO que no rinde cuentas a nadie.²⁹⁰

«El rey de Occidente, el fundador de la dictadura digital, el líder con inteligencia semiartificial... es una figura que ya ha preludiado el cómic. ¿Por qué no puede un cómic hacerse realidad?», escribió Surkov en su ensayo para RT.

El regodeo de los troles

Introduce un poco de anarquía. Altera el orden establecido, y todo se convierte en caos. Y yo soy un agente del caos.

–EL JOKER en *El caballero oscuro*

Mientras el objetivo de Surkov parece ser exportar a Occidente el nihilismo ruso junto con una serie de principios antidemocráticos y el desprecio por la verdad, Estados Unidos ha tenido que luchar en propio campo contra un cinismo que va en aumento. Impulsado por la desconfianza y con cierto estímulo por parte de la extrema derecha, ese cinismo ya estaba empezando a calcificar en las primeras décadas del siglo XXI, convirtiéndose en un nihilismo de cosecha propia. Ha sido, en parte, un producto colateral de la desilusión que provoca un sistema político disfuncional que se basa en los enfrentamientos partidistas; en parte, una sensación de desarraigo en un mundo que sale, tambaleándose, del cambio tecnológico, la globalización y la sobrecarga de información, y en parte también un reflejo de cómo la clase media perdió toda esperanza de que las promesas que forman la base del sueño americano –una vivienda asequible, una educación decente y un futuro mejor para sus hijos– pudieran cumplirse en los Estados Unidos de después de la crisis de 2008. Mientras los bancos, demasiado importantes para sufrir cualquier perjuicio, apenas pagaron el precio de la crisis de 2008, muchos trabajadores siguen intentando recuperar el paso. La desigualdad en los ingresos fue en aumento, el coste de la educación universitaria se puso por las nubes y comprar una vivienda estaba quedando fuera del alcance de cualquiera.

Esa disposición de ánimo hizo a muchos votantes vulnerables a los ataques de Trump contra el *statu quo* y llevó a algunos a racionalizar, con actitud recalitrante, sus políticas transaccionales y su desvergüenza: ¿por qué molestarse con sus mentiras, si todos los políticos mienten? ¿Por qué preocuparse de si es corrupto, cuando la ley que impera es la ley de la selva? En este sentido, Donald Trump es, aparte de un peligroso catalizador, un síntoma de los tiempos que corren. Que incumpliera la mayoría de las promesas con la celeridad pasmosa con que lo hizo no sólo sirvió para aumentar el cinismo de algunos: un estado de ánimo que no conduce al compromiso cívico y que, irónicamente, añade oxígeno a los ataques de Trump sobre nuestros ideales y nuestras instituciones.

Como dejó claro en sus propios libros, Trump carece por completo de empatía y siempre ha tenido una visión despiadada del mundo: o matas o te matan, pero hay que ganar siempre. Una visión implacable y oscura, perfilada por la figura dominante de su padre, Fred, que le dio siempre una perspectiva de juego de suma cero, y por su mentor en los primeros tiempos, Roy Cohn, que le dio un consejo para cuando tuviera problemas: «Atacar, atacar, atacar».²⁹¹

«El mundo es un lugar horrible», declaró Trump en su libro *El secreto del éxito*. «Los leones matan para comer, la gente mata por deporte». O: «Esa codicia apremiante que lleva a la gente a saquear, matar y robar en situaciones de emergencia, como incendios o inundaciones, se manifiesta constantemente en la gente normal. Agazapada justo bajo la superficie, cuando menos te lo esperas, levanta su horrenda cabeza y te muerde. Acéptalo. El mundo es un lugar brutal. La gente es capaz de aniquilarte sólo por diversión, o por presumir de ello con los amigos».²⁹²

Trump se define, en gran medida, a través de las personas e instituciones a las que ataca (Hillary Clinton, Barack Obama, James Comey, la prensa, las agencias de inteligencia, el FBI, el poder judicial, cualquiera que él considere un rival o una amenaza), y al insultar a los inmigrantes, a los musulmanes, a las mujeres y a los afroamericanos parece ir siempre al acecho de un enemigo o un chivo expiatorio. Gran parte de su programa está dominada por la negatividad, por el afán de desmontar el legado del presidente Obama –incluido el sistema sanitario y la protección medioambiental– y de dismantelar la red de seguridad y la protección a las libertades civiles que se implantaron cuando Lyndon B. Johnson lanzó la Gran Sociedad a mediados de los sesenta. «Make America Great Again» se traduce en un atraso del reloj, en una vuelta a los cincuenta, cuando aún no habían tenido lugar movimientos como el de los derechos civiles, la liberación de la mujer, el colectivo LGBT o Black Lives Matter.

Pero Trump no está solo en este panorama negativo y nihilista. Muchos republicanos del Congreso han abandonado, como él, la razón, el sentido común y el proceso deliberativo que entraña cualquier decisión política. Algunos reconocen libremente que votaron la ley tributaria porque sus donantes están entre las grandes fortunas. El representante Chris Collins dijo: «Mis donantes han dicho, en resumidas cuentas, que acabe con eso o que no les vuelva a llamar jamás».²⁹³ En varias ocasiones el Congreso no consiguió aprobar una ley de reforma de la inmigración. Y año tras año, tragedia tras tragedia, se ha negado a legislar en materia de control de armas.

Cuando se trata del presidente Trump mucho de estos republicanos se limitan a ignorar sus mentiras, que se van multiplicando, o el que designe candidatos manifiestamente incapacitados para ocupar puestos importantes en su Gobierno; su sabotaje aleatorio y displicente contra décadas de decisiones políticas en el plano nacional o exterior; lo arriesgado de las decisiones que toma y que parecen salidas, empleando las palabras de Pynchon en *El arco iris de gravedad*, de «un caos de aversión, capricho, alucinaciones y completa gilipollez».²⁹⁴ Pueden manifestar –naturalmente, siempre bajo cuerda– su preocupación por la incompetencia de Trump o por su inestabilidad contra los periodistas, pero nunca lo dirán en público por temor a poner en riesgo su pertenencia a las bases de Trump. Este tipo de partidismo cínico sólo sirve para convertir el malestar que sienten los votantes respecto al Gobierno en una profecía autocumplida.

El nihilismo de Washington es, a un tiempo, eco y causa de un sentimiento mucho más extendido: el reflejo de una creciente pérdida de la confianza en las instituciones y del respeto por el Estado de derecho y por las normas y tradiciones cotidianas, a la par que un síntoma de nuestra ausencia de civismo, nuestra creciente incapacidad para mantener un debate respetuoso con gente que tiene

opiniones diferentes a las nuestras y nuestra falta de disposición, también creciente, a conceder a los demás el beneficio de la duda, la posibilidad de cometer un error sin mala intención o la cortesía de una audiencia.

Hay una sensación generalizada de que la vida es aleatoria y carece de significado, combinada con una enorme despreocupación por las consecuencias. Recordemos a los Buchanan de *El Gran Gatsby*: «Eran gente despreocupada, Tom y Daisy: destrozaban objetos o criaturas y luego volvían a recluirse en su dinero o en su inmensa despreocupación, o en lo que fuera aquello que les mantenía unidos, y dejaban que otros limpiaran el destrozo».²⁹⁵ Y eso se refleja también en la popularidad de culto que alcanzaron *El club de la lucha* o las novelas, deliberadamente repelentes, de Houellebecq y la apreciación a gran escala que han obtenido obras brillantes, pero desoladoras, como *No es país para viejos* de Cormac McCarthy o la serie de Nic Pizzolatto para HBO *True Detective*.

El nuevo nihilismo es WikiLeaks, cuando olvidó borrar, de los documentos clasificados por el Gobierno de los EE.UU. que sacó a la luz, los nombres de los civiles afganos que pudieron tener contacto con las tropas estadounidenses: una acción de la que los grupos de derechos humanos, como Amnistía Internacional, dijeron que podría tener «consecuencias fatales» para las personas cuyos nombres se habían difundido.²⁹⁶

El nuevo nihilismo es que la gente haga fortuna creando noticias falsas: más de diez mil dólares al mes, se estima, gracias a la publicidad *online*. NPR ha declarado que una noticia completamente inventada con el titular «Encontrado muerto agente del FBI investigado por el caso de los correos electrónicos de Hillary: todo apunta a un suicidio» se compartió en Facebook más de medio millón de veces. La noticia la creó una empresa con sede en California, llamada Disinfomedia, que administra varias webs de noticias falsas. El fundador de Disinfomedia, identificado por NPR como Jestin Coler, dijo que había creado la empresa para demostrar con qué facilidad se difunden las noticias falsas, y confesó que «el juego» le divertía. Dijo también que él y sus redactores «intentaban hacer cosas parecidas con los liberales», pero que nunca se volvían virales con la misma facilidad que las historias cuyo objetivo eran los partidarios de Trump.²⁹⁷

El nuevo nihilismo es Michael Anton, que se convirtió en uno de los principales miembros del cuerpo de seguridad nacional de la Administración Trump cuando escribió un artículo (con el pseudónimo de Publius Decius Mus) titulado «Las elecciones del vuelo 93» en el que comparaba la situación complicada en que se encontraban los votantes en las elecciones de 2016 con la de los pasajeros del avión que se estrelló el 11-S en Pensilvania, y equiparaba votar a Trump con asaltar la cabina: «Aquí sucede lo mismo: o asaltáis la cabina, o moriréis», escribió. «Aunque podríais morir en cualquier caso: vosotros, o el líder de vuestro partido, puede entrar en la cabina por la fuerza y ponerse a los mandos sin tener ni idea de cómo hacer volar ni cómo aterrizar el avión. No hay garantías, o sólo hay una: si no lo intentáis, os enfrentáis a una muerte segura».²⁹⁸

El nuevo nihilismo se manifiesta en actos grotescos de crueldad, como troleear a los padres de los muchachos que murieron asesinados en Sandy Hook o a los estudiantes que sobrevivieron a la masacre de la escuela de Parkland y acusarles de haber difundido un bulo.²⁹⁹ Con este panorama no nos sorprenderá que una de las expresiones más populares de la era Trump sea «emplear como arma», que se aplica a casi todo: emplear como arma la ironía, el miedo, los memes, los embustes

y el código de tributación.

Circulan por las redes sociales los más atroces comentarios racistas, sexistas y crueles, a menudo con un toque de desprecio. Cuando se dice algo al respecto, quien los vierte suele responder que estaba de broma, igual que hacen los asistentes de la Casa Blanca, que afirman que Trump estaba de broma cada vez que el presidente hace alguno de esos comentarios ofensivos. En una conferencia de la derecha alternativa celebrada en noviembre de 2016 el supremacista blanco Richard Spencer finalizó su discurso gritando «¡Hail, Trump! ¡Hail, nuestro pueblo! ¡Hail, victoria!», y cuando le preguntaron por qué anteponía el saludo nazi a sus exclamaciones Spencer respondió que lo hacía llevado por «un espíritu de ironía y euforia».³⁰⁰

Como sugirieron los investigadores Alice Marwick y Rebecca Lewis en su estudio *Media Manipulation and Disinformation Online*, el fascismo irónico puede convertirse en una especie de droga que permitiría acceder a la versión no irónica: «Un trol de 4chan puede ser más receptivo a las proclamas serias del supremacismo blanco después de repetir “irónicamente” una serie de calumnias durante dos o tres meses».³⁰¹

The Huffington Post informó de que la página neonazi *The Daily Stormer* (cuyo objetivo era «transmitir el mensaje del nacionalismo y el antisemitismo a las masas») tiene una guía de estilo para sus redactores.³⁰² Ofrece sugerencias como «culpar siempre a los judíos de todo», cuenta con listas de términos de descalificación racistas y da un consejo espeluznante sobre su sentido del humor: «El tono de esta publicación deberá ser siempre ligero».

«Los no iniciados no podrán saber si estamos hablando en broma o en serio», exponía el autor de la guía de estilo. «Siempre tiene que traslucir que sabemos a ciencia cierta que nos estamos burlando de los estereotipos de racistas odiosos. Yo, normalmente, considero que esto es reírse de uno mismo: soy un racista que se burla de los estereotipos racistas, porque no me tomo en serio a mí mismo. Naturalmente, esto es una acción calculada, porque lo que quiero en realidad es gasear judíos. Pero eso no importa aquí.»

Trump, claro está, es un trol: lo es por temperamento y por costumbres. Sus tuits y sus provocaciones displicentes encierran la esencia misma del troleo: mentiras, burlas, invectivas, verborrea insultante e incongruencias rabiosas son las de un adolescente airado, ofendido y solitario que sólo mira su propio ombligo, vive en una burbuja que se ha construido él y consigue llamar la atención –algo que persigue denodadamente– apaleando a sus enemigos y lanzando nubes de insultos y consternación por donde pasa. Ya en el cargo, el presidente continúa troleando a individuos e instituciones, tuiteando y retuiteando insultos, noticias falsas e insinuaciones de traición. En Nochebuena de 2017 retuiteó una imagen en la que se veía una mancha de sangre con la etiqueta CNN en la suela de su zapato. Volvía a denigrar a la prensa. Y cuando en 2013 otro usuario de Twitter le llamó «el mayor trol de todo Twitter», Trump contestó: «¡Gracias por el cumplido!».³⁰³

En su revelador libro de 2017, *Devil's Bargain*, el periodista Joshua Green informaba de que tras el Gamergate, Steve Bannon reclutó a una serie de apostadores –jóvenes, alienados y blancos en su mayoría– para trabajar en Breitbart. Aunque muchos de ellos no tenían ninguna inclinación

ideológica de entrada, se mostraron encantados de lanzar bombas contra el sistema y veían a Trump como una especie de alma gemela. «El propio Trump ayudaría a fraguar esta alianza con la derecha alternativa retuiteando imágenes de la rana Pepe y algún mensajito ocasional –pero siempre sin intención, insistió el personal– de las cuentas de Twitter de los nacionalistas blancos.»³⁰⁴

Algunos troles han empleado argumentos relativistas para insistir en que su promoción de los hechos «alternativos» no es más que un intento de añadir matices a la conversación, dado que ya no existe la verdad objetiva y que lo único que tenemos son percepciones diversas y distintas líneas argumentales. Están utilizando de mala fe los postulados de la posmodernidad, pero sus aseveraciones no son más falsas que los esfuerzos de los defensores de Paul de Man al explicar su antisemitismo empleando la teoría deconstructivista para explicar que los artículos que escribió en los años cuarenta en una publicación pronazi no querían decir, en realidad, lo que parecían afirmar.

El deconstructivismo es, en realidad, profundamente nihilista. Sugiere que los esfuerzos que han hecho periodistas e historiadores por esclarecer los hechos y mostrar la mayor cantidad posible de verdades, reuniendo y sopesando pruebas, son siempre fútiles. Sugiere que la razón es un valor trasnochado y que el lenguaje no es una herramienta de comunicación, sino un medio de relacionarse inestable y engañoso que se subvierte sin parar. Los defensores del deconstructivismo no creen que la intención de un autor confiera significado a un texto (creen que eso le corresponde al lector/espectador/receptor), y muchos posmodernos llegan aún más lejos: sugieren que la idea de responsabilidad individual está sobrevalorada, como dice el estudioso Christopher Butler, porque propone «una creencia demasiado novelera y burguesa de la influencia que puede ejercer la actividad humana individual, por encima de la que ha de atribuirse a las estructuras económicas subyacentes».³⁰⁵

La posmodernidad –que se impuso en Europa y en Estados Unidos en los años sesenta– era una doctrina que estaba contra el autoritarismo y proponía que se derribaran las viejas tradiciones humanistas. Pero cuando sus principios (ironía, conciencia de uno mismo y sarcasmo) permearon la cultura popular se empezó a ver –ya lo dijo David Foster Wallace a principios de los noventa– como un antídoto contra la hipocresía y el engrimiento del mundo de los cincuenta tal como nos lo muestra *Las desventuras de Beaver*; fue una treta de niño malcriado para explotar las beaterías y convenciones antiguas en un momento en el que el mundo se revelaba cada vez más absurdo. Condujo, asimismo, al surgimiento de una forma de arte verdaderamente innovadora y atrevida, como *La broma infinita*, del propio Wallace.³⁰⁶

En un largo ensayo sobre la cultura contemporánea Wallace exponía que, mientras la ironía de la posmodernidad puede ser un potente vehículo para hacer estallar el sistema, era también una teoría esencialmente «crítica y destructiva», excelente para limpiar el espacio, pero tremendamente «inútil cuando se trata de construir algo que sustituya a las hipocresías a las que ha derrocado». Su promulgación del cinismo hizo que los escritores se cansaran de la sinceridad y de valores trasnochados «como la originalidad, la profundidad y la integridad»; porque protegía del desprecio «al que sembraba desprecio y premiaba al que lo ejercía por situarse por encima de las masas que seguían estancadas en unos objetivos pasados de moda». La actitud de «lo que digo no

es lo que quiero decir, en realidad», la adoptarían después todos esos troles de la derecha alternativa que querían demostrar que ellos no eran, en realidad, una banda de fanáticos y que todo era una broma.

Dos de las celebridades a quienes Wallace consideró en 1993 símbolos de la malignidad de la ironía posmoderna pueden verse, en retrospectiva, como antecesores de Trump. El primero fue Joe Isuzu, estrella de los anuncios de coches Isuzu de los ochenta: en palabras de Wallace, «un vendedor de aspecto satánico y grasiento que contaba verdaderas trolas sobre la tapicería de los Isuzu, “de auténtica piel de llama”, y decía que funcionaban con agua del grifo». Era la parodia de un vendedor deshonesto que invitaba a los espectadores a «felicitar por haber pillado el chiste». A Joe Isuzu le gustaba decir: «¡Os doy mi palabra!» mientras pasaba por la pantalla un mensaje que decía: «Está mintiendo».³⁰⁷ La segunda de esas celebridades consideraba a Trump el no va más de la ironía posmoderna de los noventa: era Rush Limbaugh, a quien Wallace describió como la encarnación «de ese tipo de odio que te guiña un ojo y te da una palmadita como queriendo decir que está de broma».

El legado que nos ha dejado la posmodernidad, según afirmaba Wallace, ha sido «el sarcasmo, el cinismo, un hastío obsesivo, la sospecha frente a cualquier forma de autoridad, la sospecha frente a todo control de nuestro comportamiento y una terrible inclinación a hacer un diagnóstico de todo lo desagradable, en lugar de la ambición de redimir, en lugar de diagnosticar para ridiculizar. Tenemos que entender que todo esto ha empapado nuestra cultura: se ha convertido en nuestro lenguaje». «La ironía posmoderna se ha convertido en nuestro entorno natural.» Y ese es el agua en la que nadamos.

Epílogo

En su clarividente libro *Divertirse hasta morir* (1985) Neil Postman afirmaba que «los entretenimientos tecnológicos que ha traído consigo la conexión eléctrica» estaban alterando nuestro discurso cultural de forma indeleble y lo estaban volviendo cada vez más trivial y más intrascendente, a la vez que convertían la información que transmitían en algo «simplista, insustancial, ajeno a la historia y descontextualizado: en definitiva, información que nos venden como entretenimiento».³⁰⁸

«Nuestros sacerdotes y presidentes, nuestros cirujanos y abogados, nuestros educadores e informadores», escribía Postman, «ya no tienen que preocuparse tanto por satisfacer las necesidades de sus disciplinas como las exigencias de una buena puesta en escena».³⁰⁹

Con la expresión «conexión eléctrica» Postman se refería a la televisión, pero sus observaciones se pueden aplicar, con mayor precisión, a la era de Internet, donde la sobrecarga de datos conduce a que sea el objeto más brillante –o la voz que más grita, o la opinión más escandalosa– el que capta nuestra atención y obtiene más clics y más resonancia.

En *Divertirse hasta morir* Postman comparaba la visión distópica que Aldous Huxley mostró en *Un mundo feliz* (donde la gente, atontada por las drogas y por el entretenimiento más frívolo, vivía una existencia soporífera) con la que Orwell concibió en *1984* (donde la gente vive bajo la dominación autócrata del Gran Hermano).

«Orwell temía a los que podrían privarnos de la información», escribió Postman. «Huxley, a los que nos darían tanta que quedaríamos aniquilados por la pasividad y el egoísmo. Orwell temía que nos ocultaran la verdad. Huxley, que la verdad se ahogara en un mar de irrelevancia.»³¹⁰

Según la visión de Postman la distopía de Huxley se había hecho realidad a finales del siglo XX. Mientras el temor de Orwell a los estados totalitarios se dirigía a la Unión Soviética, la amenaza que se cernía sobre las democracias liberales de Occidente estaba mejor representada, según Postman –recordemos que hablamos de 1985–, por la pesadilla de Huxley: un grupo de personas tan narcotizadas por una serie de «trivialidades mal disimuladas» que es incapaz de comprometerse y actuar como ciudadanos responsables.³¹¹

Las observaciones de Postman se adelantaron a su tiempo, y las recordaría luego George Saunders en un ensayo de 2007 titulado «El megáfono descerebrado», donde comentaba que el discurso nacional estadounidense se había degradado peligrosamente con los años de cobertura de los casos de O. J. Simpson y Monica Lewinsky. Afirmaba en él que nuestro lenguaje nacional se ha simplificado tanto (se ha vuelto, a un tiempo, «agresivo, polarizador, excesivamente sentimental hasta el punto de provocar ansiedad») que nos hemos convertido en blanco fácil de las manipulaciones cuando ha llegado el momento de poner sobre la mesa un debate serio sobre si es

conveniente invadir Irak, y hemos visto que lo único que teníamos en nuestras manos era «un conjunto de herramientas rudimentarias e hiperbólicas que son las que hemos utilizado para hablar de O. J. y otros por el estilo»: en resumen, los barboteos y gritos que emite una figura a la que él llama «el tipo del megáfono», un elemento que dice saberlo todo pero no sabe nada, un sujeto con una inteligencia «de nivel Imbécil» que berrea con su cuerno, «de nivel (de decibelios) “que se me oiga sólo a mí”». ³¹²

Pero por muy preclaras que fueran las observaciones de Postman sobre Huxley, que lo fueron (y las de Huxley sobre nuestra nueva era de la distracción), está claro que subestimó la relevancia de la distopía de Orwell. O tal vez la cuestión sea que Trump y los ataques que él y su Administración han vertido contra la idea misma de la verdad han vuelto a poner de actualidad *1984*, según reconocerán algunos lectores, igual que *Los orígenes del totalitarismo* de Hannah Arendt, que escalaron puestos en las listas de libros más vendidos durante el mes en que Trump tomo posesión de su cargo. ³¹³

Las mentiras de Trump y sus esfuerzos por redefinir la realidad, su violación sistemática de las normas, reglas y tradiciones, su discurso de odio, que ya se ha vuelto habitual, sus ataques a la prensa, al poder judicial y al sistema electoral... son razones, todas ellas, que impulsaron al grupo de observadores para la democracia Freedom House a avisar, durante el primer año del mandato de Trump, de que el presidente había llevado «la erosión de los estándares democráticos norteamericanos a un nivel mucho más alto, y a una velocidad mucho mayor, de lo que aquella se había producido en cualquier otro momento del que hubiera memoria». ³¹⁴ Y todas ellas son, además, razones por las que el retrato que hace Orwell de un Estado totalitario, en el que el Gran Hermano intenta controlar toda la información y definir el presente y el pasado, se ha convertido nuevamente en actual.

A veces Trump parece un libro de fábulas infantiles con moraleja fácil, al estilo de Esopo, como «el que duerme con perros se levanta con pulgas» o «si alguien te dice quién es, créele». Pero al ser presidente de los Estados Unidos sus actos no terminan con una moraleja de una línea, sin más, sino que se agitan como movidos por un oleaje, como una especie de tsunami tóxico, provocando el caos en la vida de millones de personas. Una vez terminado su mandato llevará años reparar el daño que habrá hecho a las instituciones estadounidenses y a la política exterior del país. Y como elegirle fue el reflejo de una dinámica social de mayor alcance –desde la política cada vez más partidista hasta la profusión de historias falsas en las redes sociales o nuestro aislamiento a causa del filtro burbuja–, su salida de escena no restablecerá los anteriores niveles de salud y bienestar. Al menos no de forma inmediata.

Dijo Philip Roth que nunca pudo imaginar que «la catástrofe del siglo XXI que caería sobre Estados Unidos, los desastres más dañinos», se manifestarían «en forma de ominosa *commedia dell'arte* personificada en la figura del bufón jactancioso». ³¹⁵ La ridiculez de Trump, su capacidad narcisista para hacer que todo gire en torno a sí mismo, la gravedad de sus embustes y la profundidad de su ignorancia pueden apartar la atención, sin grandes dificultades, de otras implicaciones más duraderas de la historia: la facilidad con la que le autorizan los republicanos

del Congreso, debilitando todo el concepto de controles y equilibrios que habían instituido los fundadores; la pasividad con la que un tercio del país aceptó sus ataques a la Constitución; la rapidez con la que las campañas rusas de desinformación se hicieron fuertes en una cultura en la que la enseñanza de historia y ciudadanía había quedado seriamente atrofiada.

El discurso de despedida de George Washington (1796) resultó de una clarividencia espeluznante en cuanto a los peligros a los que se enfrentan los Estados Unidos en la actualidad. Para proteger su futuro, dijo, el joven país tenía que salvaguardar su Constitución y permanecer alerta ante cualquier intento de sabotear la separación y el equilibrio de poderes dentro del Gobierno, eso que él y los demás fundadores habían construido con tanto mimo.

Washington avisó del ascenso de esos «hombres astutos, ambiciosos y carentes de principios» que podrían intentar «subvertir el poder del pueblo» y «usurpar, para sí mismos, las riendas del gobierno destruyendo después los engranajes mismos que les han encumbrado a una posición de dominio inmerecida».³¹⁶

Avisó de «las estratagemas insidiosas de influencia extranjera» y del peligro que entrañan los «ciudadanos ambiciosos, corruptos y desilusionados», que podrían dedicarse a favorecer a un país extranjero con el fin de «traicionar o sacrificar los intereses» de Estados Unidos.

Y, por último, Washington advirtió también de «los continuos perjuicios del espíritu de partido» que se entrega a crear conflictos mediante «celos infundados y falsas alarmas», y los riesgos que representaba el faccionalismo (Oriente frente a Occidente, Norte frente a Sur, estatal frente a federal) para la unidad del país. Los ciudadanos, dijo, deben indignarse ante «el primer albor de todo intento de alienar a cualquier sección de nuestro país respecto a las restantes, o debilitar los lazos sagrados que ahora mantienen unidas las distintas partes que lo componen».

La generación de los fundadores hablaba a menudo del «bien común». Washington recordó a los ciudadanos cuáles eran sus «preocupaciones comunes» y su «interés común», aquellas por las que todos habían luchado en la Revolución. Y Thomas Jefferson habló en su discurso inaugural de un país joven y unido «en común esfuerzo, por el bien común».³¹⁷ Un objetivo común y un sentido compartido de la realidad, que tenían una importancia enorme porque permitían unir a estados y regiones muy dispares, y que seguirían siendo esenciales en todo el proceso de construcción de un diálogo nacional. Sobre todo hoy, y en un país donde el presidente Trump, los rusos y los troles de la derecha alternativa no paran de trabajar para incitar a ese faccionalismo contra el que nos previno Washington, que intentan aumentar las divisiones entre personas trazando fronteras raciales, étnicas o religiosas, entre estados rojos y azules, entre ciudades pequeñas y grandes urbes.

No hay soluciones mágicas, pero es fundamental que los ciudadanos planten cara al cinismo y venzan la resignación, porque de ellos dependen los autócratas y los políticos hambrientos de poder para subvertir la resistencia. Los inspiradores estudiantes que sobrevivieron a la masacre de Parkland (Florida) han hecho justamente eso: rechazar el fatalismo de muchos de sus mayores. Han transformado su dolor en acción, están cambiando el diálogo nacional y liderando el cambio para que se aprueben medidas reales en materia de control de armas que podrían ayudar a evitar

que otros sufran el terror y la pérdida que ellos han vivido.

Y al mismo tiempo, los ciudadanos tienen que mirar hacia las instituciones que crearon los fundadores para que sirvieran de pilares a la democracia, y protegerlas: los tres poderes del gobierno (ejecutivo, legislativo y judicial) están programados para controlarse uno a otro, todos entre sí, según expuso el propio Washington.³¹⁸ Y hay otras dos piedras fundacionales de la democracia, en las que estuvieron de acuerdo todos los fundadores, vitales para que exista una población informada que pueda elegir sabiamente a sus líderes: la educación y una prensa libre e independiente.

Jefferson escribió que como la joven república se basaba en el supuesto de que «el hombre puede ser gobernado por la razón y la verdad, el primer objetivo debería ser, por ende, dejar abiertas y a su alcance todas las vías que conduzcan a la verdad. Y lo que ha sido más eficaz, hasta ahora, para este fin, ha sido la libertad de prensa. Esa será, por tanto, la primera barrera para aquellos que temen que sus actos sean investigados».³¹⁹

Y Jefferson continuó: «Estoy convencido de que abrir las puertas de la verdad y fortalecer el hábito de someterlo todo a la prueba de la razón son las mejores esposas que podemos colocar en las manos de nuestros sucesores para evitar que ellos esposen a la gente con su propio consentimiento».

Madison, más sucinto, lo expuso así: «Un Gobierno popular, sin información popular o sin medios para adquirirla, no es más que el prólogo de una farsa o de una tragedia. Tal vez de las dos».³²⁰ Sin unos hechos que cuenten con la aceptación de todos –no hechos republicanos o hechos demócratas, ni los hechos alternativos del mundo de hoy, repartido en silos– no puede existir un debate racional sobre medidas políticas, ni un medio asentado de evaluar a un candidato para un cargo político. Y desde luego, no hay modo de que los funcionarios electos resulten fiables a ojos de los ciudadanos. Sin la verdad, la democracia está atada de pies y manos. Los fundadores lo sabían, y los que quieren que la democracia sobreviva tienen que reconocerlo ahora.

Bibliografía

- ARENDRT, Hannah, *The Human Condition* (The University of Chicago Press, Chicago, 1998). *La condición humana*, (Paidós, Barcelona, 1993. Trad. Ramón Gil).
- AVLON, John, *Washington's Farewell: The Founding Father's Warning to Future Generations* (Simon & Schuster, Nueva York, 2017).
- CAMPBELL, Jeremy, *The Liar's Tale* (W. W. Norton, Nueva York, 2002).
- CHERNOW, Ron, *Washington: A Life* (Penguin Press, Nueva York, 2010).
- CLARK, Christopher, *The Sleepwalkers: How Europe Went to War in 1914* (Harper Perennial, Nueva York, 2014).
- CONFESSORE, Nicholas, «Cambridge Analytica and Facebook: The Scandal and the Fallout So Far», *New York Times*, 4 de abril de 2018.
- D'ANTONIO, Michael, *The Truth About Trump* (Thomas Dunne Books, Nueva York, 2016).
- DIEPENBROCK, George, «Most Partisans Treat Politics Like Sports Rivalries, Study Shows», *Kansas University Today*, 15 de abril de 2015.
- ELLIS, Joseph J., *Founding Brothers: The Revolutionary Generation* (Vintage, Nueva York, 2002).
- ELLIS, Joseph J., *The Quartet: Orchestrating the Second American Revolution, 1783-1789* (Vintage, Nueva York, 2016).
- FRUM, David, «How to Build an Autocracy», *Atlantic*, marzo de 2017.
- GRAY, Rosie, «How 2015 Fueled the Rise of the Freewheeling White Nationalist Alt-Movement», *BuzzFeed*, 27 de diciembre de 2015.
- HALPERN, Sue, «How He Used Facebook to Win», *New York Review of Books*, 8 de junio de 2017.
- HAMILTON, Alexander, MADISON, James y JAY, John, *The Federalist Papers* (Coventry House Publishing, Dublin, Ohio, 2015).
- HOFSTADTER, Richard, *Anti-intellectualism in American Life* (Vintage, Nueva York, 1963).
- HUGHES, Robert, *Culture of Complaint: The Fraying of America* (Oxford University Press, Nueva York, 1993).
- HUXLEY, Aldous, *Brave New World* (Harper Perennial, Nueva York, 2006).
- IOFFE, Julia, «Why Trump's Attack on the Time Warner Merger Is Dangerous for the Press», *Atlantic*, 28 de noviembre de 2017.
- JOHNSTON, David Cay, *The Making of Donald Trump* (Melville House, Brooklyn, 2017).
- KAHNEMAN, Daniel, *Thinking, Fast and Slow* (Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 2011).
- KAPLAN, Fred, *Lincoln: The Biography of a Writer* (Harper, Nueva York, 2008).
- KASPAROV, Garry, *Winter Is Coming* (PublicAffairs, Nueva York, 2015).
- LEVI, Primo, *The Drowned and the Saved* (Vintage International, Nueva York, 1989). *Los hundidos y los salvados* (Austral, Madrid, 2018. Trad. Pilar Gómez Bedate).
- LUCE, Edward, *The Retreat of Western Liberalism* (Atlantic Monthly Press, Nueva York, 2017).
- MCCULLOUGH, David, *1776* (Simon & Schuster, Nueva York, 2005).
- MURPHY, Tim, «How Donald Trump Became Conspiracy Theorist in Chief», *Mother Jones*, nov./dic. 2016.
- O'BRIEN, Timothy L., *TrumpNation: The Art of Being The Donald* (Grand Central Publishing, Nueva York, 2007).
- PLUCKROSE, Helen, «How French "Intellectuals" Ruined the West», *Areo*, 27 de marzo de 2017.
- POMERANTSEV, Peter, *Nothing Is True and Everything Is Possible* (Public-Affairs, Nueva York, 2015). *La nueva Rusia. Nada es verdad y todo es posible en la era de Putin* (RBA, Barcelona, 2017. Trad. Ana Isabel Sánchez Díez).
- REMICK, David, «A Hundred Days of Trump», *New Yorker*, 1 de mayo de 2017.
- RICKS, Thomas E., *Fiasco: The American Military Adventure in Iraq* (Penguin Press, Nueva York, 2006).
- ROSENBERG, Matthew y DANCE, Gabriel J. X., «"You Are the Product": Targeted by Cambridge Analytica on Facebook», *New York Times*, 8 de abril de 2018.

SNYDER, Timothy, *On Tyranny* (Tim Duggan Books, Nueva York, 2017).

STANLEY, Jason, *How Propaganda Works* (Princeton University Press, Princeton, N. J., 2015).

TIMBERG, Carl, ADAM, Karla y KRANISH, Michael, «Bannon Oversaw Cambridge Analytica's Collection of Facebook Data, According to Former Employee», *Washington Post*, 20 de marzo de 2018.

WOLFE, Tom, ed., *The New Journalism* (Picador Books, Nueva York, 1975). *El nuevo periodismo* (Anagrama, Barcelona, 2017. Trad. José Luis Guarner).

WOLFF, Michael, *Fire and Fury: Inside the Trump White House* (Henry Holt & Co., Nueva York, 2018).

WOOD, Gordon S., *The Radicalism of the American Revolution* (Vintage, Nueva York, 1993).

WYLIE, Christopher, «Why I Broke the Facebook Data Story—and What Should Happen Now», *Guardian*, 7 de abril de 2018.

YGLESIAS, Matthew, «American Democracy Is Doomed», *Vox*, 8 de octubre de 2015.

Notas

INTRODUCCIÓN

1. Hannah Arendt, *The origins of totalitarianism* (Harcourt, Nueva York, 1973), p. 474. (*Los orígenes del totalitarismo*, Taurus, Madrid, 1974. Trad. de Guillermo Solana).
2. Margaret Atwood, «My Hero: George Orwell», *The Guardian*, 18 de enero de 2013.
3. Hannah Arendt, «La mentira en política», en *Crisis de la República* (Harcourt, Nueva York, 1972, p. 6 (Taurus, Madrid, 1973, trad. de Guillermo Solana).
4. Jennifer Kavanagh y Michael D. Rich, *Truth Decay: An Initial Exploration of the Diminishing Role of Facts and Analysis in American Public Life* (Rand Corporation, 2018).
5. Glenn Kessler y Meg Kelly, «President Trump Made 2,140 False or Misleading Claims in His First Year», *Washington Post*, 10 de enero de 2018.
6. Anoosh Chakelian, «Boris Johnson Resurrects the Leave Campaign's £350M for NHS Fantasy», *New Statesman*, 16 de septiembre de 2017.
7. Papa Francisco: «Mensaje de Su Santidad el Papa Francisco en la Jornada Mundial de las Comunicaciones», 24 de enero de 2018, http://w2.vatican.va/content/francesco/en/messages/communications/documents/papa-francesco_20180124_messaggio-comunicazioni-sociali.html.
8. Jessica Estepa y Gregory Korte, «Obama Tells David Letterman: People No Longer Agree on What Facts Are», *USA Today*, 12 de enero de 2018.
9. «Read Sen. Jeff Flake's Speech Criticizing Trump», *CNN Politics*, 17 de enero de 2018.
10. Se denomina *birther* a la persona que defiende la teoría del *birtherism*, según la cual el expresidente Barack Obama no había nacido en territorio estadounidense y por tanto las leyes no le permitían ocupar el cargo (*N. de la T.*)
11. Philip Bump, «Assessing a Clinton Argument That the Media Helped to Elect Trump», *Washington Post*, 12 de septiembre de 2017.
12. Maggie Haberman, Glenn Thrush y Peter Baker, «Inside Trump's Hour-by-Hour Battle for Self-Preservation», *New York Times*, 9 de diciembre de 2017.
13. David Barstow, «Donald Trump's Deals Rely on Being Creative with the Truth», *New York Times*, 16 de julio de 2016.
14. «An American Original», *Vanity Fair*, noviembre de 2010.
15. Sally Yates, «Who Are We as a Country? Time to Decide», *USA Today*, 19 de diciembre de 2017.

DECADENCIA Y CAÍDA DE LA RAZÓN

16. [youtube.com/watch?v=IxxuIPcQ9_I](https://www.youtube.com/watch?v=IxxuIPcQ9_I).
17. Abraham Lincoln, «The Perpetuation of Our Political Institutions», Discurso del Liceo Masculino de Springfield, Illinois, 27 de enero de 1838, abrahamlincolnonline.org.
18. Alexander Hamilton, «Objections and Answers Respecting the Administration of the Government», 18 de agosto de 1792, founders.archives.gov.
19. Martin Luther King Jr., *Stride Toward Freedom, in A Testament of Hope: The Essential Writings and Speeches of Martin Luther King Jr.*, ed. por James M. Washington (Harper Collins, San Francisco, 1991), p. 472.
20. Barack Obama, «What I See in Lincoln's Eyes» CNN, 28 de junio de 2005.
21. George Washington, Discurso inaugural, 30 de abril de 1789.

22. Philip Roth, *Pastoral americana* (Vintage, Nueva York, 1988), p. 86.
23. Richard Hofstadter, *The Paranoid Style in American Politics, and Other Essays* (1965; Vintage, Nueva York, 2008), p. 3.
24. *Ibid.*, p. 4.
25. «McCarthy-Welch Exchange», 9 de junio de 1954, americanrhetoric.com.
26. McCarthy a Truman, 11 de febrero de 1950, telegrama, archives.gov.
27. Hofstadter, *Paranoid Style in American Politics*, p. 39.
28. *Encyclopaedia Britannica*, s.v. «Know-Nothing Party».
29. Hofstadter, *Paranoid Style in American Politics*, p. 39.
30. Ishaan Tharoor, «Geert Wilders and the Mainstreaming of White Nationalism», *Washington Post*, 14 de marzo de 2017; Elisabeth Zerofsky, «Europe's Populists Prepare for a Nationalist Spring», *New Yorker*, 25 de enero de 2017; Jason Horowitz, «Italy's Populists Turn Up the Heat as Anti-Migrant Anger Boils», *New York Times*, 5 de febrero de 2018.
31. Ed Ballard, «Terror, Brexit, and U.S. Election Have Made 2016 the Year of Yeats», *Wall Street Journal*, 23 de agosto de 2016.
32. William Butler Yeats, «La segunda venida» (trad. de Jordi Doce, *Perros en la playa*).
33. «Tea Party Movement Is Full of Conspiracy Theories», *Newsweek*, 8 de febrero de 2010.
34. Ariel Malka y Yphtach Lelkes, «In a New Poll, Half of Republicans Say They Would Support Postponing 2020 Election If Trump Proposed It», *Washington Post*, 10 de agosto de 2017.
35. Melissa Healy, «It's More Than the "Rigged" Election: Voters Across the Political Spectrum Believe in Conspiracy Theories», *Los Angeles Times*, 3 de noviembre de 2016; Shankar Vedantam, «More Americans Than You Might Think Believe in Conspiracy Theories», NPR, 4 de junio de 2014.
36. Eric Bradner, «Trump Praises 9/11 Truther's "Amazing" Reputation», *CNN Politics*, 2 de diciembre de 2015.
37. Maggie Haberman, Michael D. Shear y Glenn Thrush, «Stephen Bannon Out at the White House After Turbulent Run», *New York Times*, 18 de agosto de 2017.
38. Haberman, Thrush y Baker, «Inside Trump's Hour-by-Hour Battle for Self-Preservation».
39. Greg Miller, Greg Jaffe y Philip Rucker, «Doubting the Intelligence, Trump Pursues Putin and Leaves a Russian Threat Unchecked», *Washington Post*, 14 de diciembre de 2017; Carol D. Leonnig, Shane Harris y Greg Jaffe, «Breaking with Tradition, Trump Skips President's Written Intelligence Report and Relies on Oral Briefings», *Washington Post*, 9 de febrero de 2018.
40. Charlie Warzel y Lam Thuy Vo, «Here's Where Donald Trump Gets His News», *BuzzFeed*, 3 de diciembre de 2016; Dean Obeidallah, «Trump Talks Judgment, Then Cites National Enquirer», CNN, 4 de mayo de 2016.
41. Haberman, Thrush y Baker, «Inside Trump's Hour-by-Hour Battle for Self-Preservation».
42. Alex Thompson, «Trump Gets a Folder Full of Positive News About Himself Twice a Day», *Vice News*, 9 de agosto de 2017.
43. Benjamin Hart, «Trump on Unfilled State Department Jobs: "I Am the Only One That Matters"», *New York*, 3 de noviembre de 2017; Bill Chappell, «"I'm the Only One That Matters", Trump Says of State Dept. Job Vacancies», *The Two-Way*, NPR, 3 de noviembre de 2017.
44. Lydia Saad, «Americans Widely Support Tighter Regulations on Gun Sales», Gallup, 17 de octubre de 2017.
45. Max Greenwood, «Poll: Nearly 9 in 10 Want DACA Recipients to Stay in US», *Hill*, 18 de enero de 2018.
46. Harper Neidig, «Poll: 83 Percent of Voters Support Keeping FCC's Net Neutrality Rules», *Hill*, 12 de diciembre de 2017; Cecilia Kang, «F.C.C. Repeals Net Neutrality Rules», *New York Times*, 14 de diciembre de 2017.
47. Susan Jacoby, *The Age of American Unreason* (Pantheon, Nueva York, 2008), p. 307; Farhad Manjoo, *True Enough: Learning to Live in a Post-Fact Society* (Wiley, Hoboken, Nueva Jersey, 2008); Andrew Keen, *The Cult of the Amateur: How Today's Internet Is Killing Our Culture* (Doubleday, Nueva York, 2007).
48. Jacoby, *Age of American Unreason*, p. xviii.
49. *Ibid.*, p. 307.
50. Al Gore, *The Assault on Reason* (Penguin Press, Nueva York, 2007), p. 1. (*El ataque contra la razón. Cómo la política del miedo, el secretismo y la fe ciega erosionan la democracia y ponen en peligro a Estados Unidos y al mundo*, Ed. Debate, Barcelona, 2001. Trad. de Lucas Rodríguez Monge).
51. *Ibid.*, pp. 38-39.
52. Michiko Kakutani, «How Feuds and Failures Affected American Intelligence», *New York Times*, 18 de junio de 2004; Michiko Kakutani, «All the President's Books (Minding History's Whys and Wherefores)», *New York Times*, 11 de mayo de 2006; Julian Borger, «The Spies Who Pushed for War», *Guardian*, 17 de julio de 2003; Jason Vest y Robert Dreyfuss, «The Lie Factory», *Mother Jones*, enero/febrero de 2004; Seymour M. Hersh, «Selective Intelligence», *New Yorker*, 12 de mayo de 2003; Michiko Kakutani, «Controversial Reports Become Accepted Wisdom», *New York Times*, 28 de septiembre de 2004; Dana Milbank y Claudia

- Deane, «Hussein Link to 9/11 Lingers in Many Minds», *Washington Post*, 6 de septiembre de 2003.
53. Kakutani, «All the President's Books».
 54. Ken Adelman, «Cakewalk in Iraq», *Washington Post*, 13 de febrero de 2002.
 55. Michiko Kakutani, «From Planning to Warfare to Occupation, How Iraq Went Wrong», *New York Times*, 25 de julio de 2006.
 56. Eugene Kiely, «Donald Trump and the Iraq War», FactCheck.org, 19 de febrero de 2016.
 57. Philip Rucker y Robert Costa, «Bannon Vows a Daily Fight for “Deconstruction of the Administrative State”», *Washington Post*, 23 de febrero de 2017.
 58. Victor Cha, «Giving North Korea a “Bloody Nose” Carries a Huge Risk to Americans», *Washington Post*, 30 de enero de 2018
 59. Bill Chappell, «World's Regard for U.S. Leadership Hits Record Low in Gallup Poll», NPR, 19 de enero de 2018; Laura Smith-Spark, «US Slumps in Global Leadership Poll After Trump's 1st Year», CNN, 18 de enero de 2018.
 60. Michiko Kakutani, «The Cult of the Amateur», *New York Times*, 29 de junio de 2007.
 61. Tom Nichols, *The Death of Expertise: The Campaign Against Established Knowledge and Why It Matters* (Oxford University Press, Nueva York, 2017), p. 20.
 62. *Ibid.*, p.11
 63. Carlos Ballesteros, «Trump Is Nominating Unqualified Judges at an Unprecedented Rate», *Newsweek*, 17 de noviembre de 2017; Paul Waldman, «Donald Trump Has Assembled the Worst Cabinet in American History», *The Plum Line* (blog), *Washington Post*, 19 de enero de 2017; Travis Waldron y Daniel Marans, «Donald Trump's Cabinet Is on Track to Be the Least Experienced in Modern History», *Huffington Post*, 24 de noviembre de 2016.
 64. Tom DiChristopher, «Trump Once Again Seeks to Slash Funding for Clean Energy in 2019 Budget», CNBC, 31 de enero de 2018.
 65. Brady Dennis, «Scott Pruitt, Longtime Adversary of EPA, Confirmed to Lead the Agency», *Washington Post*, 17 de febrero de 2017; Umair Irfan, «Scott Pruitt Is Slowly Strangling the EPA», *Vox*, 30 de enero de 2018.
 66. Alan Rappeport, «C.B.O. Head, Who Prizes Nonpartisanship, Finds Work Under G.O.P. Attack», *New York Times*, 19 de junio de 2017; Steven Rattner, «The Boring Little Budget Office That Trump Hates», *New York Times*, 22 de agosto de 2017.
 67. Lena H. Sun y Juliet Eilperin, «CDC Gets List of Forbidden Words: Fetus, Transgender, Diversity», *Washington Post*, 15 de diciembre de 2017.
 68. George Orwell, *1984* (Harcourt, Brace, Nueva York, 1949), p. 193.
 69. Lisa Friedman, «Syria Joins Paris Climate Accord, Leaving Only U.S. Opposed», *New York Times*, 7 de noviembre de 2017.
 70. Lisa Friedman, «Expect Environmental Battles to Be “Even More Significant” in 2018», *New York Times*, 5 de enero de 2018.
 71. «President Trump's War on Science», *New York Times*, 9 de septiembre de 2017; «Attacks on Science», Union of Concerned Scientists, ucsusa.org; Tanya Lewis, «A Year of Trump: Science Is a Major Casualty in the New Politics of Disruption», *Scientific American*, 14 de diciembre de 2017; Joel Achenbach y Lena H. Sun, «Trump Budget Seeks Huge Cuts to Science and Medical Research, Disease Prevention», *Washington Post*, 23 de mayo de 2017; Julia Belluz, «The GOP Tax Plan Would Blow a Hole in American Science», *Vox*, 11 de diciembre de, 2017.
 72. Brady Dennis, «Trump Budget Seeks 23 Percent Cut at EPA, Eliminating Dozens of Programs», *Washington Post*, 12 de febrero de 2018.
 73. «Marchers Around the World Tell Us Why They're Taking to the Streets for Science», *Science*, 13 de abril de 2017.
 74. «How Will Leaving the EU Affect Universities and Research?», *Brexit Means . . .* (podcast), *Guardian*, 13 de septiembre de 2017.
 75. «Marchers Around the World Tell Us Why They're Taking to the Streets for Science».
 76. Stefan Zweig, *The World of Yesterday* (Viking Press, Nueva York, 1943), loc. 5297, 346, Kindle.
 77. *Ibid.*, 419, 425, 924.
 78. *Ibid.*, 403, 5352.
 79. *Ibid.*, 5378, 5586.
 80. *Ibid.*, 1269, 5400.
 81. *Ibid.*, 2939.
 82. *Ibid.*, 5378.

LAS NUEVAS GUERRAS CULTURALES

83. David Lehman, *Signs of the Times: Deconstruction and the Fall of Paul de Man* (Poseidon Press, Nueva York, 1991), p. 75. Véase también Michiko Kakutani, «Bending the Truth in a Million Little Ways», *New York Times*, 17 de enero de 2006.
84. David Foster Wallace, «Host: Deep into the Mercenary World of Take-No-Prisoners Political Talk Radio», *Atlantic*, abril de 2005.
85. Stephen Collinson y Jeremy Diamond, «Trump Again at War with ‘Deep State’ Justice Department», *CNN Politics*, 2 de enero de 2018.
86. Donald J. Trump, «Remarks at a Rally at Waukesha County Expo Center in Waukesha, Wisconsin», 28 de septiembre de 2016. En línea: Gerhard Peters y John T. Woolley, *The American Presidency Project*, presidency.ucsb.edu/ws/index.php?pid=119201.
87. Ben Illing, «Trump Ran as a Populist. He’s Governing as an Elitist. He’s Not the First.», *Vox*, 23 de junio de 2017.
88. Andrew Marantz, «Trolls for Trump», *New Yorker*, 31 de octubre de 2016.
89. Christopher Butler, *Postmodernism* (Oxford University Press, Nueva York, 2002), p. 15.
90. Andrew Hartman, *A War for the Soul of America: A History of the Culture Wars* (University of Chicago Press, Chicago, 2015), p. 285.
91. Ishaan Tharoor, «Fukuyama’s “Future of History”: Is Liberal Democracy Doomed? », *Time*, 8 de febrero de 2012.
92. Freedom House, *Freedom in the World 2017*, freedomhouse.org.
93. Ishaan Tharoor, «The Man Who Declared the “End of History” Fears for Democracy’s Future», *Washington Post*, 9 de febrero de 2017.
94. Jasmine C. Lee y Kevin Quealy, «The 425 People, Places, and Things Donald Trump Has Insulted on Twitter: A Complete List», *New York Times*, 3 de enero de 2018.
95. Donie O’Sullivan, «Russian Trolls Created Facebook Events Seen by More Than 300,000 Users», *CNN*, 26 de enero de 2018.
96. Jennifer Hansler, «Conservative Evangelical Leader: Trump Gets a “Mulligan” on His Behavior», *CNN*, 23 de enero de 2018.
97. Allan Bloom, *The Closing of the American Mind* (Simon & Schuster, Nueva York, 1987), p. 314. (*El cierre de la mente moderna*, Plaza & Janés, Barcelona, 1989. Trad. de Adolfo Martín).
98. Gertrude Himmelfarb, *On Looking into the Abyss: Untimely Thoughts on Culture and Society* (Knopf, Nueva York, 1994), p. 135.
99. Joyce Appleby, Lynn Hunt y Margaret Jacob, *Telling the Truth About History* (W. W. Norton, Nueva York, 1994), p. 8. (*La verdad sobre la historia*, Ed. Andrés Bello, Barcelona. Trad. de Óscar Luis Molina S.)
100. Shawn Otto, *The War on Science: Who’s Waging It, Why It Matters, What We Can Do About It* (Milkweed, Minneapolis, 2016), pp. 180-81.
101. *Ibid.*, p. 177.
102. George Orwell, «Looking Back on the Spanish War», *A Collection of Essays* (Houghton Mifflin Harcourt, Nueva York, 1981), p. 199.
103. Deborah E. Lipstadt, *Denying the Holocaust: The Growing Assault on Truth and Memory* (Free Press, Nueva York, 1993), loc. 19, Kindle. Véase también Michiko Kakutani, «When History Is a Casualty», *New York Times*, 30 de abril de 1993.
104. Michiko Kakutani, «The Pro-Nazi Past of a Leading Literary Critic», *New York Times*, 19 de febrero de 1991.
105. Jon Wiener, «Deconstructing de Man», *Nation*, 9 de febrero de 1988; Robert Alter, «Paul de Man Was a Total Fraud», *New Republic*, 5 de abril de 2014; Evelyn Barish, *The Double Life of Paul de Man* (Liveright, Nueva York, 2014).
106. Barish, *The Double Life of Paul de Man*; Jennifer Schuessler, «Revisiting a Scholar Unmasked by Scandal», *New York Times*, 9 de marzo 2014; Louis Menand, «The de Man Case», *New Yorker*, 24 de marzo de 2014.
107. Lehman, *Signs of the Times*, pp. 163-64.
108. *Ibid.*, p. 180.
109. Kakutani, «Pro-Nazi Past of a Leading Literary Critic»; Paul de Man, «The Jews in Contemporary Literature», *Le Soir*, 4 de marzo de 1941; reimpresión: Martin McQuillan, *Paul de Man* (Routledge, Nueva York, 2001).
110. Kakutani, «Pro-Nazi Past of a Leading Literary Critic».
111. Lehman, *Signs of the Times*, pp. 137, 158, 234
112. *Ibid.*, pp. 238, 239, 243, 267.

113. David Brunnstrom, «Ahead of Trump Meeting, Abe Told Not to Take Campaign Rhetoric Literally», Reuters, 15 de noviembre de 2016.

114. Jonah Goldberg, «Take Trump Seriously but Not Literally? How, Exactly?», *Los Angeles Times*, 6 de diciembre de 2016.

«MOI» Y EL AUGE DE LA SUBJETIVIDAD

115. James Mottram, «Spike Jonze Interview: Her Is My “Boy Meets Computer” Movie», *Independent*, 31 de enero de 2014.

116. Christopher Lasch, *The Culture of Narcissism: American Life in an Age of Diminishing Expectations* (W. W. Norton, Nueva York, 1979), pp. 51, xiii, 239. *La cultura del narcisismo* (Ed. Andrés Bello, 1999).

117. *Ibid.*, pp. 36-38.

118. Tom Wolfe, «The “Me” Decade and the Third Great Awakening», *New York*, 23 de agosto, 1976.

119. Tim Wu, *The Attention Merchants: The Epic Scramble to Get Inside Our Heads* (Alfred A. Knopf, Nueva York, 2016), p. 315.

120. David A. Fahrenthold y Robert O’Harrow Jr., «Trump: A True Story», *Washington Post*, 10 de agosto de 2016; Kiran Khalid, «Trump: I’m Worth Whatever I Feel», CNNMoney.com, 21 de abril de 2011.

121. Scott Horsley, «Trump: Putin Again Denied Interfering in Election and “I Really Believe” He Means It», *The Two-Way*, NPR, 11 de noviembre de 2017.

122. Transcripts, CNN, 22 de julio de 2016, transcripts.cnn.com/TRANSCRIPTS/160722/nday.06.html.

123. Alexis de Tocqueville, *Democracy in America* (Vintage, Nueva York, 1990), pp. 215, 319, 318, 321. (*La democracia en América*, Alianza Editorial, Madrid, 2002, trad. de Dolores Sánchez de Aleu. Editorial Trotta, Madrid 2018, edición crítica y traducción de Eduardo Nolla).

124. James Barron, «Overlooked Influences on Donald Trump: A Famous Minister and His Church», *New York Times*, 5 de septiembre de 2016; Tom Gjelten, «How Positive Thinking, Prosperity Gospel Define Donald Trump’s Faith Outlook», NPR, 3 de agosto de 2016.

125. Tamara Keith, «Trump Crowd Size Estimate May Involve “the Power of Positive Thinking”», NPR, 22 de enero de 2017.

126. Mackenzie Weinger, «7 Pols Who Praised Ayn Rand», *Politico*, 26 de abril de 2012.

127. Kirsten Powers, «Donald Trump’s “Kinder, Gentler” Version», *USA Today*, 11 de abril de 2016.

128. Jonathan Freedland, «The New Age of Ayn Rand: How She Won Over Trump and Silicon Valley», *Guardian*, 10 de abril de 2017.

129. Philip Roth, «Writing American Fiction», *Commentary*, 1 de marzo de 1961.

130. Tom Wolfe, «Stalking the Billion-Footed Beast: A Literary Manifesto for the New Social Novel», *Harper’s*, noviembre de 1989.

131. «From the Starr Referral: Clinton’s Grand Jury Testimony, Part 4», *Washington Post*, washingtonpost.com/wp-srv/politics/special/clinton/stories/bctest092198_4.htm.

132. Roth, «Writing American Fiction».

133. Kakutani, «Bending the Truth in a Million Little Ways».

134. Laura Barton, «The Man Who Rewrote His Life», *Guardian*, 15 de septiembre de 2006.

135. Adam Begley, «The I’s Have It: Duke’s “Moi” Critics Expose Themselves», *Lingua Franca*, marzo/abril 1994.

136. Michiko Kakutani, «Opinion vs. Reality in an Age of Pundits», *New York Times*, 28 de enero de 1994; Michiko Kakutani, «Fear of Fat as the Bane of Modernism», *New York Times*, 12 de marzo de 1996.

137. Michiko Kakutani, «A Biographer Who Claims a License to Blur Reality», *New York Times*, 2 de octubre de 1999.

138. *Ibid.*

139. Michiko Kakutani, «Taking Sides in Polemics over Plath», *New York Times*, 5 de abril de 1994; Janet Malcolm, *The Silent Woman* (Knopf, Nueva York, 1994), loc. 67, 32, Kindle. (*La mujer en silencio*, Editorial Gedisa, Barcelona 2017).

140. Sam Boyd, «Sarah Palin on Teaching Intelligent Design in Schools», *American Prospect*, 29 de agosto de 2008; Massimo Pigliucci, «Is Sarah Palin a Creationist?», *LiveScience*, 1 de septiembre de 2008.

141. John Timmer, «Ohio School District Has “Teach the Controversy” Evolution Lesson Plan», *Ars Technica*, 18 de mayo de 2016.

142. Rosie Gray, «Trump Defends White-Nationalist Protesters: “Some Very Fine People on Both Sides”», *Atlantic*, 15 de agosto de 2017; Mark Landler, «Trump Resurrects His Claim That Both Sides Share Blame in Charlottesville Violence», *New York*

Times, 14 de septiembre de 2017; Sonam Sheth, «Trump Equates Confederate Generals Robert E. Lee and Stonewall Jackson with George Washington in Bizarre Press Conference», *Business Insider*, 15 de agosto de 2017; Dan Merica, «Trump Condemns “Hatred, Bigotry, and Violence on Many Sides” in Charlottesville», *CNN Politics*, 13 de agosto de 2017.

143. Naomi Oreskes y Erik M. Conway, *Merchants of Doubt* (Bloomsbury Press, Nueva York, 2010), p. 6 (*Mercaderes de la duda*, Capitán Swing, Madrid, 2018. Trad. de José Manuel Álvarez-Florez).

144. *Ibid.*, p. 34

145. *Ibid.*, p. 6-7, 217.

146. *Ibid.*, p. 6, 215.

147. Alister Doyle, «Scientists Say United on Global Warming, at Odds with Public View», Reuters, 15 de mayo de 2013; NASA, «Scientific Consensus: Earth’s Climate Is Warming», climate.nasa.gov/scientific-consensus/; Justin Fox, «97 Percent Consensus on Climate Change? It’s Complicated», *Bloomberg*, 15 de junio de 2017.

148. David Robert Grimes, «Impartial Journalism Is Laudable. But False Balance Is Dangerous», *Guardian*, 8 de noviembre de 2016.

149. Sarah Knapton, «BBC Staff Told to Stop Inviting Cranks on to Science Programmes», *Telegraph*, 4 de julio de 2014.

150. Discurso de Christiane Amanpour al recibir el Burton Benjamin Memorial Award, 22 de noviembre de 2016, cpj.org.

LA DESAPARICIÓN DE LA REALIDAD

151. Philip K. Dick, «The Electric Ant», incluido en *Selected Stories of Philip K. Dick* (Houghton Mifflin Harcourt, Nueva York, 2013), Kindle, p. 384 de 467.

152. Christopher Ingraham, «19 Kids Are Shot Every Day in the United States», *Washington Post*, 20 de junio de 2017.

153. Roth, «Writing American Fiction».

154. Simon Kelner, «Perception Is Reality: The Facts Won’t Matter in Next Year’s General Election», *Independent*, 30 de octubre de 2014; Roxie Salamon-Abrams, «Echoes of History? A Lesson Plan About the Recent Rise of Europe’s Far-Right Parties», *New York Times*, 19 de abril de 2017.

155. Lawrence Freedman, «Reagan’s Southern Strategy Gave Rise to the Tea Party», *Salon*, 27 de octubre de 2013.

156. Eugene Kiely, Lori Robertson y Robert Farley, «President Trump’s Inaugural Address», FactCheck.org, 20 de enero de 2017; Chris Nichols, «Mostly True: Undocumented Immigrants Less Likely to Commit Crimes Than U.S. Citizens», *PolitiFact California*, 3 de agosto de 2017; Akhila Satish, «The Nobel Laureate Exclusion Act: No Future Geniuses Need Apply», *Wall Street Journal*, 14 de septiembre de 2017; Rani Molla, «The Top U.S. Tech Companies Founded by Immigrants Are Now Worth Nearly \$4 Trillion», *Recode*, 12 de enero de 2018; «Fact Check: Donald Trump’s Republican Convention Speech, Annotated», NPR, 21 de julio de 2016.

157. Vivian Yee, «Donald Trump’s Math Takes His Towers to Greater Heights», *New York Times*, 1 de noviembre de 2016; Marc Fisher y Will Hobson, «Donald Trump Masqueraded as Publicist to Brag About Himself», *Washington Post*, 13 de mayo de 2016; David Barstow, «Donald Trump’s Deals Rely on Being Creative with the Truth», *New York Times*, 16 de julio de 2016; Fahrenthold and O’Harrow, «Trump: A True Story».

158. Aaron Williams y Anu Narayanswamy, «How Trump Has Made Millions by Selling His Name», *Washington Post*, 25 de enero de 2017; «10 Donald Trump Business Failures», *Time*, 11 de octubre de 2016.

159. Daniel J. Boorstin, *The Image* (Macmillan, Nueva York, 1987), p. 11.

160. *Ibid.*, p. 65.

161. Laura Bradley, «Trump Bashes Schwarzenegger’s *Celebrity Apprentice*, Forgets He Still Produces It», *Vanity Fair*, 6 de enero de 2017.

162. Boorstin, *Image*, pp. 209-11.

163. *Ibid.*, pp. 241, 212

164. https://en.wikiquote.org/wiki/Jean_Baudrillard; *Stanford Encyclopedia of Philosophy*, s.v. «Jean Baudrillard»; Jean Baudrillard, *Simulacra and Simulation* (Ann Arbor, University of Michigan Press, 1994).

165. Jorge Luis Borges, *Ficciones* (Grove Press, Nueva York, 1962), loc. 21-22, 34, Kindle.

166. *Ibid.*, 33.

167. Thomas Pynchon, *Gravity’s Rainbow* (Viking Press, Nueva York, 1973), loc. 434, Kindle. (*El arco iris de gravedad*, Tusquets, Barcelona, 2002, trad. de Antoni Pigrau).

168. Brandon Harris, «Adam Curtis’s Essential Counterhistories», *New Yorker*, 3 de noviembre de 2016.

169. Alice Marwick y Rebecca Lewis, «The Online Radicalization We're Not Talking About», *Select All*, 18 de mayo de 2017.
170. Alice Marwick y Rebecca Lewis, *Media Manipulation and Disinformation Online*, Data and Society Research Institute, 15 de mayo de 2017.
171. Marwick y Lewis, «Online Radicalization We're Not Talking About».
172. Ibid.
173. BBC Trending, «The Saga of “Pizzagate”: The Fake Story That Shows How Conspiracy Theories Spread», BBC News, 2 de diciembre de 2016.
174. Ali Breland, «Warner Sees Reddit as Potential Target for Russian Influence», *Hill*, 27 de septiembre de 2017; Roger McNamee, «How to Fix Facebook—Before It Fixes Us», *Washington Monthly*, en./feb./mar. de 2018.
175. Renée DiResta, «Social Network Algorithms Are Distorting Reality by Boosting Conspiracy Theories», *Fast Company*, 11 de mayo de 2016.

LA COOPTACIÓN DEL LENGUAJE

176. John le Carré, «Why We Should Learn German», *Guardian*, 1 de julio de 2017.
177. James Carroll, *Practicing Catholic* (Houghton Mifflin Harcourt, Boston, 2009), p. 302.
178. George Orwell, «Politics and the English Language», incluido en *A Collection of Essays by George Orwell* (Anchor Books, Garden City, Nueva York, 1954), p. 177.
179. Orwell, *1984*, Kindle.
180. Roger Scruton, «Newspeak», incluido en *The Palgrave Macmillan Dictionary of Political Thought*, tercera ed. (Palgrave Macmillan, Nueva York, 2007); «The Wooden Language», Radio Romania International, old.rrr.ro/arhart.shtml?lang=1&sec=9&art=4166.
181. Françoise Thom, *La langue de bois* (Julliard, París, 1987).
182. Ji Fengyuan, *Linguistic Engineering: Language and Politics in Mao's China* (University of Hawaii Press, Honolulu, 2003); Perry Link, «Mao's China: The Language Game», *NYR Daily*, 15 de mayo de 2015.
183. Timothy Snyder, «A New Look at Civilian Life in Europe Under Hitler», comentario de *An Iron Wind: Europe Under Hitler*, de Peter Fritzsche, *New York Times*, 22 de noviembre de 2016.
184. Victor Klemperer, *The Language of the Third Reich* (Bloomsbury, Nueva York, 2013), pp. 12, 15. (*La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*, Editorial Minúscula, Barcelona, 2001. Trad. de Adan Kovacsics).
185. Ibid., pp. 54-55, 30, 118, 44-45.
186. Ibid., pp. 60-62, 5, 101-3.
187. Ibid., pp. 19.
188. Ibid., pp. 222, 227, 223, 224, 228.
189. Orwell, *1984* (Signet Classics, Nueva York, 1950), p. 16.
190. Rebecca Savransky, «Trump: ‘You Are Witnessing the Single Greatest WITCH HUNT in American Political History’», *Hill*, 15 de junio de 2017; Michael Finnegan, «Trump Attacks on Russia Investigation Threaten U.S. Democracy, Authors Say», *Los Angeles Times*, 6 de febrero de 2018; Anne Gearan, «Trump's Attacks on Justice and FBI Echo Election Claims of a “Rigged System”», *Washington Post*, 2 de febrero de 2018.
191. Jessica Estepa, «It's Not Just “Rocket Man”. Trump Has Long History of Nicknaming His Foes», *USA Today*, 21 de septiembre de 2017; Theodore Schleifer y Jeremy Diamond, «Clinton Says Trump Leading “Hate Movement”; He Calls Her a “Bigot”», *CNN Politics*, 25 de agosto de 2016; «Excerpts from Trump's Interview with the Times», *New York Times*, 28 de diciembre de 2017.
192. Orwell, *1984*, p. 212.
193. Linda Qiu, «Donald Trump Had Biggest Inaugural Crowd Ever? Metrics Don't Show It», *PolitiFact*, 21 de enero de 2017.
194. Masha Gessen, «The Putin Paradigm», *NYR Daily*, 13 de diciembre de 2016.
195. Orwell, *1984*, p. 213.
196. Oliver Milman y Sam Morris, «Trump Is Deleting Climate Change, One Site at a Time», *Guardian*, 14 de mayo de 2017; Brian Kahn, «The EPA Has Started to Remove Obama-Era Information», *Climate Central*, 2 de febrero de 2017; Leila Miller, «As “Climate Change” Fades from Government Sites, a Struggle to Archive Data», *Frontline*, 8 de diciembre de 2017.
197. Megan Cerullo, «EPA Removes Climate Change Page from Website to Reflect New “Priorities” Under President Trump»,

New York Daily News, 29 de abril de 2017; Bill McKibben, «The Trump Administration's Solution to Climate Change: Ban the Term», *Guardian*, 8 de agosto de 2017; Oliver Milman, «US Federal Department Is Censoring Use of Term "Climate Change", Emails Reveal», *Guardian*, 7 de agosto de 2017; Lydia Smith, «Trump Administration Deletes Mention of "Climate Change" from Environmental Protection Agency's Website», *Independent*, 21 de octubre de 2017; Michael Collins, «EPA Removes Climate Change Data, Other Scientific Information from Website», *USA Today*, 29 de abril de 2017; Oliver Milman y Sam Morris, «Trump Is Deleting Climate Change, One Site at a Time», *Guardian*, 14 de mayo de 2017.

198. Valerie Volcovici y P. J. Huffstutter, «Trump Administration Seeks to Muzzle U.S. Agency Employees», Reuters, 24 de enero de 2017; Lisa Friedman, «E.P.A. Cancels Talk on Climate Change by Agency Scientists», *New York Times*, 22 de octubre de 2017; Dan Merica y Dana Bash, «Trump Admin Tells National Park Service to Halt Tweets», *CNN Politics*, 23 de enero de 2017.

199. Michiko Kakutani, «Donald Trump's Chilling Language, and the Fearsome Power of Words», *Vanity Fair*, 21 de enero de 2017.

200. Aidan Quigley, «Make America Spell Again? 25 of Donald Trump's Twitter Spelling Errors», *Newsweek*, 25 de junio de 2017; Jennifer Calfas, «Trump's Official Inauguration Poster Has Glaring Typo», *Hill*, 12 de febrero de 2017; Eli Rosenberg, «"State of the Union": Misspelled Tickets to President Trump's First Address Require a Reprint», *Washington Post*, 29 de enero de 2018.

201. Elizabeth Landers, «White House: Trump's Tweets Are "Official Statements"», *CNN Politics*, 6 de junio de 2017; Matthew Weaver, Robert Booth y Ben Jacobs, «Theresa May Condemns Trump's Retweets of UK Far-Right Leader's Anti-Muslim Videos», *Guardian*, 29 de noviembre de 2017.

202. Steven Erlanger, «"Fake News", Trump's Obsession, Is Now a Cudgel for Strongmen», *New York Times*, 12 de diciembre de 2017; Anne Applebaum, «The 'Trump Effect' Will Help Authoritarians Around the World», *Washington Post*, 4 de mayo de 2016; «Record Number of Journalists Jailed as Turkey, China, Egypt Pay Scant Price for Repression», Committee to Protect Journalists, 13 de diciembre de 2017.

203. Ruth Ben-Ghiat, «An American Authoritarian», *Atlantic*, 10 de agosto de 2016.

204. Umberto Eco, «Ur-fascism», *New York Review of Books*, 22 de junio de 1995.

205. «Full Text: Donald Trump 2016 RNC Draft Speech Transcript», *Politico*, 21 de julio de 2016.

FILTROS, SILOS Y TRIBUS

206. Rudyard Kipling, *The Light That Failed*, en *Selected Works of Rudyard Kipling* (Collier & Son, Nueva York, 1900), 2:61.

207. Deborah Solomon, «Goodbye (Again), Norma Jean», *New York Times*, 19 de septiembre de 2004.

208. Pew Research Center, *Partisanship and Political Animosity in 2016*, 22 de julio de 2016.

209. David Nakamura y Lisa Rein, «It's "Very Gold": The Presidential Coin Undergoes a Trumpian Makeover», *Washington Post*, 22 de diciembre de 2017.

210. Bill Bishop, *The Big Sort: Why the Clustering of Like-Minded America Is Tearing Us Apart* (Houghton Mifflin Harcourt, Nueva York, 2008), pp. 130-32, 12.

211. *Ibid.*, p. 216.

212. *Ibid.*, p. 232.

213. Pew Research Center, «Sharp Partisan Divisions in Views of National Institutions», 10 de julio de 2017.

214. Ronald Brownstein, *The Second Civil War: How Extreme Partisanship Has Paralyzed Washington and Polarized America* (Penguin Press, Nueva York, 2007), loc. 4247, Kindle.

215. Molly Ball, «Why Hillary Clinton Lost», *Atlantic*, 15 de noviembre de 2016.

216. Pew Research Center, «Political Polarization in the American Public», 12 de junio de 2014; Pew Research Center, *Partisanship and Political Animosity in 2016*.

217. Julian E. Zelizer, «The Power That Gerrymandering Has Brought to Republicans», *Washington Post*, 17 de junio de 2016; Ronald Brownstein, «America, a Year Later», *State: The Digital Magazine from CNN Politics*, noviembre de 2017.

218. Pew Research Center, «Political Polarization in the American Public»; Pew Research Center, *Partisanship and Political Animosity in 2016*.

219. «The Four Corners of Deceit: Prominent Liberal Social Psychologist Made It All Up», *Rush Limbaugh Show*, 29 de abril de 2013.

220. Dylan Matthews, «Everything You Need to Know About the Fairness Doctrine in One Post», *Washington Post*, 23 de agosto de 2011; Yochai Benkler et al., «Study: Breitbart-Led Right-Wing Media Ecosystem Altered Broader Media Agenda», *Columbia Journalism Review*, 3 de marzo de 2017; Maggie Haberman y Glenn Thrush, «Bannon in Limbo as Trump Faces

Growing Calls for the Strategist's Ouster», *New York Times*, 14 de agosto de 2017; Michael J. de la Merced y Nicholas Fandos, «Fox's Unfamiliar but Powerful Television Rival: Sinclair», *New York Times*, 3 de mayo de 2017.

221. John Ziegler, «How Donald Trump's Election Has Helped Me Decide to End My National Radio Show», *Mediaite*, 18 de diciembre de 2016.

222. Charles Sykes, «How the Right Lost Its Mind and Embraced Donald Trump», *Newsweek*, 21 de septiembre de 2017; Charles Sykes, «Charlie Sykes on Where the Right Went Wrong», *New York Times*, 15 de diciembre de 2016.

223. Benkler et al., «Study: Breitbart-Led Right-Wing Media Ecosystem Altered Broader Media Agenda»; Alexandra Topping, «“Sweden, Who Would Believe This?” Trump Cites Non-existent Terror Attack», *Guardian*, 19 de febrero de 2017; Samantha Schmidt y Lindsey Bever, «Kellyanne Conway Cites “Bowling Green Massacre” That Never Happened to Defend Travel Ban», *Washington Post*, 3 de febrero de 2017.

224. Alexander Nazaryan, «John McCain Cancer Is “Godly Justice” for Challenging Trump, Alt-Right Claims», *Newsweek*, 20 de julio de 2017.

225. Andrew Sullivan, «America Wasn't Built for Humans», *New York*, 19 de septiembre de 2017.

226. Elizabeth Kolbert, «Why Facts Don't Change Our Minds», *New Yorker*, 27 de febrero de 2017.

227. Cass Sunstein, *Going to Extremes: How Like Minds Unite and Divide* (Oxford University Press, Nueva York, 2009), p. 87.

228. *Ibid.*, p. 4.

229. Sykes, «How the Right Lost Its Mind and Embraced Donald Trump»; Sykes, «Charlie Sykes on Where the Right Went Wrong».

230. Charles Sykes, *How the Right Lost Its Mind* (St. Martin's Press, Nueva York, 2017), p. 180.

231. Eli Pariser, *The Filter Bubble: What the Internet Is Hiding from You* (Penguin Press, Nueva York, 2011), p. 3. (*El filtro burbuja*, Taurus, Barcelona, 2017. Trad. de Mercedes Vaquero).

232. *Ibid.*, p. 16.

233. Eli Pariser, «Beware Online “Filter Bubbles”» TED2011, ted.com.

DÉFICIT DE ATENCIÓN

234. William Gibson, *Zero History* (Putnam, Nueva York, 2010), p. 212.

235. «History of the Web: Sir Tim Berners-Lee», World Wide Web Foundation.

236. Jaron Lanier, *You Are Not a Gadget* (Alfred A. Knopf, Nueva York, 2010), loc. 332-33, Kindle.

237. Nicholas Carr, *The Shallows: What the Internet Is Doing to Our Brains* (W. W. Norton, Nueva York, 2010), p. 91. (*Superficiales. ¿Qué está haciendo Internet con nuestras mentes?* Taurus, Barcelona, 2011. Trad. de Pedro Cifuentes).

238. Wu, *Attention Merchants*, p. 320.

239. *Ibid.*, p. 322.

240. «“Who Shared It?” How Americans Decide What News to Trust on Social Media», American Press Institute, 20 de marzo de 2017; Elisa Shearer y Jeffrey Gottfried, «News Use Across Social Media Platforms 2017», Pew Research Center, 7 de septiembre de 2017.

241. «Yellow Journalism», incluido en *Crucible of Empire: The Spanish-American War*, PBS, pbs.org; Jacob Soll, «The Long and Brutal History of Fake News», *Politico*, 18 de diciembre de 2016; «Gaius Julius Caesar: The Conquest of Gaul», Livius.org.

242. Kevin Roose, «After Las Vegas Shooting, Fake News Regains Its Megaphone», *New York Times*, 2 de octubre de 2017; Jennifer Medina, «A New Report on the Las Vegas Gunman Was Released. Here Are Some Takeaways», *New York Times*, 19 de enero de 2018.

243. Craig Silverman, «This Analysis Shows How Viral Fake Election News Stories Outperformed Real News on Facebook», *BuzzFeed*, 16 de noviembre de 2016.

244. Oxford Internet Institute, «Trump Supporters and Extreme Right “Share Widest Range of Junk News”», 6 de febrero de 2018; Ishaan Tharoor, «“Fake News” and the Trumpian Threat to Democracy», *Washington Post*, 7 de febrero de 2018; Shawn Musgrave y Matthew Nussbaum, «Trump Thrives in Areas That Lack Traditional News Outlets», *Politico*, 8 de abril de 2018.

245. Pierre Omidyar, «6 Ways Social Media Has Become a Direct Threat to Democracy», *Washington Post*, 9 de octubre de 2017; Omidyar Group, *Is Social Media a Threat to Democracy?*, 1 de octubre de 2017.

246. Olivia Solon, «Tim Berners-Lee on the Future of the Web: “The System Is Failing,”» *Guardian*, 15 de noviembre de 2017.

247. McNamee, «How to Fix Facebook—Before It Fixes Us»; Nicholas Thompson y Fred Vogelstein, «Inside the Two Years That Shook Facebook—and the World», *Wired*, 12 de febrero de 2018.
248. Michael Lewis, «Has Anyone Seen the President», *Bloomberg View*, 9 de febrero de 2018.
249. Matea Gold y Frances Stead Sellers, «After Working for Trump’s Campaign, British Data Firm Eyes New U.S. Government Contracts», *Washington Post*, 17 de febrero de 2017; Nicholas Confessore y Danny Hakim, «Data Firm Says “Secret Sauce” Aided Trump; Many Scoff», *New York Times*, 6 de marzo de 2017; Joshua Green y Sasha Issenberg, «Inside the Trump Bunker, with Days to Go», *Bloomberg*, 27 de octubre de 2016.
250. Matthew Rosenberg y Gabriel J. X. Dance, «“You Are the Product”: Targeted by Cambridge Analytica on Facebook», *New York Times*, 8 de marzo de 2018; Carole Cadwalladr y Emma Graham-Harrison, «Revealed: 50 Million Facebook Profiles Harvested for Cambridge Analytica in Major Data Breach», *Guardian*, 17 de marzo de 2018; Olivia Solon, «Facebook Says Cambridge Analytica May Have Gained 37m More Users’ Data», *Guardian*, 4 de abril de 2018.
251. Craig Timberg, Karla Adam y Michael Kranish, «Bannon Oversaw Cambridge Analytica’s Collection of Facebook Data, According to Former Employee», *Washington Post*, 20 de marzo de 2018; Isobel Thompson, «The Secret History of Steve Bannon and Alexander Nix, Explained», *Vanity Fair*, 21 de marzo de 2018.
252. Lesley Stahl, «Facebook “Embeds”, Russia, and the Trump Campaign’s Secret Weapon», *60 Minutes*, 8 de octubre de 2017.
253. Green e Issenberg, «Inside the Trump Bunker, with Days to Go»; David A. Graham, «Trump’s “Voter Suppression Operation” Targets Black Voters», *Atlantic*, 27 de octubre de 2016.
254. Shane Harris, «Russian Hackers Who Compromised DNC Are Targeting the Senate, Company Says», *Washington Post*, 12 de enero de 2018; Raphael Satter, «Inside Story: How Russians Hacked the Democrats’ Emails», Associated Press, 4 de noviembre de 2017; Priyanka Boghani, «How Russia Looks to Gain Through Political Interference», *Frontline*, 23 de diciembre de 2016; Rick Noack, «Everything We Know So Far About Russian Election Meddling in Europe», *Washington Post*, 10 de enero de 2018; U.S. Senate, Committee on Foreign Relations, *Putin’s Asymmetric Assault on Democracy in Russia and Europe: Implications for U.S. National Security*, 115º Congreso, segunda sesión, 10 de enero de 2018.
255. David Ingram, «Facebook Says 126 Million Americans May Have Seen Russia-Linked Political Posts», Reuters, 30 de octubre de 2017; Shane Goldmacher, «America Hits New Landmark: 200 Million Registered Voters», *Politico*, 19 de octubre de 2016; Scott Shane, «These Are the Ads Russia Bought on Facebook in 2016», *New York Times*, 1 de noviembre de 2017; Leslie Shapiro, «Anatomy of a Russian Facebook Ad», *Washington Post*, 1 de noviembre de 2017.
256. Craig Timberg et al., «Russian Ads, Now Publicly Released, Show Sophistication of Influence Campaign», *Washington Post*, 1 de noviembre de 2017.
257. Jack Nicas, «How YouTube Drives People to the Internet’s Darkest Corners», *Wall Street Journal*, 7 de febrero de 2018; Paul Lewis, «“Fiction Is Outperforming Reality”: How YouTube’s Algorithm Distorts Truth», *Guardian*, 2 de febrero de 2018; Jon Swaine, «Twitter Admits Far More Russian Bots Posted on Election Than It Had Disclosed», *Guardian*, 19 de enero de 2018; Philip N. Howard et al., «Social Media, News, and Political Information During the US Election: Was Polarizing Content Concentrated in Swing States?», Proyecto de investigación en materia de propaganda informática, 28 de septiembre de 2017.
258. Ben Popken y Kelly Cobiella, «Russian Troll Describes Work in the Infamous Misinformation Factory», NBC News, 16 de noviembre de 2017; Scott Shane, «The Fake Americans Russia Created to Influence the Election», *New York Times*, 7 de septiembre de 2017.
259. Ryan Nakashima y Barbara Ortutay, «Russia Twitter Trolls Deflected Trump Bad News», *USA Today*, 10 de noviembre de 2017; Issie Lapowsky, «Pro-Kremlin Twitter Trolls Take Aim at Robert Mueller», *Wired*, 5 de enero de 2018.
260. Neidig, «Poll: 83 Percent of Voters Support Keeping FCC’s Net Neutrality Rules»; Todd Shields, «FCC Got 444,938 Net-Neutrality Comments from Russian Email Addresses», *Bloomberg*, 29 de noviembre de 2017; «Over Half of Public Comments to FCC on Net Neutrality Appear Fake: Study», Reuters, 29 de noviembre de 2017; Susan Decker, «FCC Rules Out Delaying Net Neutrality Repeal over Fake Comments», *Bloomberg*, 5 de enero de 2018; Jon Brodtkin, «FCC Stonewalled Investigation of Net Neutrality Comment Fraud, NY AG Says», *Ars Technica*, 22 de noviembre de 2017; Brian Fung, «FCC Net Neutrality Process “Corrupted” by Fake Comments and Vanishing Consumer Complaints, Officials Say», *Washington Post*, 24 de noviembre de 2017; James V. Grimaldi y Paul Overberg, «Millions of People Post Comments on Federal Regulations. Many Are Fake», *Wall Street Journal*, 12 de diciembre de 2017; James V. Grimaldi y Paul Overberg, «Many Comments Critical of “Fiduciary” Rule Are Fake», *Wall Street Journal*, 27 de diciembre de 2017.
261. Samantha Bradshaw y Philip N. Howard, «Troops, Trolls, and Troublemakers: A Global Inventory of Organized Social Media Manipulation», Proyecto de investigación en materia de propaganda informática, documento de trabajo núm. 2017.12.
262. Omidyar, «6 Ways Social Media Has Become a Direct Threat to Democracy»; Omidyar Group, *Is Social Media a Threat to Democracy?*
263. Julia Munslow, «Ex-CIA Director Hayden: Russia Election Meddling Was “Most Successful Covert Operation in History”»,

Yahoo News, 21 de julio de 2017; Cynthia McFadden, William M. Arkin y Kevin Monahan, «Russians Penetrated U. S. Voter Systems, Top U.S. Official Says», *NBC News*, 8 de febrero de 2018; Harris, «Russian Hackers Who Compromised DNC Are Targeting the Senate».

264. Shannon O’Neil, «Don’t Let Mexico’s Elections Become Putin’s Next Target», *Bloomberg View*, 9 de noviembre de 2017; Jason Horowitz, «Italy, Bracing for Electoral Season of Fake News, Demands Facebook’s Help», *New York Times*, 24 de noviembre de 2017; Yasmeen Serhan, «Italy Scrambles to Fight Misinformation Ahead of Its Elections», *Atlantic*, 24 de febrero de 2018; «Italy Warns of Election Threat as Rival Parties Court Russia», *ABC News*, 21 de febrero de 2018.

265. Olivia Solon, «The Future of Fake News: Don’t Believe Everything You Read, See, or Hear», *Guardian*, 26 de julio de 2017; Cade Metz y Keith Collins, «How an A. I. ‘Cat-and-Mouse Game’ Generates Believable Fake Photos», *New York Times*, 2 de enero de 2018; James Vincent, «New AI Research Makes It Easier to Create Fake Footage of Someone Speaking», *Verge*, 12 de julio de 2017; David Gershgorin, «AI Researchers Are Trying to Combat How AI Can Be Used to Lie and Deceive», *Quartz*, 8 de diciembre de 2017; *Stanford Encyclopedia of Philosophy*, s. v. «Jean Baudrillard».

LA MANGUERA DE LA FALSEDAD

266. Robert A. Heinlein, «If This Goes On—», en *Revolt in 2100* (Spectrum, Nueva York, 2013), Kindle.

267. Peter Pomerantsev, «Putin’s Rasputin», *London Review of Books*, 20 de octubre de 2011.

268. V. I. Lenin, «Report to the Fifth Congress of the R.S.D.L.P. on the St. Petersburg Split and the Institution of the Party Tribunal Ensnaring Therefrom», incluido en *Lenin Collected Works*, vol. 12 (Foreign Languages Publishing House, Moscú, 1962).

269. Anne Applebaum, «100 Years Later, Bolshevism Is Back. And We Should Be Worried», *Washington Post*, 6 de noviembre de 2017.

270. Victor Sebestyen, *Lenin: The Man, the Dictator, and the Master of Terror* (Pantheon Books, Nueva York, 2017), p. 3.

271. Ryan Lizza, «Steve Bannon Will Lead Trump’s White House», *New Yorker*, 14 de noviembre de 2016.

272. Jane Mayer, «The Reclusive Hedge-Fund Tycoon Behind the Trump Presidency», *New Yorker*, 27 de marzo de 2017.

273. Sebestyen, *Lenin*, p. 3.

274. «Propaganda: Goebbels’ Principles», physics.smu.edu/pseudo/Propaganda/goebbels.html; Michiko Kakutani, «In “Hitler”, an Ascent from “Dunderhead” to Demagogue», *New York Times*, 27 de septiembre de 2016; Michiko Kakutani, «“How Propaganda Works” Is a Timely Reminder for a Post-Truth Age», *New York Times*, 26 de diciembre de 2016.

275. Volker Ullrich, *Hitler: Ascent, 1889-1939* (Knopf, Nueva York, 2016), p. 94. Véase también Kakutani, «In “Hitler”, an Ascent from “Dunderhead” to Demagogue».

276. Adolf Hitler, *Mein Kampf* (Houghton Mifflin, Boston, 1943), vol. 2, loc. 10605, Kindle.

277. Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*.

278. Christopher Paul y Miriam Matthews, «The Russian “Firehose of Falsehood” Propaganda Model» (Rand Corporation, 2016), p. 1.

279. *Ibid.*, p. 5.

280. *Ibid.*, pp. 3-4.

281. twitter.com/Kasparov63/status/808750564284702720.

282. T. S. Eliot, *Four Quartets* (Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1971), p. 17.

283. Zeynep Tufekci, *Twitter and Tear Gas: The Power and Fragility of Networked Protest* (Yale University Press, New Haven, Conn., 2017), pp. 228-32.

284. Pomerantsev, «Putin’s Rasputin».

285. Peter Pomerantsev, «Russia’s Ideology: There Is No Truth», *New York Times*, 11 de diciembre de 2014.

286. Priscilla Alvarez y Taylor Hosking, «The Full Text of Mueller’s Indictment of 13 Russians», *Atlantic*, 16 de febrero de 2018; Adrian Chen, «The Agency», *New York Times Magazine*, 2 de junio de 2015.

287. Peter Pomerantsev, «Inside Putin’s Information War», *Politico*, 4 de enero de 2015.

288. Pomerantsev, «Putin’s Rasputin».

289. Vladislav Surkov, «Crisis of Hypocrisy. “I Hear America Singing”», RT, 7 de noviembre de 2017.

290. Andrew Sullivan, «The Reactionary Temptation», *New York*, 30 de abril de 2017; Rosie Gray, «Behind the Internet’s Anti-Democracy Movement», *Atlantic*, 10 de febrero de 2017; Kelefa Sanneh, «Intellectuals for Trump», *New Yorker*, 9 de enero de 2017.

EL REGODEO DE LOS TROLES

291. Marie Brenner, «How Donald Trump and Roy Cohn's Ruthless Symbiosis Changed America», *Vanity Fair*, agosto de 2017.
292. Donald Trump y Bill Zanker, *Think Big* (Harper Collins, Nueva York, 2009), pp. 174-75. (*El secreto del éxito*, Rayo, 2008).
293. Rebecca Savransky, «Graham: "Financial Contributions Will Stop" if GOP Doesn't Pass Tax Reform», *Hill*, 9 de noviembre de 2017; Cristina Marcos, «GOP Lawmaker: Donors Are Pushing Me to Get Tax Reform Done», *Hill*, 7 de noviembre 2017.
294. Pynchon, *Gravity's Rainbow*, p. 676.
295. F. Scott Fitzgerald, *The Great Gatsby* (Oxford University Press, Nueva York, 1998), p. 142.
296. Sue Halpern, «The Nihilism of Julian Assange», *New York Review of Books*, 13 de julio de 2017; Haroon Siddique, «Press Freedom Group Joins Condemnation of WikiLeaks' War Logs», *Guardian*, 13 de agosto de 2010; Matthew Weaver, «Afghanistan War Logs: WikiLeaks Urged to Remove Thousands of Names», *Guardian*, 10 de agosto de 2010.
297. Laura Sydell, «We Tracked Down a Fake-News Creator in the Suburbs. Here's What We Learned», *All Tech Considered*, NPR, 23 de noviembre de 2016.
298. Publius Decius Mus, «The Flight 93 Election», *Claremont Review of Books*, 5 de septiembre de 2016; Rosie Gray, «The Populist Nationalist on Trump's National Security Council», *Atlantic*, 24 de marzo de 2017; Michael Warren, «The Anonymous Pro-Trump "Decius" Now Works Inside the White House», *Weekly Standard*, 2 de febrero de 2017; Gray, «Behind the Internet's Anti-Democracy Movement».
299. Hadley Freeman, «Sandy Hook Father Leonard Pozner on Death Threats: "I Never Imagined I'd Have to Fight for My Child's Legacy"», *Guardian*, 2 de mayo de 2017; Charles Rabin, «Parkland Students Face New Attack, This Time from the Political Right on Social Media», *Miami Herald*, 20 de febrero de 2018.
300. Joseph Goldstein, «Alt-Right Gathering Exults in Trump Election with Nazi-Era Salute», *New York Times*, 20 de noviembre 2016.
301. Marwick y Lewis, *Media Manipulation and Disinformation Online*.
302. Ashley Feinberg, «This Is the Daily Stormer's Playbook», *Huffington Post*, 13 de diciembre de 2017.
303. Amy B. Wang, «Trump Retweets Image Depicting "CNN2 Squashed Beneath His Shoe», *Washington Post*, 24 de diciembre de 2017; twitter.com/realDonaldTrump/status/326970029461614594.
304. Joshua Green, *Devil's Bargain: Steve Bannon, Donald Trump, and the Storming of the Presidency* (Penguin Press, Nueva York, 2017), pp. 139, 147-48.
305. Butler, *Postmodernism*, p. 35.
306. «A Conversation with David Foster Wallace by Larry McCaffery», *Review of Contemporary Fiction* 13, núm. 2 (verano de 1993); David Foster Wallace, «E Unibus Pluram: Television and U.S. Fiction», *Review of Contemporary Fiction* 13, núm. 2 (1993), pp. 151-94.
307. Roger Wolmuth, «David Leisure – a.k.a. Joe Isuzu– Finds That the Road to Success Is Paved with Lies, Lies, Lies!», *People*, 10 de noviembre de 1986.

EPÍLOGO

308. Neil Postman, *Amusing Ourselves to Death* (Penguin, Nueva York, 2006), pp. 156, 141. *Divertirse hasta morir* (Edicions de la tempestad, Barcelona 2001. Trad. de Enrique Odell).
309. *Ibid.*, p. 98.
310. *Ibid.*, p. xix.
311. *Ibid.*, p. 16.
312. George Saunders, *The Braindead Megaphone: Essays* (Riverhead Books, Nueva York, 2007), pp. 12, 6, 18.
313. Michiko Kakutani, «Why "1984" Is a 2017 Must-Read», *New York Times*, 26 de enero de 2017.
314. Freedom House, «Freedom in the World 2018», freedomhouse.org.
315. Charles McGrath, «No Longer Writing, Philip Roth Still Has Plenty to Say», *New York Times*, 16 de enero de 2018.
316. George Washington, «Washington's Farewell Address 1796», avalon.law.yale.edu.
317. Thomas Jefferson, «First Inaugural Address», 4 de marzo de 1801, avalon.law.yale.edu.
318. Washington, «Washington's Farewell Address 1796».

319. Jefferson a John Tyler, 28 de junio de 1804, en *The Papers of Thomas Jefferson*, ed. James P. McClure, vol. 43 (Princeton University Press, Princeton, N.J., 2017), loc. 18630, Kindle. Véase también Scott Horton, «Jefferson—Pursuit of the Avenues of Truth», *Browsings* (blog), *Harper's*, 15 de agosto de 2009.

320. James Madison a W. T. Barry, 4 de agosto de 1822, en *The Writings of James Madison*, ed. Gaillard Hunt, 9 vols. (G. P. Putnam's Sons, Nueva York, 1900– 1910), vol. 9.